



JORGE OLLER

MEMORIAS DE UN FOTORREPORTERO

Mabiel Hidalgo Martínez

JORGE OLLER:
MEMORIAS DE UN FOTORREPORTERO

Mabiel Hidalgo Martínez



una editorial latinoamericana

Derechos © 2021 Mabel Hidalgo Martínez
Derechos © 2021 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-922501-36-3

Primera edición 2021

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Índice

Razones para escribir un libro	1
Capítulo 1: Memorias de la infancia	6
De abuelo mambí y padre fotógrafo	7
La infancia en Barcelona	11
La escuela, los primeros estudios	13
Llegó la Guerra Civil y todo cambió	14
Cuba, mi segunda y definitiva Patria	17
De vuelta a La Habana	19
Capítulo 2: ¡Juventud, precioso tiempo!	
Formación profesional, aprendizaje	22
Los inicios en la fotografía. La Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling	24
Una revista ¡fenomenal!	28
El barrio Las Yaguas: periodismo en el terreno	30
<i>Noticias del día</i> , diario estudiantil frustrado	33
<i>Información</i> , mi primer trabajo y otra escuela	34
Estética y excelencia en la norma informativa de Santiago Claret	37
José Antonio Echeverría y el 13 de marzo de 1957	45
Fotógrafo imperial	49
Pasión por la aviación y el dibujo	50
Mi primer traje	52

¡Para eso pagan!	54
¡Tú me retrataste vivo, yo te voy a retratar muerto!	55
Capítulo 3: ¡Llegó la Revolución!	
El fotoperiodismo de 1959 a 1992	58
Un trinomio perfecto: <i>Combate</i> , <i>Hoy</i> y <i>Prensa Latina</i>	60
La Plaza y una célebre foto panorámica	64
<i>Hoy</i> , diario de noticias	66
La Gaviota y El Flora	69
El periódico <i>Granma</i> , una escuela y mi otra casa	71
Fotografiar a Fidel: privilegio y compromiso	74
Azúcar, reto y sudor	76
Chile y Allende, jornadas inolvidables	78
La Protesta del Golfo	83
Recorridos por África, Asia y Europa del Este	85
En la jaula de los leones: arriesgado reportaje	88
Brézhnev en colores y un libro en siete días	90
Uno, dos... muchos reportajes en Vietnam	91
Crimen sin justicia	93
La organización de los fotorreporteros en la Revolución	96
Celia, Haydée y Melba en mi afectuoso recuerdo	99
Jubilación: una nueva etapa. El trabajo continúa	100
Con Eusebio Leal y los catalanes en Cuba	106
Mi otra gran pasión: la investigación histórica del fotorreportaje	109

Capítulo 4: Oller visto por sus colegas	112
«Magnífico fotógrafo y estudioso de la fotografía»	
<i>Entrevista a Marta Rojas</i>	112
«Fiel a la fotografía, a la Revolución y a seguir siendo útil»	
<i>Entrevista a Rolando Pérez Betancourt</i>	116
«Jorge Oller es de los indispensables»	
<i>Entrevista a Magali García Moré</i>	124
«Un virtuoso para todo, y en particular para la fotografía»	
<i>Entrevista a Gabriel Molina Franchossi</i>	129
«Demasiado buena persona y buen fotógrafo»	
<i>Entrevista a José Gabriel Gumá Díaz</i>	132
«En la fotografía cubana, el nombre de Jorge Oller Oller se recordará por muchos años»	
<i>Entrevista a Juvenal Balán Neyra</i>	136
Anexos	142

Razones para escribir un libro

Vivir es un acto de sacrificio, de constancia, de esfuerzo diario, de fe..., más si se vive con intensidad, con la voluntad explícita de hacer el bien, de obrar bien. Así ha vivido el protagonista de estas páginas: Jorge Oller Oller, fotorreportero de prensa, periodista, investigador de la historia de la fotografía en Cuba, un hombre culto y sensible a quien conocí a principios de 2011 casi por azar, mientras investigaba la obra de otro destacado fotógrafo de prensa: Generoso Funcasta Boizán (La Habana, 1908-1965).

El trabajo con la colección de fotografías Funcasta, en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, me llevó hasta Jorge Oller. La única referencia que encontré en internet sobre la obra de Funcasta fue el artículo que publicara Oller en 2007, en la sección «Grandes momentos del fotorreportaje cubano» en el sitio web *Cubaperiodistas*.¹ Jubilado del periódico *Granma* y después de haber presidido la Sociedad de Beneficencia Naturales de Cataluña, escribía artículos de investigación sobre la historia del fotoperiodismo cubano. A partir de ese momento, me propuse contactar y así documentarme con el investigador por excelencia y principal referencista de la historia del fotorreportaje cubano y sus protagonistas: los fotorreporteros.

¹ Jorge Oller: «El asesinato de Rubierita», en la sección: Grandes momentos del fotorreportaje cubano, *Cubaperiodistas* 2007.

Desde entonces hasta hoy, no ha vacilado un instante en ofrecerme la información que tiene en su haber sobre cualquier tema referido a la fotografía; y no he dejado de consultarle dudas, comunicarle proyectos, y, principalmente, conversar sobre su gran pasión: la fotografía. Todo el que lo conoce sabe que la bondad y la modestia, amén del talento para actuar con la cámara fotográfica, son cualidades del artista que se presenta en las páginas de este libro.

A mediados de 2021, Jorge Oller cumplió 92 años, para suerte de muchos y para la suya propia. La idea de llevar un resumen de su vida y obra a la luz de un libro — un reto para mí por ser la primera vez que transito por el difícil género del testimonio — debo agradecerlo primero a la bondad de aceptar la propuesta que le hice una tarde de febrero de 2019. La manera en que acogió el proyecto de publicar su biografía está sustentada en un anhelo largamente postergado que abriga con la sencillez que lo distingue y preserva en notas, desde hace años, a modo de recorrido histórico.

También agradezco a otro amigo, el escritor y periodista Leonardo Depestre Catony, quien, conociendo mi cercanía con el fotógrafo, me alentó para la realización del proyecto y revisó, gustosamente, las páginas que redactaba. En las últimas semanas de trabajo me prestó su colaboración el periodista José Antonio Martín Pulido en la digitalización de fotos y en observaciones a los textos.

La convocatoria del premio Memoria 2019 del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau incentivó la realización de esta biografía testimonial, resultado de numerosas entrevistas que le hice a Jorge Oller, en su casa del reparto Fontanar, en el municipio habanero de Boyeros. No hubo una planificación periódica en los diálogos, fluyeron en la medida de las posibilidades de

ambos, entre los avatares que imponía la cotidianidad de sus rutinas y las mías de madre, esposa e investigadora.

De igual modo, la transcripción de las grabaciones, tanto de Oller como de los colegas que dejaron sus impresiones, sucedió casi a la par de mis estudios de maestría y funciones de investigación en la Biblioteca Nacional.

La guía de las conversaciones se la comunicaba con anterioridad y luego de los encuentros, le dejaba notas a modo de «tareas pendientes», con ideas a completar, fotografías a digitalizar o algún pasaje de su trayectoria que precisaba me detallara. Cada encuentro era una clase magistral en la que, más que hablar de lo que hizo, reflejaba anécdotas de sus maestros de la Escuela de Periodismo Manuel Márquez Sterling, de sus colegas fotógrafos, de la rutina de trabajo en los periódicos, un entramado que refleja las diferentes etapas y lugares en los que vivió y la impronta que nos deja su obra, con la agudeza visual de quien ha testimoniado la historia de un país a través de imágenes, con los ojos del alma.

Los testimonios de Oller sobre su vida y quehacer profesional fluyen con un lenguaje culto, organizado, en correspondencia con su pensamiento y modo de actuar, de manera que parece le narra su vida al lector con alto vuelo literario.

El libro está estructurado en cuatro capítulos, es un recorrido que se inicia en la ciudad de Barcelona, con los primeros años de la infancia de Jorge —cuyo «linaje fotográfico» casi nació en cubeta de laboratorio y bajo la luz de seguridad de un cuarto oscuro— hasta llegar a tierra cubana; su breve paso por el oriente de la Isla y definitivamente el asentamiento en La Habana, la ciudad en la que ha transcurrido la mayor parte de su vida, donde se formó como reportero gráfico y en la que desarrolló una amplia labor en medios de prensa como *Informa-*

ción, Combate, Hoy, Prensa Latina y el periódico *Granma*, fundamentalmente.

En otro momento del texto se aprecia la admiración y el cariño de cuantos lo conocieron y compartieron faenas periodísticas. Así dan fe varios amigos y colegas de trabajo, quienes reconocen los valores de un hombre que, a pesar de haber obtenido importantes distinciones como el Premio Nacional de Periodismo José Martí, no ha sido suficientemente visibilizado y esta publicación viene a saldar, en parte, la deuda de gratitud y reconocimiento con quien sin duda alguna ocupa un lugar destacado en la lista de los maestros del género fotoperiodístico en el país. Su trabajo, sus fotos, sus amigos, lo confirman.

Además del recorrido profesional de Jorge Oller y de la selección de algunos pasajes a modo de anécdotas, el libro permite adentrarnos en el entorno de la prensa y los acontecimientos de Cuba en varias épocas: los años cincuenta de la república, las épicas jornadas de la Revolución del 1ro. de enero de 1959 y las transformaciones en las sucesivas décadas de los setenta y ochenta del siglo xx. También ofrece pasajes relevantes de su trabajo como parte del equipo de prensa que por más de 20 años reportó las principales actividades del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz y las visitas de personalidades extranjeras, así como sus responsabilidades en la sección de fotorreporteros de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC).

Todo el material gráfico que se presenta pertenece a su archivo personal, organizado y conservado con mucho celo. Durante el proceso de investigación me mostró sus álbumes y cajas con cientos de fotografías, la mayoría con notas de lugares, rostros, fechas, como buen referencista e historiador que es. Sería necesaria la publicación de varios volúmenes para plas-

mar la obra gráfica de Jorge Oller y la historia que hay detrás de cada imagen.

El incesante interés de rescatar nombres y sucesos relevantes del fotoperiodismo cubano, lo ha llevado por más de cuatro décadas a la investigación y organización de archivos fotográficos. Es un guardián de la memoria fotográfica nacional, principalmente de la fotografía de prensa, y escribe con coherencia y elegancia las crónicas que nos entrega en la página digital de *Cubaperiodistas*.

Su arraigada vocación por las luces y sombras, por los ángulos y contrastes, a través del tránsito de la técnica analógica hasta la digital, lo reta constantemente a actualizarse en materia de tecnología y nuevos modos de hacer, con el espíritu incansable y de superación que lo caracteriza, siempre a bordo del tren de los nuevos inventos, con ansias de aprendizaje para enriquecer su obra.

Llegue a Oller mi eterna gratitud; también a Cary, su dedicada esposa, quien anticipándose a las largas sesiones de entrevistas, aseguró con amor infinito el agua y el café, el rico almuerzo y, sobre todo, el sabroso flan para el postre. También agradezco a su hijo, Jorgito, quien pese a que no nos acompañó en las jornadas de entrevistas, es protagonista indiscutible de las hazañas de su padre e inspiración y anhelo constante.

Sirvan estas páginas como homenaje a la vida de Jorge Oller y a la de los fotógrafos de prensa cubanos que nos legan imágenes valiosas como parte del patrimonio documental de la nación y de la vida cotidiana del pueblo.

Mabiel Hidalgo Martínez
La Habana, agosto de 2021

Capítulo 1

Memorias de la infancia

Jorge Oller Oller ha vivido la mayor parte de su vida en Cuba, pero su origen está en la ciudad de Barcelona. Es uno de los tantos niños que emigró con su familia a la mayor de las Antillas ante el terrible panorama de la Guerra Civil Española (1936-1939).

Cuba había acogido años antes, y no precisamente por la guerra, sino en busca de oportunidades para una vida mejor, a su tío y abuelo paternos. La huella de sus primeros años de infancia en Barcelona y en especial el recuerdo profesional de su padre, también fotógrafo, nos llegan de la voz del catalán devenido cubano que aprendió a amar a Cuba y a los cubanos, y evoca con especial cariño, los orígenes de sus padres, las hazañas del abuelo catalán mambí,¹ los días felices en su ciudad natal y los últimos y azarosos meses en medio de la guerra, hasta llegar a tierra cubana.

Además de su infancia en Cataluña, ya por entonces una región que dentro del precario panorama industrial y económico de España ocupaba una posición privilegiada, este capítulo abarca los primeros diez años de vida cubana de Jorge Oller, entre 1936 y mediados de la década de los cuarenta. Observará el lector que el período se corresponde con los años del afianzamiento del franquismo en España y de devastación y muerte en Europa como resultado de la Segunda Guerra Mundial.

¹ Vocablo que nombraba a los cubanos que lucharon por la libertad de Cuba en las guerras de liberación contra el colonialismo español.

Cuba, sin embargo, vivía un período de relativa tranquilidad y bonanza. La dictadura del presidente Gerardo Machado había caído en 1933, se intentó una revolución popular que se frustró, y se sucedieron varios gobiernos de inestable equilibrio, cada uno de ellos, tras bambalinas, bajo la sombra decisoria del jefe del ejército, Fulgencio Batista, quien finalmente ocupó por elección popular la primera magistratura entre 1940 y 1944. El 10 de octubre de 1940 entró en vigor una nueva Constitución, largamente ansiada por los sectores cívicos. A Batista lo sucedió el doctor Ramón Grau San Martín, entre 1944 y 1948. Mas no quiere esto decir que sobre los movimientos obrero y opositor se dejara de apretar la cuerda, ni que no se cometieran asesinatos de líderes sindicales... solo que, en comparación con lo que ocurría en la Península, donde el revanchismo de los vencedores era implacable, en la Isla prevealecía una situación de estabilidad que a los emigrantes españoles que llegaban, les permitía dormir tranquilos.

La familia Oller encontró en Cuba trabajo y paz, y Jorge, nuestro testimoniante, que frisaba los 20 años, estaba inmerso en los estudios y listo para comenzar a trenzar su carrera profesional dentro de la fotografía de prensa en esta, la que no duda en llamar, su segunda patria.

De abuelo mambí y padre fotógrafo

Nací el 11 de junio de 1929² en el estudio de fotografía de mi padre Juan Oller Piera, en la calle Consejo de Ciento, no. 424 1^o1^a, en la ciudad de Barcelona, España. Cuarenta días después,

² En mayo de 1929 se realizó la Exposición Internacional de Barcelona. A la inauguración asistieron los reyes de España: Alfonso XIII y Victoria Eugenia. Fue un suceso que revolucionó la ciudad y la convirtió en símbolo de modernidad y progreso. La montaña de Montjuic fue el lugar elegido para la exposición, que desarrolló tres temáticas fundamentales: industria, arte y deporte.

el 21 de julio, falleció mi abuelo materno Joaquín Oller Aragay, a la edad de 54 años.

Papá era cubano, nació en La Habana, el 6 de agosto de 1903, en la calle Manrique, no. 220. Era hijo de José Oller Aragay, catalán que emigró a Cuba siendo muy joven y se incorporó a las filas del Ejército Libertador en enero de 1896,³ con apenas 18 años. Mi madre se llamó Teresa Oller Piera, también era catalana, nació el 21 de febrero de 1900 y murió en La Habana, el 30 de marzo de 1981. Mis padres eran primos hermanos, de los de verdad, pues los dos hermanos, José y Joaquín, se casaron con las hermanas Teresa y Josefa.

Mi abuelo paterno, José Oller y Aragay, nació en Molins de Rei⁴ el 27 de octubre de 1878. El segundo de sus hermanos, Juan, emigró a Cuba en 1891 en busca de nuevos horizontes y había logrado una prosperidad económica apreciable como para incitar a su hermano menor a seguirle los pasos. Abuelo llegó a La Habana en 1894 y comenzó a trabajar en el café de su hermano Juan, en la misma ciudad.

El 24 de febrero de 1895 estalló la guerra de independencia y en enero de 1896, abuelo se incorporó al Ejército Libertador como soldado mambí⁵ y terminó la guerra siendo escolta del

³ José Oller Aragay aparece en los registros como soldado, adscrito al Cuartel general del 5to. Cuerpo de Occidente bajo el mando de Mario García Menocal. José Noy fue el sobrenombre de guerra que usó José Oller Aragay. Para mayor información: Ernesto Chávez: *Diario de un catalán mambí José Oller Aragay*, Ajuntament de Molins de Rei, Barcelona, 1999.

⁴ Molins de Rei es una antigua villa con origen en el siglo XII, situada a 15 kilómetros al noroeste de Barcelona. Se localiza al centro del valle inferior del río Llobregat, en la ribera occidental y su actividad económica fundamental es la agricultura.

⁵ Según Ernesto Chávez, en la obra citada, se desconoce el motivo que llevó a José a dar un paso tan decisivo, pues el ambiente familiar donde se desenvolvía no era el más propicio para que en él surgiera una concepción separatista en tan breve tiempo.

mayor general Mario García Menocal. Conservo como uno de mis más preciados recuerdos, el machete que llevó como arma de combate durante la guerra.

Al terminar la contienda, volvió a España para casarse con su novia Teresa Piera Piera; se establecieron en La Habana y se dedicó a fabricar tabacos, giro en el que llegó a registrar su propia marca: «La Flor de Oller». Luego de unos años en la capital se fue a Tampa con sus hijos y regresó a Cuba para vivir en Mir y después en Omaja, dos pueblitos del Oriente cubano, en este último tenía además de la fabriquita de tabacos, un hotel y una fonda frente a la estación del ferrocarril.

Mi padre, Juan Oller, viajó varias veces a Barcelona a visitar la familia y se enamoró de su prima hermana Teresa Oller Piera, hija de su tío y padrino, Joaquín y de Josefa Piera Piera. Se casaron el 19 de mayo de 1927, en Barcelona.



Juan Oller y Teresa Oller junto a su hijo
Jorge Oller Oller, Barcelona, 1930.

Papá se desenvolvía como fotógrafo publicitario y en 1926 fue director de la revista gráfica *Actualidades* que tenía su sede en la calle Consejo de Ciento no. 254 2^o1^o allá en Barcelona. También alternaba como reportero de la revista *El Gráfico*. En su carrera de fotógrafo ganó varios premios, entre ellos el Gran Premio de Fotografía y Medalla de Oro en la Exposición Universal de Florencia, Italia, en noviembre de 1929 y el Gran Premio y Medalla de Oro en la Exposición Internacional de Niza, en la ribera francesa, en febrero de 1930.

Tuvo varios estudios de fotografía en la ciudad de Barcelona y el último fue en Córcega no. 333, frente a la calle Claris, era una especie de sótano, con una entrada que daba a un salón largo, en el que había un mostrador y varios estantes con diversos productos fotográficos. Hacía reproducciones, vistas fijas para el cine, copias y ampliaciones artísticas para fotógrafos y aficionados, retoques, fotos de actividades sociales, de tipo comercial y algunas para la investigación judicial.

El laboratorio de mi padre era un lugar donde los aficionados experimentaban todas las posibilidades que brindaba el arte fotográfico de entonces. Frecuentaban el local aficionados avanzados que eran médicos, abogados, profesionales de diversas ramas, interesados en revelar sus fotografías de acuerdo a sus preferencias: podían ser ampliaciones murales, virajes de diversas tonalidades, con colores rojo, azul, verde, y por supuesto sepia y en blanco y negro. También hacía fotomontajes y atractivos retratos.

Papá era un asiduo lector de cuanta literatura fotográfica podía obtener, estaba suscrito a las principales revistas del ramo y sus preferidos eran los boletines del profesor italiano Rodolfo Namias, de la Universidad de Milán.

La infancia en Barcelona

De la estancia en Valldoreix, Martorell⁶ y la calle Córcega, lugares donde viví durante mi infancia en Barcelona, guardo mis recuerdos más impactantes. En Valldoreix estaba la casa de descanso que construyó mi padre, en las afueras de la ciudad de Barcelona; de ahí recuerdo las cercanías boscosas y el perro Leal, grande y hermoso que me permitía, con resignada paciencia, jalones del rabo y las orejas; pero era una verdadera fiera cuando se acercaba algún extraño a la cerca de hierro y piedra que rodeaba la casa. Un día amaneció muerto, lo habían envenenado, y a partir de ese momento papá, por protección, compró una pequeña pistola. Por esos años Valldoreix comenzaba su urbanización de manera significativa, con hermosas construcciones y el temor al robo era algo latente en los que habitábamos el lugar.



Oller y su perro Leal, Valldoreix, 1932.

⁶ Martorell era un pueblo cercano a Barcelona en donde vivían unos tíos de sus padres.

La casa también tenía un patio grande en el que papá sembró varios árboles: un limón, una mandarina, dos naranjas, dos perales enanos, una higuera grande, un cerezo, dos manzanos, tres melocotones, un níspero y también rosales. Eso sucedió en 1930 y lo puedo contar hoy, con cifras, gracias a las anotaciones que él mismo realizaba.

Durante esos años de mi niñez, vivimos en varias calles de la ciudad: Concejo de Ciento —donde nací—, Platería, Diagonal, Hospital y en Córcega. En esta última, el edificio que ocupábamos era propiedad de un tal Joseph Pellicer, famoso constructor catalán. Recuerdo al portero de casa, un viejo marinero que tallaba embarcaciones en corcho y distintas figuras. También me acuerdo de un barquito grande y unas carabelas que él hizo a base de corchos; era amable, se sentaba conmigo y me hacía cuentos. El edificio donde vivíamos tenía seis plantas y lo habitaban varias familias: un médico muy famoso, un dibujante y otras personas que no recuerdo. Casi todos los edificios de la ciudad tenían portero.

En el sótano, donde estaba el laboratorio fotográfico de papá, primero encontrabas un mostrador largo, repleto de cámaras, accesorios y muestras de trabajo que realizaba; siempre estuvo enfocado en complacer a los más exigentes aficionados. Al final estaba el laboratorio, era grande y tenía una ampliadora que permitía negativos de hasta 11 x 14 pulgadas y se movía horizontalmente sobre carriles. Al fondo, lindando con un patio de la otra calle, estaban la habitación, el comedor y la cocina, y una sala de estar; la cocina era de carbón, lo recuerdo porque en las fiestas de San Juan, papá compraba fuegos artificiales caseros que él me encendía para mi asombro y maravilla.

Un día tomé una de aquellas extrañas cosas que, cuando ardían, daban los chispazos de diversos y cautivadores colores, y se me ocurrió coger uno verde en forma de cono, el más atractivo. Lo pegué al carbón encendido de la cocina y no fueron estrellas lo que salieron, sino un fuego que solté de inmediato muy asustado. De aquella cocina salieron chispas y el humo llenó mi boca. Mamá, ajena a todo, en las labores del almuerzo, corrió asustada y yo lloraba y no podía hablar ni gritar porque al abrir la boca, salía una bocanada de humo. Mi padre y un cliente vinieron cuando se dieron cuenta de lo que me había pasado, recogieron todos los fuegos artificiales que quedaban y los regalaron a los vecinos.

Mi madre a veces se encargaba de la atención del establecimiento. A papá le gustaba la publicidad y tenía excelentes ideas para promover su negocio. En la vidriera de su comercio, cuando vivimos en la calle Platería, instaló una pantalla donde proyectaba películas y dibujos animados. El público se aglomeraba en la calle y cada día aumentaba la presencia de espectadores, hasta que un día se paralizó el tráfico, lo cual motivó que las autoridades municipales le prohibieran continuar con las proyecciones.

La escuela, los primeros estudios

La primera escuela en que cursé estudios, por el año 1934, era propiedad de unos italianos. Yo era pequeño, tendría apenas cinco años y al parecer una profesora me hizo algo que ya no puedo precisar, pero que influyó sobre mí de tal manera que una semana después de iniciado el curso lloraba porque no quería ir. Mamá, que era tan protectora, decidió sacarme de allí.

Por esos días fue la primera vez que tomé una cámara fotográfica e hice mi primera foto, con la ayuda de papá. Fue en 1935, mi padre me regaló una cámara de cajón y me enseñó a manipularla. Era sencillo: mirar por el lente y apretar el botoncito. Tiré algunas foticos, que mostraba con orgullo a sus amigos y visitantes.

Después de mi cortísima estancia en la escuela italiana, estu-
dié en la San Luis Gonzaga, un centro religioso, de curas, con un régimen muy riguroso. Allí permanecí un año y medio, aprendí a leer y escribir en catalán y en español, era una escuela bilingüe. En el siguiente curso escolar tuve problemas, pues ya en el mes de diciembre de 1935 papá comenzó a sentirse mal de salud. Un médico de los aficionados a la fotografía que papá tenía como cliente, fue quien lo atendió, el doctor Bassas.

En enero de 1936 le diagnosticaron cáncer a mi padre. La Guerra Civil Española comenzó en julio de ese año y la enfermedad se le complicó con la falta de medicinas y de alimentos.

Llegó la Guerra Civil y todo cambió

El 17 de julio de 1936 estalla en Marruecos una sublevación militar que se extiende en las demás guarniciones de España, dando comienzo a una cruenta guerra civil entre nacionalistas y republicanos. El general Francisco Franco encabeza la sublevación de Marruecos. Nosotros vivíamos en la calle Córcega, a unos pasos del Paseo de Gracia y la Plaza Juan Carlos I.

El 18 por la noche comenzó un tiroteo fuerte por los alrededores de nuestra casa, hubo varios muertos y heridos. Los combates continuaron en los días siguientes en la Plaza de Cataluña, la de España, el hotel Ritz y en el convento de los Carmelitas, lugares donde la resistencia rebelde se hizo más fuerte y las

bajas se contaban por cientos. En esas semanas circulaban por las calles camiones llenos de milicianos que gritaban la consigna de «FAI-CNT». La FAI era la Federación Anarquista Ibérica y CNT eran las iniciales de la Confederación Nacional de los Trabajadores que conformaban el Comité de Milicias Antifascistas.

Teníamos mucho miedo, apenas podíamos salir; una vez entró un disparo perdido por una de las ventanas de la casa y como medida de protección, mis padres pusieron los colchones en el suelo, junto a la pared del estudio fotográfico, lugar en que no había ventanas. Recuerdo con horror los espantosos saqueos a las viviendas y las matanzas en plena calle.

Ante tal panorama, la enfermedad de papá exigía que el doctor Bassas viniera diariamente a ponerle en el vientre unas inyecciones con una aguja muy larga que me impresionaba mucho. Un día llegó a casa el mencionado doctor, blanco del susto, tocó a la puerta desesperadamente porque vio cuando un francotirador persiguió y mató a un cura que había salido del templo La Sagrada Familia, vestido de paisano. La persecución contra los miembros de la iglesia católica y especialmente, los párrocos, fue intensa durante la Guerra Civil.

La enfermedad de mi padre no cedía, y los alimentos y las medicinas escaseaban cada vez más. Mamá hacía largas colas para poder comprar unas pocas patatas medio podridas y a veces no conseguía nada, por lo que decidieron ir a Martorell, a la casa de mis tíos Luis Amat y María, en la Torre de Bassols, un pueblo de campo cercano a Barcelona.

Nos movimos a Martorell en un carro oficial al mando de un amigo de papá que era de la Policía Secreta. Aún con orden oficial de traslado, con pasaporte cubano y acompañado de un oficial de la Secreta, tuvimos que parar en varios puntos de control que había a lo largo de las carreteras. A la salida de Barcelona unos

extremistas de la FAI dijeron que mi padre era un cura y mi madre una monja, disfrazados de paisanos, a juzgar por lo depauperados que estaban. El amigo de papá discutió fuertemente con ellos alegando que estaba allí para escoltarlos hasta Martorell porque era ciudadano cubano y de los que ayudaba a la República. Entre esa discusión apareció un capitán republicano que aplacó la discusión y ordenó que no nos molestaran más, que si no había visto que era un cubano «de nuestro bando».

Papá y tío Pepín⁷ tenían la ciudadanía cubana y fueron ayudados a salir de España por el consulado cubano en Barcelona. Pepín viajó en el *Manuel Arnuz*, pero el paso por el estrecho de Gibraltar estaba fuertemente acosado por los falangistas que impedían el avance de los buques republicanos hacia el Atlántico, entonces, disfrazaron el buque y enarbolaron la bandera francesa. A última, papá decidió ir a Génova, pensando que los acontecimientos serían breves.

El 16 de octubre de 1936 salimos de Barcelona con 2 500 pesetas autorizadas para Génova y llegamos a esta ciudad el 18, dos días después. Nos recibieron el Sr. Mario Labourdette y Viña, cónsul general y el Sr. Francisco R. Maribona y Viña, canciller. Nos hospedaron en una habitación de una casa cerca de la playa propiedad de un cartero llamado Giuseppe Bello. Por las mañanas recorríamos la playa donde pescadores con grandes redes pescaban sardinas que luego vendían en canastas por las calles de la ciudad. En Génova estuvimos un mes.

Por esos días estaban en espera de los trámites de repatriación más de 300 cubanos. El 17 de noviembre un grupo de familias cubanas y españolas salimos en tren hasta Saint Nazaire, en la costa atlántica de Francia y llegamos el 18, ahí nos reunimos

⁷ José Oller Piera, hermano del padre de Oller. Falleció en California en septiembre de 2019, a la edad de 102 años.

con varios cientos de refugiados españoles que aguardaban nuestra llegada para abordar el vapor *Mexique* de la Compañía Transatlántica francesa. En lugar de la carga habitual, las bodegas del buque fueron habilitadas con literas, hamacas colgadas de las columnas y colchonetas en el suelo para acomodar a más de 2 000 refugiados, separados los hombres de las mujeres.

Hicimos escala en las Islas Canarias. El *Mexique* realizó muchísimos viajes desde Francia a Cuba y también a México, trasladando a miles de niños y familias republicanas que buscaban refugio en las Américas. Atrás quedaron nuestra tierra, nuestras pertenencias y recuerdos, la mayor parte de nuestra familia, el trabajo de papá, todo eso, a cambio de paz. Arribamos a La Habana el 3 de diciembre de 1936, después de 16 días de navegación.

Cuba, mi segunda y definitiva Patria

Desembarcamos en el puerto de La Habana y nos recibió el abuelo José Oller Aragay, veterano de la Guerra de Independencia. Fuimos al Rincón que era uno de los barrios de Santiago de las Vegas, en la provincia de La Habana. Antiguamente también se le llamó Rincón de las Calabazas. En este pueblo vivían mi tío Juan Oller Aragay y su esposa Ana Piera y Piera. El tío Juan había sido rico y cuando la crisis económica de 1929, perdió casi todo. Era el dueño del hotel Gran Continental, ubicado en Oficios y Muralla, y con lo que le quedó compró el hotel del Rincón.

La estancia en el Rincón fue breve, seguidamente nos fuimos a Omaja, en la zona oriental, cerca de Victoria en Las Tunas, un pequeño pueblo de unos 500 habitantes. En aquella época no

tenía electricidad, se alumbraban con mechones de carburo, el agua era de aljibe, un panorama parecido a los típicos poblados del oeste norteamericano. La nueva realidad contrastaba con la vivida en mi casa de Barcelona, pero nos garantizaba la tranquilidad que habíamos perdido en los últimos meses debido a la guerra.

Omaja estaba a dos kilómetros de Las Parras, a 28 de Las Tunas y a 58 de Holguín. Mi abuelo era dueño del hotel y de la fábrica de tabacos La Flor de Oller. En ese lugar tuve mi primera experiencia laboral. El abuelo José, de arraigadas costumbres catalanas y convencido de que había que ganarse la vida con el sudor del trabajo, me sorprendió en mi primer amanecer en Omaja, cuando dijo: «Jorge, aquí todos trabajan, tienes que aprender desde pequeño a trabajar, así que, primero trabajas y después comes y estudias. Antes de desayunar tienes que llenar el tanque con el agua del aljibe».

Él era un hombre muy duro, de carácter recio, así que mi primera labor a partir de entonces era mover la palanca de mano y llenar las vasijas. También me enseñó a despallillar tabaco, seleccionaba las hojas: la parte buena para capas y las malas, para picadura.

La tía me enseñaba y repasaba las lecturas. En Omaja estuvimos un año y luego fuimos por unas semanas a Holguín, hasta que regresamos nuevamente al Rincón. Por los años cincuenta mi abuelo vendió su propiedad en Omaja a Francisco Valdénares y se instaló en Holguín, donde compró varias casitas que rentaba. Al principio de la Revolución, Valdénares se fue del país y el hotel se convirtió en una tienda del pueblo.

De vuelta a La Habana

Los estudios hasta tercer grado los hice en la escuela pública del Rincón. Mi padre por esos días trabajaba de fotógrafo, pero su enfermedad no le permitía hacer la labor debidamente y se empleó como oficinista en la Oficina Electoral del Norte. Es por ello que nos trasladamos a vivir a La Habana, a la calle Zequeira, no. 114, apartamento 8, en El Cerro. Allí vivimos hasta 1954, fecha en que mi padre falleció.

Durante mi estancia en El Rincón, me repasaba la profesora Zoila Garrigó, hija del dueño del banco de Santiago de las Vegas, una señora muy dedicada a los muchachos y gracias a ella obtuve buenos resultados en el examen de la escuela del Cerro y hasta me dieron el «Beso de la Patria», un diploma que le entregaban a los alumnos con mejores expedientes de la escuela.



Oller con su abuelo paterno, tía abuela, padre y madre. Rincón, 1939.

La continuación de los estudios primarios en El Cerro fue en la escuela pública no. 59, de la calle Agramonte, a media cuadra de la Esquina de Tejas. Por cierto, cuando ingresé hicieron un examen general, como un diagnóstico para saber cómo estaban los alumnos y ubicarnos en un grado. El único de la clase que hizo un examen excelente fui yo, y eso permitió que estando en tercero, me promovieran a cuarto grado. Fue curioso, porque cuando confrontábamos lo que había hecho cada cual en su prueba, el único con resultados diferentes, era yo, y me decían: ¡tú estás perdido!, y fue grande la sorpresa cuando el profesor dijo que el único que había tenido bien el examen era yo.



En la escuela pública no. 59, Cerro, Oller a la derecha del maestro Feliciano Cancio (vestido de blanco).

Cuando terminé el cuarto grado en la escuela pública del Cerro vino una etapa en la que fui becado en la escuela municipal José Miguel Gómez, en Lawton. Papá conocía a un amigo de España que tenía relaciones en el municipio y me consiguió una beca

en esa escuela. Estudiaba de lunes a sábado. Ya en 1945 o 1946 construyeron la escuela Valdés Rodríguez en el Vedado, en las calles 6 y Calzada, y allí cursé el sexto grado, interno también. Recuerdo a mis profesores, muy buenos profesionales, dedicados a la labor docente con la entrega que se logra por una profunda vocación.

Al concluir mis estudios fui al Instituto de Segunda Enseñanza del Vedado, que por esos años (1946-1948) estaba muy revuelto y mi padre habló en la escuela Arturo Montori, también en el Vedado, en Línea y J. En ese centro permanecí un año, pero me sentía incómodo porque esa era una escuela privada de personas pudientes y yo durante todo el curso, tenía el mismo pantalón. Todos se burlaban de mí, incluso tuve una noviecita que era de clase adinerada y cuando la familia se enteró, la mandaron a estudiar al extranjero.

Volví para el Instituto del Vedado y en esos meses salió la convocatoria para la Escuela de Periodismo y me presenté a los exámenes. Siempre me gustaron la fotografía y el periodismo, sabía que era una oportunidad que debía aprovechar. Mi padre, desde luego influyó en mi decisión y me animó a que estudiara fotografía periodística.

Capítulo 2

¡Juventud, precioso tiempo! Formación profesional, aprendizaje

La tradición periodística en Cuba, la calidad de las publicaciones y de los profesionales de la prensa, desde el surgimiento de El Papel Periódico de La Habana, el 24 de octubre de 1790 hasta nuestros días, ha sido reconocida en el continente americano y más allá de sus fronteras.

El periodo de la República (1902-1958) contó con un desarrollo de los medios impresos, variedad temática y calidad tipográfica, a la altura de países desarrollados de Europa y Estados Unidos. De este último recibió una fuerte influencia ante la cercanía geográfica y el sistema político imperante en la Isla; y se vio beneficiado con inventos como linotipos más desarrollados, el sistema offset y el fotograbado, técnica que permitió la inclusión de fotografías e ilustraciones en la prensa periódica.

La Habana, como capital, llevaba la delantera con el aval de las empresas periodísticas, y en el interior del país, ciudades cabeceras y poblados desarrollaron un periodismo con características propias y se convirtieron en portavoces de las costumbres y el acontecer de cada territorio.

El albor del siglo XX sorprendió a la capital cubana con importantes periódicos que iniciaron sus días en la etapa de la colonia: Diario de la Marina, Avisador Comercial, El Comercio, La Lucha, La Discusión, El Nuevo País, fundamentalmente, y entre las revis-

tas se destacaba El Fígaro. Con posterioridad surgieron otros como The Havana Post (1900), El Mundo (1901), El Triunfo (1909), Herald de Cuba (1913), La Prensa (1914), El País (1921), Información (1931), El Crisol (1934) y Prensa Libre (1941) por solo mencionar algunos; en los primeros 20 años despuntaron las revistas Bohemia (1908), Bimestre Cubano (1910), Gráfico (1913), Social (1916) y Carteles (1919).

Destacados intelectuales de la época se desempeñaron como periodistas de los mencionados diarios y revistas; la gran mayoría procedía de las Letras, el Derecho, la Medicina, la Pedagogía. Algunos se habían formado en Norteamérica, París y en ciudades españolas, pues fueron las grandes urbes europeas y Estados Unidos,⁸ los pioneros en crear las primeras escuelas para la formación de periodistas.

El empirismo profesional caracterizaba al sector de periodistas en Cuba; probada cultura y habilidades para escribir, fueron cartas de presentación en la mayoría de los que ejercieron el oficio. La formación se basaba fundamentalmente en la experiencia que adquirirían en las redacciones de los diarios, panorama que se mantuvo hasta la creación de la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling que abrió sus puertas en octubre de 1943, en el no. 258 de la calle G (Avenida de los Presidentes).

Ante el reclamo de los profesionales que ejercían el periodismo de fusionar la teoría y la práctica en un contexto cambiante, en consonancia con los cambios que imperaban en el mundo de la comunica-

⁸ Estados Unidos fue el primer país en crear las escuelas de periodismo en el mundo. Según Rudens Tembras, en su Tesis de diploma «La Escuela Cubana de Periodistas en la hora crucial del Periodismo Nacional» (Universidad de la Habana, 2006), Missouri (1908) y Columbia (1912) fueron las primeras que existieron, aunque se tienen noticias de que el Washington College, (1870), la Universidad de Basilea (1884) en Suiza, y la de Heidelberg (1897), Alemania, ofrecieron alguna formación en periodismo o al menos reflexionaron sobre el tema.

ción como disciplina académica en auge, Cuba se convirtió en el cuarto país de América Latina en poseer una escuela para formar periodistas, fotorreporteros y dibujantes para la prensa, antecedido por Argentina, Brasil y México.

Jorge Oller matriculó en 1947, el tercer curso de la recién creada Escuela de Periodismo. La rica experiencia adquirida en la institución y el aprendizaje directo con importantes figuras del periodismo cubano, dejaron profundas huellas que aprovechó a lo largo de su carrera profesional. Las anécdotas de sus años de juventud, el primer trabajo como fotógrafo de prensa y otras escenas de la vida del joven Oller en los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo XX, fundamentan las sólidas bases de formación ética y compromiso con el deber del hombre que se revela en las páginas de este libro.

Los inicios en la fotografía. La Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling

Decidí estudiar fotografía periodística porque era una tradición familiar. Mi padre tuvo su estudio de fotografía en Barcelona, y desde chiquito estuve influenciado por todo ese ambiente de cámaras fotográficas, revelado, y de verdad que estaba muy enamorado de la profesión.

En septiembre de 1947 comencé mis estudios en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling. Dos meses antes había realizado los exámenes de ingreso y aprobé para las dos carreras: Periodista Profesional y Técnico Gráfico Periodístico. Las pruebas para el ingreso eran rigurosas, debías examinar varias materias y había solamente 50 plazas; si se presentaban 100 alumnos y aprobaban todos, ¿a quiénes dejaban? Desde luego, si eras hijo de un periodista, tenías más posibilidades que otros; pero tuve la suerte de aprobar. Casi la

totalidad matriculaba la carrera de Periodista Profesional, unos cuatro o cinco optaban por la de Técnico Gráfico y la de Dibujante y si lo deseabas, podías solicitar la matricular de hasta dos de estas tres carreras. Si aprobabas los exámenes para una especialidad, te permitían elegir entre las otras. Periodista Profesional era la especialidad preferida porque Técnico Gráfico no tenía mucha aceptación y hacían falta fotógrafos en los medios de prensa. Los estudios duraban cuatro años.

En realidad empecé a estudiar en el año 48, porque en 1947 hubo una huelga general en la escuela por los muchachos mayores, yo estaba en primer año en esa fecha, y todos perdimos el curso porque cerraron la institución. Fueron los años de las pandillas gansteriles, robos, latrocinio y atentados en la calle. Precisamente cursaba las primeras semanas de clase cuando ocurrieron los sucesos de Orfila.⁹ Ese curso se perdió y hubo que retomarlo en septiembre de 1948.

Cuando estudiaba el segundo año, me decidí solo por Técnico Gráfico porque ya en esa época, mi profesor de reportaje gráfico, Juan Manuel Guerrero, era además el jefe de fotografía de *Información* y necesitaba un fotógrafo en el periódico. Probó varios candidatos y no le convino nadie: los buenos ya estaban en *La Marina*, en *El Mundo*; hubo viejos fotógrafos que fueron a probarse y no dieron la talla.

Entonces pensó utilizar a los muchachos de la escuela. Fueron dos antes que yo, uno se llamaba Delio Valdés, era mulato, de un año anterior al mío, y empezó muy bien, hizo un trabajo muy

⁹ La masacre de Orfila se le conoce a la acción protagonizada por grupos gansteriles con el apoyo del gobierno de Ramón Grau San Martín. Sucedió en La Habana, en el reparto Orfila, calle 8 y D, Vedado, el 15 de septiembre de 1947. Dos grupos antagónicos protagonizaron la acción: el encabezado por Mario Salabarría y el de Emilio Tro (de la Unión Insurreccional Revolucionaria).

bueno pero la dirección del diario decidió no aceptarlo porque era negro y había que cubrir, además de las informaciones nacionales, las de policía, deportes, las actividades de la alta burguesía en los exclusivos clubes del Biltmore, Country Club y otros más donde no se permitía la entrada a las personas de color aunque representaran a los periódicos más importantes del país. El asunto racial pesaba mucho aunque fueras buen profesional. Después el muchacho se fue a otro periódico y de verdad que resultó muy bueno en su tiempo. Entonces mandaron a otro alumno, y tampoco tuvo éxito, porque descubrió que el oficio de fotógrafo no iba con sus intereses. Entonces llegó mi turno, y me aceptaron.

En la Escuela de Periodismo tuve excelentes profesores, que independientemente de su estatus social o filiación política, eran brillantes; muy rigurosos y muy buenos profesionales. Había uno, Francisco Ichaso, que nos daba Literatura Española y Americana, llegaba y decía: «¿Qué nos toca hoy? Bueno, hoy nos toca *La Ilíada*», ponía el reloj en la mesa, eran 35 minutos de clases, empezaba por *La Ilíada*, y cuando llegaban los 35 minutos, ahí mismo terminaba, pero terminaba tan bien que tú te quedabas bobo, deseando que siguiera porque era didáctico y muy ilustrado. También estaba Ramón Vasconcelos, impartía Historia del Periodismo e Historia del Arte, tan ameno como complicado con su tiempo, pues dirigía el periódico *Alerta* y tenía otras funciones políticas. Octavio de la Suarée fue el director en mi etapa de estudiante, un profesional con un alto dominio técnico del periodismo y una gran cultura que también impartía idioma francés. José Zacarías Tallet nos daba Historia de Cuba. En el claustro estaban Sergio Carbó, Andrés Núñez Olano, Rafael de Armas, Víctor Bilbao y otras figuras del periodismo nacional.

Las asignaturas de la carrera que nos formaban como fotógrafos de prensa básicamente eran Fotografía, Reportaje gráfico,

Grabado y Estética gráfica. Todos los profesores eran muy buenos profesionales y tenían gran dominio del oficio, transmitían los aspectos técnicos y la experiencia acumulada del trabajo en los diarios y revistas. Julio Lagomasino era el profesor de fotograbado, uno de los primeros fotorreporteros de Cuba que luego se dedicó al fotograbado; de palabra fácil, estaba muy enamorado de la profesión e inculcaba en los jóvenes estudiantes ese amor por la fotografía. Lagomasino animaba sus conferencias con anécdotas propias o de colegas. Era hijo de un patriota espirituario y desde pequeño se acostumbró al olor de la tinta y el plomo de los diarios. Él veía mi interés por sus clases y me mostró los álbumes de fotos y recortes de periódicos y revistas que había llenado con los años; de alguna manera despertó en mí el bichito de la investigación del fotorreportaje cubano.

Otro de los profesores que tuve fue Rafael Pegudo, fotógrafo del diario *El Mundo*, quien había organizado el homenaje por el centenario de la fotografía, en 1939, e impartía fotografía. Federico Gibert, decano de los grabadores en el país, daba estética gráfica y Juan Manuel Guerrero, reportaje gráfico. Guerrero era un excelente fotógrafo, retocador y dibujante. Tenía gran habilidad para hacer fotomontajes, empates y fotos trucadas, que en la actualidad se dice fácil, pero en los años cincuenta, eran verdaderas hazañas técnicas. Al principio tuve mis dificultades con el profesor Guerrero porque él no estaba muy al tanto de las últimas tecnologías y le molestaba que le preguntara por ellas. Siempre estuve ávido de conocer y ante la necesidad que tenía el profesor de tener fotógrafos jóvenes para formarlos en las normas que imponía Santiago Claret, el director de *Información*, no dudó en llevarse como ayudantes a aquellos estudiantes que prometían.



Con el profesor Juan Manuel Guerrero en una clase de reportaje gráfico, Oller, detrás del maestro. Escuela de Periodismo Manuel Márquez Sterling, 1949.

De mi grupo de clases, recuerdo que éramos siete u ocho en total: Delio Valdés, que no siguió estudiando pero se las valió para que le dieran el título de aptitud, fue muy bueno y se dedicó a hacer trabajos fotoperiodísticos para la policía; Lillian Blanco, una muchacha que luego fue fotógrafa del Palacio Presidencial en tiempos de Batista y más tarde la expulsaron de allí; Gustavo Madrigal, que después trabajó en *Ataja*. Éramos cuatro los que trabajábamos en periódicos y también estudiábamos, el resto solo iba a clases. Me gradué en 1952 junto con Miguel Ángel Quintana Rodríguez, Laura Ondina de la Cruz, Lillian Blanco y Diosdado Madrigal.

Una revista ¡fenomenal!

En mayo-junio de 1949 publiqué mi primer trabajo periodístico en la revista *Talía* y en *Diario de la Marina*: las fotos de la entrevista que le hizo una estudiante de Periodismo al barítono

español Marcos Redondo, de visita en La Habana. También por aquellos días el caricaturista de *Zigzag* y de *Prensa Libre*, Silvio Fontanills Quiroga, visitó dos o tres veces la Escuela de Periodismo, tratando de captar estudiantes para una revista de bolsillo que quería editar. Para nosotros era una oportunidad, pues además de obtener algún provecho económico, nos proporcionaba experiencia y conocimientos prácticos. Así que, a principios de junio de 1949, fuimos a verlo Samuel Urra, compañero de estudios, y yo, con la experiencia de haber realizado algunos reportajes para las revistas *Carteles* y *Talía*.

Nos recibió muy entusiasmado, mostrándonos la maqueta de una revista de bolsillo, muy gráfica y ágil, y habló de las grandes perspectivas de esta «revista fenomenal» porque publicaría los temas que otras publicaciones callaban por temor o conveniencia. «Las fotografías —explicó Fontanills— por el pequeño tamaño de la revista, requieren de primeros planos, para que las caras de los fotografiados se identifiquen claramente». Al final me dijo:

Mira chico, quiero periodistas y fotógrafos jóvenes con agallas, sin temor a los peligros y dispuestos a todo, en aras de la noticia. Te propongo comenzar con estos trabajos que ilustrarán el primer número. Tienes que ver la manera de retratar al capitán de la policía que diariamente, a las 4:00 p.m., va a la vidriera de la calle Dragones a recoger la gabela, que era un tributo que imponían los jefes de la Policía u otros oficiales para permitir juegos ilícitos. También a un conocido político que se las da de «santo» pero mantiene una amante en un espléndido apartamento y para eso tienes que apostarte en algún lugar para retratar la casa y a los dos muy acaramelados; y una de estas noches tomas algunas fotografías a los marihuaneros en sus momentos de éxtasis, quienes a hurtadi-

llas frecuentan el Paseo del Prado. Son temas muy candentes y sé los riesgos que implican, pero solo así la revista tendrá éxito y tú, ganancias. La remuneración dependerá de ese éxito y hasta tanto la revista no rinda las utilidades suficientes para adquirir una cámara y los materiales, tú debes afrontar los gastos.

Le expresé mi gratitud por el ofrecimiento y prometí pensarlo. Lo mismo le dije Urra. Cuando nos reunimos con los compañeros y contamos lo hablado con Fontanills, ninguno mostró interés en esa revista que cultivaría el periodismo más sensacionalista de aquel momento. La revista no llegó a editarse como era de esperarse, no encontró a nadie que quisiera participar en la aventura donde había que arriesgarlo todo, poner los equipos, el transporte, los gastos materiales y sobre todo, la cara y la vida a cambio de fantásticas promesas que no pasaban de ser eso: promesas.

El barrio Las Yaguas: periodismo en el terreno

La práctica era algo primordial en la Escuela de Periodismo, te exigían muchos trabajos. Uno de los que recuerdo, consistió en hacer un reportaje y para seleccionar el tema pusieron una cajita con distintos asuntos y lugares y a mí me tocó el barrio Las Yaguas, ubicado en la Loma del Burro, en Luyanó, en la periferia de La Habana. Esa era una especie de favela de aquella época, donde había maleantes, pero también buenas familias que no tenían dinero para pagar una casa, y le decían así porque las yaguas de la palma real, usadas para el envase y traslado de las hojas del tabaco desde las vegas hasta las fábricas de La Habana, al ser desechadas por la fábrica, eran utili-

zadas para levantar las casas. La crisis económica mundial de 1929 y la tensa situación provocada por la dictadura del general Machado y su posterior derrocamiento, afectaron fuertemente las actividades productivas cubanas y ocasionó el desempleo de millares de obreros y empleados.

Muchas personas fueron desahuciadas de sus hogares y al no poder pagar el alquiler tuvieron que buscar refugio en los alrededores de la ciudad, construyendo sus propias viviendas con palos, maderas y latas que encontraban en los basureros o tirados en las calles. Así surgieron en La Habana de entonces los llamados barrios marginales de Llega y Pon, Pan con Timba, Cueva del Humo, Las Yaguas y otros tantos más.

El martes 18 de mayo de 1949, temprano en la mañana, bajé de la guagua en la parada de la Quinta Hijas de Galicia, en la Calzada de Luyanó. Llevaba mi cámara fotográfica, una Exakta Varex de rolo 127 y una libreta de notas. Fui caminando hacia la Loma del Burro y lo primero que vi y retraté antes de llegar al caserío, fue la camioneta de una fábrica de tabacos descargando las yaguas. Después entré por la que me pareció era la calle principal y me llamó la atención que hubiera alguien, escoba en mano, barriendo aquel camino polvoriento. Polvo había, pero ningún papel o basura. Alcé la cámara y fotografié la escena.

Un hombre que tallaba en madera la virgen de Santa Bárbara, sentado en la puerta de una de las casas, me advirtió que para fotografiar allí debía hablar con el «alcalde». Incredulo le pregunté: «¿Con el alcalde?» —y me contestó— «Sí, sí, con el alcalde, vamos para que lo conozcas», y me llevó a una choza que no se diferenciaba de las demás. Allí me encontré a un anciano a quien todos trataban con mucho respeto. Él quiso saber para qué quería las fotografías y le expliqué que era alumno del segundo año de la Escuela de Periodismo y mi

profesor me había pedido para el examen un reportaje gráfico de Las Yaguas; era mi primer trabajo práctico de clases e iba a poner todo mi interés en hacerlo lo mejor posible y aunque era un tema que los diarios apenas tocaban, pensaba que en algún momento podría testimoniar las condiciones de vida de aquel lugar.

Después de meditar un rato, el anciano me dijo: «Haz las fotografías y ojalá que algún día cuenten nuestra amarga historia». Iba a retratarlo a él, pero adivinó mi intención y me hizo un gesto negativo. Luego le pidió al escultor de la virgen de madera que me acompañara durante mi tarea.

En Las Yaguas vivían unas 6 000 familias, en casi 1 500 casetas construidas por ellas mismas. No había electricidad y se iluminaban con chismosas y velas. No tenían médico, ni dispensario y si alguien enfermaba o tenía un accidente, lo normal era que un curandero o una espiritista vecina lo auxiliara. Tampoco había escuelas, eran las madres que tenían alguna preparación, las que enseñaban a leer y escribir a sus hijos y también a los niños de los vecinos analfabetos.



Niña lavandera del barrio
Las Yaguas.
(Foto Jorge Oller).

Por aquellos años también hice un trabajo de clases con Paquita Cao Santiago, que estaba dos cursos más avanzada que yo, y nunca se publicó. Se trataba de un reportaje sorpresivo al Hogar del Necesitado, en Concha y Cristina, donde existía hacía mucho tiempo el mercado La Purísima. El lugar fue cedido en 1941 a la municipalidad por la Corporación Nacional de la Asistencia Pública y allí reinaba un completo abandono: los niños dormían en columbinas, sin colchón, y dos compartían una estrecha cama. Queríamos llamar la atención del público y los políticos para que les brindaran más recursos a esos pobres niños. Incluso creé la caricatura periodística de un personaje que llamamos «el duende», simulando el modo oculto de hacer las fotos mientras los niños dormían. Pero ninguna publicación periódica se interesó por ella.

Noticias del día, diario estudiantil frustrado

Durante los años de estudiante en la Márquez Sterling hubo un intento de crear un diario de noticias por los estudiantes. Teníamos un profesor de Tipografía, un hombre mayor llamado Norberto Martínez Collado, y se le ocurrió la idea de hacer un periódico confeccionado y administrado por los estudiantes. Quería un diario distinto, con gran información, que resaltara los sufrimientos del pueblo y con ello exigir a quien correspondiera, su remedio. Luis Martínez Paula, hijo de Norberto Martínez, y yo, éramos los fotógrafos, dos o tres graduados y seis o siete muchachos de la Escuela, integraban la nómina. Como ninguno de nosotros teníamos dinero, inventamos unos bonos de ayuda que el profesor imprimió y con eso fuimos a varias casas comerciales e industrias a tratar de vender para comenzar el proyecto.

El periódico se llamó *Noticias del día*. Después que lo lanzamos, nos dimos cuenta de dos cosas: que el título *Noticias del día* se confundía con el del diario *Noticias de Hoy*, el órgano de los trabajadores y de orientación socialista, y eso frenaba a la mayoría de los empresarios que nos comprarían los bonos de ayuda. Para darle promoción, en las madrugadas, dos o tres muchachos íbamos por las calles y pegábamos en las aceras y en las paredes: «Lean *Noticias del día*» y una vez nos sorprendió la policía, y a buen arreglo porque éramos jóvenes, tuvimos que botar todo el almidón que teníamos para pegar, romper los papeles, y por suerte no hubo mayores consecuencias. Gracias al director del diario *La Calle*, Luis Orlando Rodríguez, pudimos tirar los números del periódico en los talleres de ese medio, situados en San José, entre Lealtad y Escobar. Ante la imposibilidad de sustentarlo económicamente, el diario realizado por estudiantes apenas duró un mes y unos días, desde mediados de agosto hasta finales de septiembre de 1950.

Información, mi primer trabajo y otra escuela

Juan Manuel Guerrero y Campanería fue mi profesor de Reportaje Gráfico en la Escuela de Periodismo y también era jefe de Fotografía del periódico *Información*. Al comenzar mi tercer año académico, Guerrero me propuso trabajar de fotógrafo suplente en el diario. El Colegio de Periodistas no permitía que nadie trabajara en los medios de prensa sin estar debidamente colegiado y solo los estudiantes de la Escuela de Periodismo estaban autorizados para realizar prácticas, pero no podían ocupar plazas hasta que una vez graduados se colegiaran. Para evitar que me acusaran de intrusismo profesional y poder seguir trabajando, me pagaban por vales, igual que a

los demás fotógrafos del diario y las fotos que me publicaban no podían ir bajo mi firma. Si eran de calidad, las acreditaban a Guerrero o a otro fotógrafo del diario.

Muy contento comencé mi primer trabajo de reportero gráfico en ese importante diario y mi profesor y jefe me dio una orden del responsable de la sección de deportes, Bernardo (Lillo) Jiménez, también profesor de la escuela. Se trataba de reportar un juego de basquetbol femenino que se efectuaría a las 8:00 p.m. en el Club Cubaneleco, en 17 y M, en el Vedado, en los terrenos que hoy ocupa el edificio FOCSA. Guerrero me entregó dos *film pack*, con doce fotos cada uno y el encargo de retratar a los dos equipos y dos jugadas. Para ello me indicó viera al reportero de deportes de *Información*, Pepe Rubio Colomé, quien me ayudaría en lo que necesitara. Ya en el club pregunté al portero por Pepe Rubio y me lo señaló, estaba conversando con un grupo de colegas, y a él me dirigí diciéndole: «Buenas noches, yo soy alumno de la Escuela de Periodismo y Guerrero y Lillo me dijeron que lo viera a usted para...». Pepe me interrumpió groseramente y gritó: «¿Pero tú eres la mierda que me mandan, mira, me importa un carajo lo que hagas o lo que retrates. ¡No quiero principiantes!».

No sé si un rayo petrifica tanto como lo que el rezongo de Pepe. Y me quedé sin saber qué hacer. Sus propios colegas le recriminaron esa actitud y me animaron; pero todo salía mal, cuando quise hacer los grupos, las muchachas de cada equipo no querían ser las primeras porque decían que traía mala suerte. Al fin pude convencer a un grupo y después el otro se dejó retratar sin dificultad, por último, hice las dos jugadas que me pedían y regresé al periódico como un gato mojado. Guerrero me esperaba con impaciencia. «¿Cómo te fue?», me preguntó y le conté lo sucedido. Él me alentó como mejor pudo

y cogió el *film pack* para revelar las películas pero cuando vio que solo había tirado cuatro, me lanzó un rapapolvo: «Cuándo te pidan una fotografía para publicar —decía— tienes que tirar tres, cuatro o más para estar seguro de tener una buena, ¿qué pasaría si no te sincroniza un bombillo? ¿O si te queda movida la imagen? ¿U otros imprevistos de los que se presentan a un reportero gráfico? Tira, tira muchas fotos para escoger una o dos; sobre todo ahora que empiezas, pero, en fin, vamos a revelar».

La tenue luz verde de seguridad descubrió que el revelado se desarrollaba normalmente y después, ya fijadas, vimos que las planchas habían quedado bien y llenos de alivio, imprimimos los cuatro negativos.

Cuando el reportero Pepe Rubio regresó al periódico, estábamos entregando las fotos a *Lillo* y enseguida Guerrero le recriminó su falta de ayuda a un joven principiante y se desató una violenta discusión entre ellos, que casi se van a las manos. La oportuna intervención de *Lillo* Jiménez, y de otros periodistas, pudo calmar la situación. Mi primer día en *Información* fue inolvidable.

Por aquellos tiempos iniciales, trabajaba el turno de las 5:00 p.m. hasta el cierre del diario, que era aproximadamente a la 1:00 a.m. Guerrero me había puesto en ese turno porque era el horario en que él tenía más tiempo y así me podía ayudar y orientar. Recuerdo una de esas noches, el 5 de agosto de 1951, cuando el destacado político Eduardo Chibás, fundador del Partido Ortodoxo, se disparó un tiro al terminar una alocución radial contra la corrupción del gobierno de turno. Hicieron desesperados intentos por salvarle la vida pero falleció el día 11. Su entierro, el 17 de agosto, fue apoteósico, uno de los más grandes que se recuerden hasta entonces

en La Habana, y Guerrero me publicó una foto muy desplegada donde se apreciaba la salida del féretro por la escalinata de la Universidad.



Sepelio de Eduardo Chibás en la Universidad de La Habana.
(Foto Jorge Oller).

Estética y excelencia en la norma informativa de Santiago Claret

Cuando me gradué, en 1952, ya tenía mi plaza segura en el periódico. El director y dueño era Santiago Claret, aclaro esto porque podía existir un director que no fuera el dueño del periódico, pero en el caso de *Información* coincidían los

cargos. Claret era abogado, político y periodista, descendía de catalanes y era natural de Cienfuegos. En los turbulentos días del machadato, en 1931, fundó *Información*, arrendando unos locales, talleres y rotativas en el *Diario de la Marina*. Fue víctima de un atentado en la oficina que tenía en *La Marina*, le dispararon con una pistola y, por suerte, la bala rebotó en la gruesa hebilla de su cinturón, salvándole la vida. Se exilió en Miami donde nuevamente le dispararon. La dirección de *Información* quedó en manos de Lorenzo Frau Marsal. Dos años más tarde regresó a La Habana y el 3 de febrero de 1937 Claret volvió a dirigir *Información* e instala su redacción, talleres y administración en la calle Amistad 104. En mi etapa de *Información*, el diario se había trasladado para un edificio propio situado en San Rafael 467, entre Campanario y Lealtad, donde estaba situada la dirección, la redacción, los talleres y dos rotativas: una para el periódico que tiraba 64 páginas diarias y 96 los domingos, y otra de fotograbado para el suplemento gráfico diario de ocho planas y doce el último día de la semana.

Claret transformó las anticuadas concepciones establecidas en la fotografía periodística cubana desde principios de siglo y creó un estilo propio, exigiendo a sus reporteros gráficos fotografías naturales, cargadas de dinamismo y con vistas en las que se pudiera identificar a las personas con facilidad. Hasta entonces los diarios publicaban grabados de tres o cuatro columnas que incluían presidencias o grupos grandes de personas en pose, mirando hacia la cámara y que a veces ni se distinguían por la trama que se empleaba. Entonces él dispuso que se eliminaran las fotografías de las presidencias y público en los actos. En su lugar, antes o después del acto social, sus reporteros gráficos tenían que agrupar a unos seis u ocho de los personajes más importantes que presidían la reunión, colocarlos en semicírculo

y retratarlos mientras conversaban entre ellos, sin mirar hacia la cámara. El fotógrafo debía anotar correctamente los nombres y cargos de cada uno de los fotografiados en el mismo orden que estaban al tomar la fotografía, y de izquierda a derecha. Esas fotos tenían un espacio de cuatro a cinco columnas. Solo se publicaban a una columna los retratos personales, los que casi siempre cortaban junto a las orejas para eliminar espacios innecesarios y destacar bien la cara.

El director de *Información* estaba al tanto de todo, leía y releía todo lo que iba a salir publicado en el diario al día siguiente: titulares, informaciones, fotografías, pie de fotos, anuncios, clasificados, nada escapaba a su cuidadosa revisión. Como era un periódico familiar, y se recibía por la mañana antes del desayuno, evitaba presentar hechos repugnantes, de sangre y muertos. Si había noticias de fallecidos, las fotos no se publicaban. Si había un atentado y una docena de muertos, olvídате, que eso no lo publicaban. Se daba la noticia pero no se publicaban las fotos. Hechos de sangre, desagradables, no se publicaban.

Si por alguna razón el periódico tenía que dar cobertura a algún hecho que no fuera con interés de publicarlo, se enviaba al reportero gráfico, con la instrucción de «tirar una plancha alemana». Esta clave significaba que nos debían notar haciendo nuestro trabajo con cierto alarde. Luego, cuando no se publicaba, siempre los fotógrafos cargábamos con la culpa, por descuido en el revelado, un bombillo flash no sincronizado u otro pretexto.

Cuando entramos nos dijo Santiago Claret que íbamos a trabajar en un diario informativo dedicado a la familia, no era político y no tenía cabida el sensacionalismo. Si a los periodistas les exigía no usar adjetivos, a los fotógrafos les pedía evitar las poses. La naturalidad la apreciaba mucho: que no miren a la cámara.

En la década de los cincuenta, *Información* era uno de los diarios más importantes en Cuba, junto a *El Mundo* y *Diario de la Marina*. Recuerdo a periodistas como Baldomero Álvarez Ríos, José Aníbal Maestri, Ángela Domínguez, Loló Acosta y otros que a mi memoria escapan. En fotografía el jefe era Juan Manuel Guerrero, mi profesor, también trabajaban Tony García, fotógrafo de la primera dama de Batista, Aldo Díaz que hacía deportes, José Collado, que venía de una familia de reporteros gráficos, César Otero, sobrino de Lisandro Otero, Rubén González, que a mediados de 1958 se incorporó a las fuerzas revolucionarias que operaban en la Sierra del Escambray y llegó a ser capitán, y yo, éramos los seis fotógrafos de *Información*. En varias ocasiones, Guerrero, Miralles, Collado, Otero y Aldo obtuvieron premios en los concursos Juan Gualberto Gómez y Rafael B. Santa Coloma.

En los primeros años trabajé en la sección de entrevistas, hice también social, información general, deportes, o sea, el profesor fue tanteándome por distintas áreas para ver dónde encajaba mejor y resultó ser en entrevista. Trabajé este género junto al periodista Fernando Alloza, un español que luego del triunfo de la Revolución se marchó a Estados Unidos. Hacía entrevistas de corte político y comercial. Eran los lunes y viernes, y el resto de los días hacía temas generales, lo que apareciera.

Por entonces la cámara norteamericana Speed Graphic era muy popular entre los reporteros gráficos, pero nosotros usábamos otra similar, la Linhof, que tenía una óptica muy buena y la ventaja que era de metal, mucho más fuerte que la americana, que era de madera. La Caribbean Photo importaba estas cámaras, los papeles y películas de la marca Ansco, tenía un convenio con el periódico y le suministraba estos artículos a cambio de los anuncios.



En los años de estudiante de la Escuela de Periodismo y de práctica en *Información*, 1950.

Además de trabajar en *Información*, colaboraba en la revistas *Bohemia* y *Carteles*. *Bohemia* pagaba 50 pesos por grupo de fotos, pero tenían que ser buenas fotos y si por alguna razón o por la censura no podían publicarlas, las pagaban y las guardaban en el archivo hasta que cesara la censura o fuera conveniente publicarlas. Todos los reporteros gráficos y fotógrafos de La Habana colaboraban en *Bohemia*, revista que se enorgullece de tener uno de los mayores archivos fotográficos de prensa en Cuba.

Ya te digo, incluso, tú mandabas lo mismo para el periódico que para *Bohemia* y el periódico se hacía el de la vista gorda, como no te podían pagar un salario más alto, porque además, qué pasaba, los periodistas casi siempre tenían «botellas», o sea, en el periódico trabajaba el periodista que podía estar acre-

ditado en un ministerio y ahí tenía una placita y si trabajaba en otro ministerio, le daban otra placita y así, pero el fotógrafo no, el periodista tenía más entradas que el fotógrafo de prensa. Por eso ellos permitían que colaboráramos con otros medios. Entonces *Bohemia* te pagaba, no te pagaba 50 fotos, sino 50 pesos por grupo de fotos que tú mandarás, por temas, si era de otro tema, eran 50 y 50, y si no servían las fotos, no te pagaba.

Carteles también recibía colaboraciones pero pagaba menos, y era más complicado. Cuando yo mandaba a *Bohemia*, y las publicaban, iba a buscar el cheque e inmediatamente te lo daban; *Carteles* no, te las publicaban y cuando buscabas el cheque tenía que firmarlo no sé quién, en fin, mucha burocracia, además que pagaban menos, por eso la gente no publicaba mucho en *Carteles*.

Yo tenía tres entradas principales en esa época: el salario en *Información* y las colaboraciones con otros medios de prensa. Otra singularidad que tenía *Información* era que no poseía automóviles ni camionetas como otros diarios. La dirección del periódico calculaba muy bien los gastos y veía más conveniente pagar carreras y autos de alquiler: «Si yo tengo una flotilla de carros, tengo que comprar los carros, las piezas de repuesto, la gasolina, pagarle a choferes, y si pago máquinas de alquiler, me sale más barato»; y era cierto, salía más barato. Entonces ellos hacían eso, pagaban los viajes, dentro de La Habana costaba 40 centavos la carrera, un poco más lejos eran cuatro pesos o cinco pesos y sumados en la semana, era otro salario más, porque por mucho que gastaban, siempre quedaba; la gasolina era barata.

Mi primer auto propio fue un Ford del año 35, me costó 300 pesos y me lo vendió el doctor Luis Homero de la Osa, un médico amigo mío que compró uno más moderno. A los fotógrafos el periódico *Información* les pagaba los viajes en sus autos

como si fueran alquilados, pues decían que el periodista podía llegar más tarde, pero los gráficos teníamos que estar allí tan pronto ocurriera el hecho. Yo iba con mi auto y el diario me pagaba el viaje como si fuera un taxi alquilado.

Cuando era alumno y comencé a trabajar en *Información*, el jefe mío me pagaba exactamente lo mismo que a los fotógrafos que estaban colegiados, desde luego, en la nómina yo no aparecía, me daban un vale que decía «para gastos», con la misma cantidad, y por ahí salía lo mío; o sea, le debo agradecer a él que recibiera exactamente igual que los otros. Para la época era un salario bueno. Todos los periódicos, menos *Diario de la Marina* y *El Mundo* pagaban un salario de 22,08 pesos a la semana y yo recibía 39,06 pesos, o sea, había diferencia.

Cuando el periodista se graduaba debía inscribirse en el Colegio Nacional de Periodistas y en el Provincial de La Habana, ello era requisito indispensable para poder trabajar como profesional. Uno llegaba al Colegio Provincial de Periodistas, se asentaba el título allí y luego la directiva lo aprobaba en base a los documentos que presentabas. Los que eran graduados de la Escuela no tenían ninguna dificultad, te daban un carnet, con un número y un sello para la solapa, sellito que servía para identificarte en los lugares como profesional. Yo era el colegiado 2389.

Además del Colegio, estaban las asociaciones de periodistas. Me inscribí en la Asociación de Repórteres de La Habana en 1955, o sea, tres años después de estar graduado, e iba allí a almorzar, tomar algún traguito, a ver los libros y otros asuntos de fotografía, y eso me ayudaba a actualizarme, a ver qué hacían los demás colegas. Consultaba los periódicos que recibían de otros países, sobre todo de Estados Unidos y México, y miraba las tendencias de la fotografía de entonces. El formidable edificio de la

Asociación quedaba en la calle Zulueta, y tenía una biblioteca con mucho material del extranjero y buena bibliografía. Después fue sede administrativa del Cuerpo de Bomberos y actualmente acoge al Teatro Lírico Nacional de Cuba.

En aquel palacio de los Repórters los periodistas y fotógrafos de prensa se reunían mucho a conversar, había un ambiente de camaradería, sala de ajedrez, esgrima, pero yo no tenía tiempo, tenía posibilidades de ir pero me faltaba tiempo, porque el fotógrafo de periódico en aquella época, y el mío, que era un periódico importante, apenas tenía tiempo libre. Por entonces también frecuentaba la Biblioteca Nacional que estaba en el antiguo cuartel de la Maestranza, en La Habana Vieja.

Información fue una escuela para mí, guardo muchas anécdotas, momentos memorables como la primera vez que retraté a Fidel Castro, tras su salida del Presidio Modelo, en mayo de 1955, por una amnistía general. Luego del viaje en ferry hasta Batabanó, llegué a La Habana por tren y yo pude retratarlo entonces. Salió por la ventanilla del tren, no salió por la puerta, y la gente lo cargó con tremenda emoción. El periódico la publicó y esa fue la primera vez que fotografié a Fidel.

Cubrí varios reportajes fotográficos de las protestas estudiantiles. El día que mataron al joven Rubén Batista, vine con los estudiantes de la universidad hasta Prado y después la policía empezó a dar palos, hirieron a varios.

También fotografié a los presidentes de esos años: Carlos Prío y Fulgencio Batista. Además de noticias, hice muchas fotos de deportes, por ejemplo la pelea de boxeo de Kid Gavilán en La Habana, en octubre de 1958. Antiguamente podíamos estar cerca del ring para hacer las fotos, ahora no, hay que tirarlas de lejos. Se reunían los fotógrafos de todos los diarios, uno al lado del otro, y era una explosión de luces, cada cual disparando el obturador.

José Antonio Echeverría y el 13 de marzo de 1957

El asalto al Palacio Presidencial por un grupo de jóvenes del Directorio Estudiantil Universitario, la toma de Radio Reloj y la foto de José Antonio Echeverría, líder de los sucesos y presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), el 13 de marzo de 1957, resultan inolvidables.

El día del ataque a Palacio yo fui uno de los primeros en llegar al lugar, porque el jefe de la sección de sociales de *Información*, José Saíenz Peña, de camino al periódico tenía sintonizada Radio Reloj, y escuchó la alocución y el llamado a la lucha de José Antonio y los jóvenes. Llegó alarmado con la noticia y la guardia de fotografía, siempre lista para reportar sucesos no planificados, me tocaba a mí. Iván Llorente, jefe de información del diario, me mandó para Palacio. Alquilé un auto que bajó por la calle Campanario hasta San Lázaro y de ahí a Prado y Colón. La gente venía corriendo desde el parque Zayas, colindante al Palacio, porque los guardias disparaban a todos los civiles.

Entonces le dije al chofer que se fuera y crucé a la acera lateral del cine Fausto. No pude llegar al parque. Regresé a Prado y tiré algunas fotos, entre ellas, un turista que perdió la vida al asomarse a una ventana a ver qué pasaba. Tomé las instantáneas en el momento que lo llevaban en brazos hacia la casa de Socorros más cercana.

Después de tirar las fotos fui por Prado hasta Trocadero, la calle lateral del hotel Sevilla; como por la calle Colón no podía entrar, entré por Prado y cojo el hotel Sevilla para alcanzar el parqucito aledaño al parque de Zayas,¹⁰ y en eso viene Tirso Martínez, fotógrafo que hacía suplencia en *Información* y traba-

¹⁰ Donde ahora se encuentra el yate *Granma*.

jaba en *Avance*, todo pálido porque había entrado por el parque y también le habían tirado. Él venía del periódico *Avance*, pasó por la Asociación de Repórteres donde estaban varios periodistas, entre ellos Luis Gómez Wangüemert, cuyo hijo estaba entre los atacantes a la sede presidencial.

De allí Tirso se fue acercando al Palacio por la calle Zulueta. Cuando alzó la cámara, una bala la rozó y después otras más que venían desde la azotea del Palacio. Se refugió detrás de una columna del hotel Sevilla. Los soldados disparaban a todo civil que andaba por los alrededores, para ellos todos eran enemigos. A Tirso lo acompañó la suerte y pudo salir de aquel trance, salpicado de pedacitos de hormigón y polvo en la camisa y los pantalones.

No sabíamos qué hacer, ni sabíamos en realidad qué pasaba, era muy temprano, entonces, Tirso me dice: «Vamos al periódico», a *Avance*, todos los periódicos tenían una estación que comunicaba con la policía; como se trabajaban mucho los sucesos de policía, había una plantita de radio y se escuchaba lo que pasaba en las estaciones. Fuimos para *Avance* que estaba en Consulado y Virtudes, entonces por la planta de radio oímos que había un tiroteo en Palacio y en Radio Reloj y se escuchaban tiros en la Universidad. Tirso me dice: «Por aquí no vamos a poder entrar hasta que se amaine esto, vamos a ir a la Universidad, si quieres te llevamos en el carrito del periódico».

Las calles estaban desiertas, pero al atravesar San Lázaro por la calle de San Francisco, vimos a numerosos policías con armas largas, dispersos por los alrededores, apuntando a la Universidad. Seguimos hasta 25 y parqueamos a una cuadra de la calle L. Subimos a pie por L hacia la Universidad. Eran más o menos las 6:00 p.m. y había un extraño silencio. En el hotel Colina los turistas y curiosos miraban a la calle 27 de noviembre, a un cos-

tado de la Universidad. Nos incorporarnos a calle L que era entonces de doble sentido, la escalinata estaba desierta y silenciosa, y al llegar a la calle 27 de noviembre vimos en la esquina un Ford rojo y crema, con varios impactos de bala y las puertas abiertas; unos pocos metros más adelante yacía un joven.

Tirso y yo nos acercamos y reconocimos a *Manzanita*.¹¹ A Tirso se le aguaron los ojos, eran muy amigos y colaboraba con el Movimiento 26 de Julio. Tiramos algunas fotos. No vimos de dónde salieron unos policías nerviosos apuntándonos con sus armas, y aunque nos identificamos con nuestros carnés de periodistas, nos conminaron a que saliéramos del área rápidamente porque según ellos, desde los edificios de la Universidad tiraban ráfagas con ametralladoras de grueso calibre y ellos iban a responder con todos los refuerzos que tenían, para acabar con cuanto civil se les atravesara.



Cadáver de José Antonio Echeverría, 13 de marzo de 1957.

(Foto Jorge Oller).

¹¹ Sobrenombre afectivo de José Antonio Echeverría Bianchi.

Durante los veintitantos minutos que estuvimos allí, no hubo ningún tiroteo ni movimiento en la Universidad, solo uniformados al acecho. Regresamos y me dejaron en *Información*. Allí estaban muy preocupados por mí, había salido del diario alrededor de las 3:30 p.m. y eran pasadas las 7:00 p.m. cuando regresé. Me esperaba otra noticia: habían llamado de la Iglesia del Espíritu Santo para decirle a María, mi primera esposa, que su tío, el párroco de dicha iglesia, había fallecido y lo estaban velando en la iglesia.

El doctor Héctor Pons Domenech, abogado del diario, y su esposa, nos llevaron al velorio, era alrededor de las 11:00 p.m., íbamos con las luces interiores del carro encendidas, por las calles de una ciudad desierta, atemorizada y patrullada. Por la mañana, después del sepelio del tío cura, fuimos a la funeraria de Zapata y 2, donde habían llevado el cadáver de José Antonio. Allí nos enteramos de que unos 50 jóvenes llegaron a Palacio por la puerta de Colón, en dos automóviles y una furgoneta roja con letreros de *Fast Delivery*. Unos llegaron hasta el Salón de los Espejos y penetraron en el despacho de Batista, pero el dictador logró escabullirse por la puerta oculta que conducía al tercer piso, donde se refugió su familia, defendido por la guarnición que tenía su cuartel y la armería en el último piso.

Por supuesto, las fotos de *Manzanita* muerto no pude publicarlas en *Información* por lo que ya comenté de las exigencias del diario, se entregaron, pero no las publicaron. Se publicó, sin embargo, la del turista muerto porque aparece en brazos y no tenía sangre, como estaba a unos metros, no se distinguía sangre, y había que publicar algo sobre los sucesos de Palacio.

Fotógrafo imperial

Un día de noviembre de 1950, realicé un reportaje en la iglesia del Espíritu Santo y sus catacumbas coloniales. El tío de mi primera esposa era el párroco de esa iglesia, situada en la calle Acosta de La Habana Vieja. En uno de sus bancos estaba el *Caballero de París*,¹² un legendario personaje de las calles habaneras. Con su larga cabellera negra y bondadoso mirar, le pedí su anuencia para retratarlo. Con aire de dignidad me dijo: «Solo me deajo retratar por caballeros de mi Corte, así que arrodíllate». Yo sorprendido y curioso, puse rodilla en tierra y él, con su destartalado bastón me dio un golpecito en cada hombro y añadió: «Honrado caballero, os nombro fotógrafo imperial. Ahora ¡Retratadme!». Hice varias fotografías y en otra ocasión que lo encontré, se las regalé, gesto que agradeció regalándome una flor arrancada de un arbolito de un parque cercano.

Dos años más tarde, el 12 de marzo de 1952, un grupo de periodistas y fotógrafos estábamos por los alrededores de la antigua embajada de México, situada en la calle Línea y A, esperando la ocasión de retratar al presidente Carlos Prío Socarrás, que se había asilado al ser depuesto por el golpe militar de Fulgencio Batista. Allí se apareció el *Caballero de París*, con su gran capa negra y le dijo con gran pompa a uno de los policías que cuidaba la entrada del recinto mexicano: «Vengo a ver a Carlos, Rey depuesto», y le presentó al atónito policía que cuidaba la entrada de la embajada varias fotografías arrugadas, entre ellas las mías, y entregándole una a modo de tarjeta de visita, le dijo con todo el garbo de un noble: «Anunciadme a Carlos, el Rey depuesto». El guardia con toda la circunspección

¹² José María López Lledín era el nombre del *Caballero de París*.

que pudo le convenció que Carlos Prío estaba descansando porque se sentía agobiado de tantos problemas. El *Caballero* le quitó la fotografía que le había dado y echando tras sus espaldas su destartalada capa le respondió: «Bien, noble capitán, entonces iré a ver al general Batista, canciller del Reino».

Pasión por la aviación y el dibujo

Cuando empecé a trabajar en *Información*, mi padre era mecánico de la Junta Electoral Municipal del Norte en la calle Príncipe, y como mis ingresos empezaron a ser superiores, yo daba una parte para la casa y disponía de otra con bastante independencia. Me fui a la playa de Santa Fe con unos amigos y matriculé en la escuela de aviación que dirigía el piloto-instructor Orlando Beltrán. Estaba en un pequeño aeropuerto, situado a la salida del pueblo de Santa Fe. Todo eso era a escondidas porque papá, por supuesto, no quería que me enredara con peligros de aviones.

Las clases costaban cinco pesos la media hora y se practicaba en un avión Cessna o un Aeronca, de doble control. Después de volar con Beltrán durante nueve horas y de estar convencido de que mis conocimientos y reacciones ante las eventualidades que pudieran surgir en vuelo eran suficientes, que conocía lo fundamental de las comunicaciones y las regulaciones aéreas, me permitió «solar». Al hacer mi primer vuelo solo, de Santa Fe a Mariel, volando por el mar y cuidando que los vientos no me alejaran de la costa, luego de hacer algunas maniobras frente al aeropuerto, aterricé muy bien.

En la pista de tierra me esperaban Beltrán, los mecánicos y amigos para la ceremonia del novato y me buscaron un viejo overol para cuidar mi ropa, zapatos y reloj. Aquella novatada

también incluía meterse en un tanque de agua, después de rociarte tierra y aceite. En realidad aquel pasatiempo era caro y eso lo tenía presente el instructor, quien me agradecía las fotografías que yo le regalaba de alguna que otra actividad que él realizaba en la escuela. Mi salario no se comparaba con el de los muchachos de mi edad provenientes de la clase media adinerada y algunos ricos, a ellos los echaban al tanque con todo lo que llevaban arriba.

Después de 35 horas certificadas de vuelo y aprobar un examen oficial, me habilitaba como piloto privado o deportivo y podía volar solo por el territorio nacional y llevar pasajeros sin cobrar el pasaje. Con 100 horas podía optar por ser aviador de transporte, el mayor título que otorgaba la Aviación Civil de Cuba.



Oller en la escuela de Aviación de Santa Fe.

Ya tenía nueve horas de entrenamiento cuando un día Guerrero me mandó a reportar un accidente de aviación ocurrido en la pequeña pista de tierra apisonada que existía al lado del puesto

militar de El Chico. Allí me encontré, entre los restos humeantes de madera y lona, los cuerpos carbonizados de dos muchachos que a veces coincidían conmigo en las clases de la Escuela de Santa Fe. Una maniobra equivocaba al aterrizar había provocado el accidente. Tuve la tristeza de hacer las fotos de ellos entre los restos de aquel avión y se lo comenté a papá. Mi padre, que ignoraba que había estado adiestrándome como piloto, me convenció de que desistiera de continuar las clases. Así fue que me alejé de la aviación, pero me encantaba.

Por esa época comencé a estudiar dibujo comercial en el Colegio Garcés,¹³ de 23 y C, y allí conocí a Domingo González. Teníamos buenos profesores entre ellos a Walfrido Aparicio que firmaba *Wal*, un famoso dibujante y caricaturista que trabajaba en *El País*. El curso era de dos años. A mediados del segundo curso Domingo y yo creamos la «Publicidad González Oller», aunque solo logramos hacer un anuncio: una hoja impresa de la tienda La feria, de la calle Real no. 32, frente al gran teatro, anunciando regalos para el Día de los Padres.

Mi primer traje

Al terminar mi primer mes de trabajo, el pagador del periódico, *Nené Hernández*, me ofreció una tarjeta de crédito de una pequeña empresa que tenía llamada Tropicalia con la cual, pagando cinco pesos semanales, podía comprar en un grupo de comercios hasta un límite de 60 pesos. Con este crédito compré mi primer traje. El día que lo estrené, a media noche, casi al terminar mi guardia, y después de haberme puesto el saco y

¹³ El 21 de julio de 1951 el Colegio Garcés le entregó a Jorge Oller el título de Dibujante Comercial.

la corbata para irme a casa, entró corriendo al departamento de fotografía el reportero de policía pidiendo un reportero gráfico para ir al garaje de Industria y Dragones, al fondo del Capitolio, donde acababa de estallar un incendio.

Con la excitación de retratar mi primer fuego cogí la *Speed Graphic*, las películas y los bombillos y, sin acordarme de quitarme el saco, salimos y en un santiamén estábamos en el siniestro. Me confundí entre los bomberos dentro de la nave incendiada y comencé a fotografiar a aquellos abnegados que se enfrentaban a las llamas con un valor extraordinario. Cuando aquello se convirtió en un infierno y comenzaban a caerse algunas vigas del techo, que predecían el derrumbe inminente, todos abandonamos el local medio ahogados por el humo. Los bomberos me felicitaban por haber estado a su lado tomándoles fotografías de su heroico esfuerzo, mientras que los otros fotógrafos estaban haciendo fotos desde la calle. Orgulloso del reconocimiento de los bomberos, con mi flamante traje cubierto de cenizas, escombros y chorreando agua, regresamos el reportero y yo al periódico que aguardaba por mis fotos. Las revelé lo más pronto que pude y extendí sobre la mesa del jefe de redacción Carlos Gómez, ocho buenas fotografías de la arriesgada labor de los bomberos.

Me sorprendí cuando me preguntó: «¿Tienes algo más?», le dije que no. El viejo periodista comprendiendo mi novatada, me hablo así: «Mira hijo, no queremos a un fotógrafo héroe que nos haya hecho excelentes fotos de los bomberos cumpliendo con su arriesgado deber, pero que al lector le pudieran parecer que han sido tomadas en cualquier fuego ocurrido hace días o meses. Estas fotos tal vez mañana puedan servir para ilustrar un trabajo sobre los bomberos. Lo importante en periodismo es saber dónde fue el fuego. Simplemente hoy lo que necesitába-

mos era una fotografía del edificio en llamas y obviamente es lo único que no has hecho».

Así, con mi traje arruinado y el aplauso de los bomberos, aprendí la primera lección. Desde entonces jamás olvidé hacer una vista general de los acontecimientos, antes de ocuparme de retratar los detalles.

¡Para eso pagan!

Iván Llorente Carrascal era el jefe de información del periódico. Por la mañana recorría los ministerios, los organismos y cuanta fuente le pudiera brindar noticias. Almorzaba con algún personaje importante ya fuera político, intelectual o artístico, y cuando llegaba al periódico, a las 2:00 p.m., ya estaba actualizado de todo cuanto ocurría en La Habana y en Cuba. Sobre su mesa de trabajo, adornada con dos cestas para las cuartillas, con los rótulos de entrada y salida, un vaso lleno de los indispensables lápices *Very Black* y otros de colores rojo y azul; en el centro, encerrado en un pequeño marco de caoba protegido por un cristal, estaba el dibujo de una silla de oficina vacía con el siguiente rotulo: «Póngase en mi lugar». En la cesta de entrada le aguardaban varias decenas de cuartillas escritas a máquina y fotografías. Iván tenía muy malas pulgas, cuando olía que la información era inventada o le faltaban datos de interés, rompía las cuartillas en las mismas narices del reportero y si este osaba preguntar el porqué, invariablemente decía: «Tú eres periodista, ¡averígualo!».

Los reporteros gráficos tampoco escapaban a sus ácidas críticas. A mí, que en aquella época estaba en la Escuela y era el más joven de los fotógrafos, no solo del periódico sino de la prensa en general, siempre me señalaba con crudeza algún

detalle, y aunque indudablemente era el peor método pedagógico, contribuía a mejorar mi trabajo.

Un día hice una fotografía extraordinaria que Guerrero y todos en la redacción me felicitaron. Yo pensé que Llorente también haría lo mismo. Cuando le entregué la foto, la miró detenidamente con aire de aprobación, le dio la vuelta, trazó la diagonal para calcular la altura y escribió: «4 columnas, primera página, arriba». Era el espacio que se reservaba a las buenas fotografías, y la colocó en el cesto para ser enviada al taller de grabado. Como me quede parado frente a su mesa me preguntó si quería algo. Yo le dije: «Bueno, como usted siempre encuentra defectos a mis fotografías, hoy he hecho una que a todos les ha gustado, y me han felicitado. Yo tenía la esperanza de escuchar también algún elogio de su parte». Él me respondió secamente: «¿Y para que tú crees que te pagan?».

¡Tú me retrataste vivo, yo te voy a retratar muerto!

Un mes antes del golpe de estado de Batista fue baleado en el café-restaurant Strand en la calle San José esquina a Belascoaín, Alejo Cossío del Pino, ministro de Gobernación. Estaba sentado de espaldas a la calle, junto con Radio Cremata, el representante a la Cámara; José R. Mérida, el presidente del Partido Nacional Cubano en el barrio de Arsenal; Ceferino Duque y un hermano suyo, cuando cuatro hombres bajaron de un Oldsmobile rojo en Belascoaín. El auto dobló por la calle San José, deteniéndose cerca del café, con el motor en marcha. Los cuatro sujetos llegaron al café y dispararon al ministro, hiriéndolo de gravedad; luego corrieron al auto que los esperaba y salieron disparando varios tiros al aire.

Cossío del Pino tenía 16 perforaciones en la espalda, no llegó vivo al hospital de Emergencias. Allí lo retraté. Unos comentaban que los autores del atentado eran miembros de la UIR (Unión Insurreccional Revolucionaria) y se vengaban por su postura favorable a Mario Salabarría y su grupo, cuando estos asaltaron la casa de Morín Dopico, matando al jefe de la UIR, Emilio Tro, en la llamada masacre de Orfila, en septiembre de 1947.

Los partidarios de Tro habían escrito en su tumba el nombre de Alejo como un juramento de venganza mortal. Otros achacaban lo sucedido a Grau y a Prío por haber propiciado el gansterismo sin prever las graves consecuencias que trajo de atentados y tiroteos entre grupos rivales. Prío nombró ministro de Gobernación a Alejo Cossío del Pino, político prestigioso, propietario de Radio Cadena Habana y del restaurante campestre Topeka, y accionista de los Ómnibus Aliados, con el encargo de acabar con esa situación. Alejo lo tomó en serio y acuñó la frase: «¡Se acabaron las pistolas!». Pero en realidad las pistolas acabaron con él.

El 10 de marzo de 1952 el dictador Batista daba el golpe militar que derrocó a Prío. Uno de los pretextos que dio para tomar el poder era la incapacidad del gobierno de poner coto al gansterismo y la matanza en las calles. Pasamos de momentos de enfrentamientos entre grupos gansteriles —como la matanza del reparto Orfila—, a un régimen tiránico y sangriento. El turbulento contexto puso en peligro en más de una ocasión la vida de los reporteros durante sus labores, pero el riesgo valía la pena.

El 13 de junio de 1952 fue presentado ante el juez especial, uno de los autores confesos del asesinato del ciudadano Alejo Cossío del Pino. Los reporteros gráficos no pudieron retratar

la cara de aquellos gánsteres porque se ocultaron con manos y pañuelos o se pusieron de espaldas a los fotógrafos. Yo llegué rezagado, ya los fotógrafos se habían ido y solo quedaba Narciso Báez de *Prensa Libre*, quien me contó que estuvo cazando algún momento que se les vieran las caras pero había sido inútil.

Como su diario era vespertino y el cierre era al mediodía, ya no había tiempo para que la fotografía pudiera entrar en prensa, aunque la hubiera obtenido en ese momento. Así que él se fue y yo entré al juzgado. A los policías de aquella época les agradaba salir en el periódico, bien al lado de un detenido o levantando un acta, y el del juzgado no era la excepción. Cuando me vio entrar me dijo: «Espera, deja que pase un rato, ellos han visto que todos se han ido y están confiados. El preso ha pedido cigarros y el empleado de aquí ha ido a buscarlos. Yo se los voy a dar, así que aprovecha cuando se los entregue».

Y así fue, cuando el mensajero trajo los cigarros, entramos al patio y el uniformado dijo: «Detenido aquí tienes los cigarros», y confiados, sin sospechar que estaba delante de ellos, se voltearon y los retraté. Lo menos que hizo fue tirarme los cigarros y gritar, y los tres me dedicaron un concierto de insultos y una amenaza de uno de ellos: «¡Tú me retrataste vivo, yo te voy a retratar muerto!».

Las fotografías que captaron los reporteros gráficos y los camarógrafos durante los sucesos de Orfila sirvieron para identificar a varios de los asaltantes. Cuando en el juicio le mostraron a José Fallat, alias *el Turquito*, las fotos en que se le veía disparando contra los que salían, ya rendidos, de la casa de Morín Dopico, reaccionó violentamente y amenazó a los reporteros gráficos gritándoles: «¡A ustedes son los primeros que vamos a tumbar!».

Capítulo 3

¡Llegó la Revolución! El fotoperiodismo de 1959 a 1992

El 1ro. de enero de 1959 triunfó la Revolución liderada por Fidel Castro. Comenzaba una nueva etapa para el país, una transformación que incluía, por supuesto, a la prensa y al periodismo en general. La vida política, social y económica de Cuba cambiaron radicalmente; las clases sociales menos favorecidas hasta entonces se convirtieron en protagonistas del proyecto revolucionario. Y ese protagonismo se tradujo en imágenes: carteles, películas, y principalmente, fotografías.

La fotografía como forma creativa de expresión constituyó una poderosa arma para transmitir al mundo lo que estaba sucediendo en el archipiélago que, por primera vez, desafió al imperialismo yanqui en las Américas. A la manera de hacer y representar el proceso en imágenes a través de la cámara oscura, durante los primeros años de la década del sesenta, se le denominó «fotografía épica». El pueblo, en su nueva cotidianidad, ocupó el centro temático de las instantáneas que realizaban los profesionales o aficionados, y un lenguaje fotográfico diferente en la prensa invadió los grandes espacios, con anterioridad atiborrados de propagandas comerciales y figuras de la alta sociedad, para mostrar los líderes y dirigentes, los obreros, los niños, las mujeres, y las movilizaciones de las masas ante importantes eventos.

*El papel que jugó la fotografía como instrumento de propaganda política resultó de tal magnitud que según la fotógrafa e historiadora María Eugenia Haya, Marucha, «el movimiento fotográfico fue la expresión artística más representativa de la Revolución en su nacimiento. Fue esta manifestación, (...) la que primero dio respuesta a los imperativos políticos y estéticos del nuevo proceso».*¹⁴

Por esos días de efervescencia revolucionaria, Jorge Oller se desempeñaba como reportero gráfico de Información, diario que sobrevivió apenas dos años luego del triunfo. Nuevos retos en el orden profesional debió afrontar el joven Oller, con una sólida formación como reportero gráfico que le permitía insertarse en el nuevo proceso, con el cual fue consecuente y al que legó grandes imágenes, en particular, de su máximo líder: Fidel Castro Ruz, así como de rostros conocidos y personas del pueblo, cubanos y extranjeros que dejaron sus huellas en el fotógrafo, el hombre, el amigo.

De todos esos años de intenso trabajo en la fotografía de prensa, el periódico Granma ocupó un lugar especial en la vida profesional de Oller Oller. En él dejó su impronta, formó generaciones de jóvenes fotógrafos; y por su obra y actuar coherente, además del respeto y la admiración de cuantos lo conocieron, en 1999 resultó merecedor del Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de toda la vida, convirtiéndose en el primer fotorreportero en recibir la más alta distinción del periodismo nacional.

Disfrutemos el recorrido que realiza Oller por décadas de activas faenas periodísticas, en especial, las anécdotas que relacionan imágenes con momentos y personalidades relevantes de la historia contemporánea de Cuba, de América Latina y otras partes del mundo.

¹⁴ María Eugenia Haya: «Sobre la fotografía cubana», en *Revolución y Cultura*, no. 93, 1980, p. 53.

Un trinomio perfecto: *Combate, Hoy y Prensa Latina*

El jueves 1ro. de enero de 1959, al conocerse la huida de Fulgencio Batista, fue asaltado el periódico *Tiempo en Cuba*, de Rolando Masferrer, y destruidos sus talleres y redacción. Mientras las células clandestinas de los movimientos revolucionarios del 13 de Marzo y del 26 de Julio ocupaban los diarios y revistas de toda la Isla para asumir el llamado a la huelga general lanzado por la dirección revolucionaria, desde las primeras horas de la mañana las emisoras corrían la noticia por toda La Habana.

De inmediato me fui para *Información*, pasando antes por el campamento militar de Columbia. En la ciudad, una ola de muchachos con hierros y mandarrias hicieron trizas los parquímetros, otros asaltaban los hoteles y los salones de juego. Comenzaba una nueva etapa en la vida de las personas humildes.

El año 1959 resultó intenso y diverso cada día, y en la nueva situación, el diario en el que yo trabajaba, intentó mantener las costumbres ideológicas tradicionales y las informaciones sobre la religión católica. Recuerdo en marzo de ese año la entrevista y fotografías que le hice a la famosa actriz de cine italiana Silvana Pampanini, en la suite del Hotel Havana Hilton, posteriormente nombrado Habana Libre. También los trabajos que realicé con la escritora Silvia Freyre de Andrade sobre las grandes familias burguesas y sus residencias, información que publicamos en el rotograbado del periódico.

Desde muy temprana fecha, la prensa revolucionaria tuvo que emplearse a fondo en contrarrestar las campañas de la prensa tradicional-capitalista, ofreciendo en sus páginas el cumplimiento del programa del Moncada, la justicia revolucionaria a criminales y corruptos, la recuperación de los valores malversados y un amplio movimiento de agitación, propaganda, movilizaciones y defensa del pueblo.

En diciembre de 1960 los hermanos Claret, dueños de *Información*, abandonaron el país, fueron los últimos propietarios de prensa en marcharse de Cuba. Tras el cese de las coletillas,¹⁵ ellos mantuvieron una actitud de serenidad con sus trabajadores, no abiertamente contrarrevolucionaria. La redacción e imprenta del diario pasaron a la Imprenta Nacional, constituida el 15 de marzo en las instalaciones de la empresa Excélsior y *El País*, cuyos dueños las habían declarado incosteable. Allí Fidel, en una asamblea con los trabajadores, anunció el propósito del gobierno revolucionario de utilizar sus talleres como un primer paso para integrar la Imprenta Nacional de Cuba.

El primer libro que se imprimió, en cuatro tomos, fue *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes y Saavedra, con una tirada de cientos de miles de ejemplares, y se vendió al pueblo a 20 centavos cada uno. Las redacciones y talleres de otros diarios, una vez que sus dueños abandonaron el país, se integraron posteriormente a la Imprenta Nacional, que en 1962 se constituye en Editorial Nacional de Cuba, dirigida por Alejo Carpentier, gran intelectual de la literatura y el periodismo.

Luego del cierre de *Información*, el 23 de diciembre de 1960, gracias a mis relaciones con el Directorio Revolucionario y la amistad con los fotógrafos de *El Mundo*, Francisco (Paco) Altuna y José de Jesús Zamora, militantes del Partido Socialista Popular, me propusieron trabajar en *Combate*,¹⁶ órgano del Directorio

¹⁵ La coletilla fue una auténtica creación de la dirección de la Revolución para contrarrestar las mentiras como parte de la campaña de difamación en contra del proceso revolucionario. Consistía en una nota que se ponía o leía al final de las informaciones falsas.

¹⁶ *Combate* tuvo su primera salida el 14 de marzo de 1959. El primer director fue Julio García Olivera y más tarde Guillermo Jiménez. Se instaló en los talleres de *Ataja* y posteriormente en los de *Avance*.

Revolucionario 13 de marzo, ante la necesidad que tenían de personal calificado. Acepté y me incorporé al periódico el 29 de enero de 1961.

El director de *Combate* era el comandante Guillermo Jiménez, se trataba de un periódico revolucionario que cubría las actividades de las milicias, de la Universidad, todas las reformas que se realizaban, los mítines, la promoción del estudio, en fin, la intensa vorágine de la Revolución y sus constantes transformaciones, en las que la fotografía jugaba un papel primordial para informar al país y al mundo sobre lo que acontecía diariamente.

El momento que se vivía impuso un cambio en la manera de hacer fotografías para la prensa, y debía adaptarme al nuevo proceso, completamente distinto a los periódicos tradicionales: era más efervescente, más dinámico, ya no había crónica social ni crónica roja; lo importante eran las actividades cotidianas, las culturales, y sobre todo la incorporación del pueblo a la Revolución, había que documentar todo aquello a través de imágenes, principalmente. Estaba en marcha el proceso de nacionalización y la gente se encontraba imbuida en reactivar las fábricas, organizar y preparar las milicias, sumarse a las actividades.

La nueva prensa fue desterrando la plana social burguesa y la policiaca. La Revolución concedió un amplio despliegue a las fotografías: medias planas y planas completas, reportajes gráficos y grandes fotos. Las revistas *INRA*, y los primeros años de *Cuba*, fueron de grandes formatos y eminentemente gráficas.

En las listas oficiales de la Unión de Repórters Gráficos, hasta el 31 de diciembre de 1958, había 50 reporteros gráficos y 7 intrusos, es decir, no colegiados. Un gran número se marchó del país y otros, provenientes de la lucha armada, de la clandes-

tinidad, y aficionados del pueblo, se incorporaron a las filas del fotoperiodismo.

En *Combate* trabajábamos cuatro fotógrafos: José (Pepín) Ortiz que luego fue director de *Prensa Latina* y subdirector de *Granma*, Omar Mendoza, más tarde embajador en Guyana, Omar Llaguno y yo. El diario radicaba en el edificio que había sido de *Avance*. Para mí ese tiempo fue una escuela por el estilo que se estaba formando, las nuevas temáticas que publicaban los diarios y las transformaciones estéticas de un periodismo gráfico diferente a la etapa capitalista.

Por entonces usaba una cámara alemana Leica, de 35 mm, con rollos más fáciles de conseguir cuando empezaron a sentirse las restricciones comerciales de Estados Unidos y afectaron, entre otras cosas, la entrada de artículos fotográficos y tuvimos que utilizar la cámara miniatura, más pequeña. Los suministros de película, papel, cámaras y accesorios fotográficos comenzaron a llegarnos desde la República Democrática de Alemania, la Unión Soviética y Checoslovaquia.

En cuanto a mi salario, en *Información* yo ganaba 46 pesos semanales y *Combate* solo podía pagarme 60 pesos a la quincena, entonces la diferencia me lo pagaba la Imprenta Nacional de Cuba, ubicada en Prado y Teniente Rey, antiguo edificio del *Diario de la Marina*, pero debía laborar tres días, además de mi jornada diaria en *Combate*.

Fueron jornadas intensas. En abril de 1961 sucedió la invasión mercenaria por Playa Girón, el sabotaje a la tienda El Encanto y otros atentados a la naciente Revolución Cubana. En junio de ese año me incorporé a la Agencia de Noticias *Prensa Latina* y dejé el trabajo en la Imprenta Nacional, aunque seguí en *Combate*. Trabajé en dicho diario hasta que cerró en noviembre de 1961, cuando se unificó la prensa, fusionaron *Combate*,

Prensa Libre, otros periódicos; se creó *La Tarde*, y yo pasé para el periódico *Hoy*. Hacía falta fortalecer los periódicos porque había un periodista aquí, otro allá, y si se fusionaban, las fuerzas eran más sólidas y los resultados mejores, además del ahorro que representaba en cuanto a materiales y movimiento del personal.

La Plaza y una célebre foto panorámica

El 4 de febrero de 1962 la Plaza de la Revolución acogió una de las mayores concentraciones públicas en el país. Fidel alzaba su voz para denunciar una vez más los desmanes del imperialismo y patentizar la decisión de los cubanos de continuar resistiendo en la construcción de su proyecto social. El discurso del entonces Primer Ministro contiene las raíces históricas que llevaron a los pueblos latinoamericanos a luchar también contra el imperialismo.

Para mí resultó impresionante presenciar aquella enorme multitud y tan impactante discurso, y de la emoción resultante surgió una fotografía panorámica de las que más me han gustado. Son seis fotos arriba y seis fotos abajo que, al unirlas, hacen la panorámica. Semanas después mis colegas de *Prensa Latina* la enviaron a un concurso en Praga, yo no quería mandarla, pero ellos insistieron y resulta que la foto llamó mucho la atención.

La panorámica de la *Segunda Declaración de La Habana* la realicé específicamente para *Prensa Latina*, también se publicó en *Hoy*, a una plana completa, en *El Mundo*, a doble plana y la seleccionaron para portada de la guía telefónica de ese año.

En junio siguiente, gracias a la iniciativa de Fernando Revuelta, el director de *Prensa Latina*, viajé a Berlín para tomar

parte en un intercambio de fotografía periodística, con fotógrafos de la Agencia de Fotografía Alemana ADN. Me impresionó muchísimo que después de 17 años de haber terminado la guerra, se notaran aún manzanas enteras llenas de escombros, mientras que en otros lugares levantaban grandes edificios. También era notable la diferencia numérica entre la población femenina y la de hombres, debido a la cantidad de alemanes muertos.

En la ADN las reuniones semanales con los fotógrafos resultaban muy críticas y a menudo los debates se centraban en cómo destacar la acción humana. Si hacías fotos, abusando del ángulo ancho y distorsionando la figura, eras criticado. Defendían el concepto de que la imagen del trabajador debía cuidarse, pues era este quien daba todo su esfuerzo por el desarrollo de la sociedad. Fueron jornadas muy constructivas porque las críticas mejoraban el trabajo profesional de los participantes.

La estancia en la capital alemana me sirvió para aprender cómo era la mecánica de trabajo en los países socialistas, allí aprendí muchos aspectos técnicos que luego me sirvieron para mi trabajo acá, aunque la concepción de ellos era diferente a la nuestra. Cuando llegué, el único fotógrafo que hacía combinaciones panorámicas era yo, es decir, hacer cuatro o cinco fotografías y luego pegarlas y convertirlas en panorámicas. El asunto es que yo las empataba y parecía un seguimiento.

Estando en Berlín mis colegas en La Habana me avisaron que había ganado el primer premio del Concurso Fotográfico de Actualidades, en la categoría de fotografía informativa, con la fotografía panorámica que realicé en la *Segunda Declaración de La Habana*. Me invitaron a recibir el premio en Praga, capital de Checoslovaquia.



Oller recibiendo el primer premio del Concurso de Actualidades, Praga, Checoslovaquia, 1962.

Hoy, diario de noticias

Mientras me desempeñaba como fotógrafo de *Combate*, me designaron también para *Prensa Latina*, entonces trabajaba en uno por la mañana y en otro por la tarde, y ganaba dos salarios. Cuando cierra *Combate*, seguí trabajando en *Prensa Latina* y pasé al periódico *Hoy*, un diario que reportaba casi todos los actos de contenido político y laboral que se celebraban en el día. El experimentado dirigente comunista Blas Roca Calderío era su director.

Pero sucede que en *Hoy* me nombran jefe de fotografía. Recuerdo que fueron jornadas agotadoras, estuve seis meses que no podía con tanto ajetreo, tenía que levantarme muy temprano para estar a las 8:00 a.m. en *Prensa Latina* y entrar a las 4:00 p.m. en *Hoy* hasta la hora del cierre; a veces era problemático porque la vida en un diario de noticias es impredecible y no tiene un horario fijo.

Entonces le planteé a Blas que me dejara trabajar solamente en *Prensa Latina* y me dijo que no. Fui a ver a José Felipe Carneado, el director que sustituyó a Revuelta en *Prensa Latina* y le dije que me dejara en *Hoy*, y se negó. En ocasiones, donde había una silla y un momento de paz, ahí mismo me quedaba dormido, estaba agotado.

Un día de esos, cuando regresaba manejando mi auto hacia la casa, en la madrugada, pasé de largo por la entrada de mi reparto Fontanar y fui a parar al poblado el Rincón, como cinco kilómetros más allá. Cuando llegué al crucero del Rincón, pensé que estaba en el crucero de Armada, me di cuenta que estaba conduciendo en automático. Me bajé en la estación, me eché agua en la cara, regresé a la casa y dije: « De aquí no salgo para nadie, vamos a ver por dónde explota esto».

Al otro día, el médico de *Prensa Latina* se interesó por mi ausencia al trabajo, porque yo nunca fallaba y en ese tiempo no tenía teléfono, y le dije: «Mira, me está pasando esto...». El médico, que era amigo mío, me dijo que él solo no podía resolver ese problema, pero podía decir lo que estaba sucediéndome. La secretaria del director también se preocupó y le conté el percance. Esa noche regresó a mi casa con una petición de su jefe: «Dice Blas que estés una semana en tu casa, a ver cómo arregla la situación, porque él no te quiere soltar». Y entonces ganó Blas, me quedé en *Hoy*.

Yo sentía gran aprecio por Blas Roca¹⁷ y él también hacia mí, era un profesional muy competente. Cuando comenzó a dirigir

¹⁷ Durante una visita por varias provincias del país, en junio de 1988 y con motivo del cumpleaños de Oller, Blas Roca le dedicó una foto: «Al compañero Jorge Oller, el fotógrafo que siempre estuvo con la cámara preparada cazando la oportunidad para dejar constancia gráfica de cada episodio importante de los que hicimos juntos. Oller es un magnífico fotógrafo. Le mando este recuerdo con agradecimiento y cariño».

Hoy, en sustitución de Carlos Rafael Rodríguez, se pasó varios días recorriendo todas las áreas, preguntando, aprendiendo y pidiendo ayuda a todos. Se interesó también por la fotografía y se sabía los nombres de las regletas de la imprenta, el linotipo, no había quién le hiciera un cuento. Tenía una capacidad intelectual increíble.

Blas me nombró jefe de fotografía del periódico, pero a mí no me gustaba dirigir, prefería estar en la calle y no allí, además, siempre había discrepancias a la hora de decidir quién hacía determinados trabajos. En ese sentido, prefería estar en la calle y no dirigiendo, pues perdía oportunidades por dar el ejemplo.

Durante los años de trabajo en *Hoy* recuerdo algunas fotos que le hice a Ernesto Guevara, el *Guerrillero heroico*, cuando era ministro de Industrias y durante su cargo como presidente del Banco Nacional. No fueron muchas, como sí lo hizo Korda que lo siguió más y Osvaldo Salas, que también tiene muy buenas fotos del Che.



Retrato de Ernesto Guevara, 1964. (Foto Jorge Oller).

Las fotografías que más retengo son las de los trabajos voluntarios en los muelles. El Che tenía una manera muy peculiar de dirigirse a los fotógrafos durante esas jornadas, decía: «Mira, pon la camarita al lado de la pistola mía, que está allí, y vamos a hacer trabajo voluntario». Era su norma, lo hacía como camaradería porque él también había sido fotógrafo. Y luego, cuando habíamos trabajado un rato, nos decía: «Ahora, tomen las cámaras y hagan las fotos».



El Che en trabajo voluntario en los muelles, 1961. (Foto Jorge Oller).

«La Gaviota» y El Flora

Valentina Tereshkova, la primera mujer cosmonauta del mundo, aterrizó el 1ro. de octubre de 1963, a las 8:30 a.m., en el Aeropuerto Internacional de La Habana José Martí. Los cintillos de los diarios, la radio y la televisión cubana, anunciaban

la llegada de la valiente mujer soviética, conocida como «la Gaviota», lanzada al espacio por primera vez en 1963. Coincidentemente ese día los diarios nacionales publicaron la primera nota meteorológica que advertía la proximidad del sexto ciclón de la temporada de huracanes de ese año, también con nombre de mujer: Flora.

Los periodistas estábamos atentos a la visita de la Tereshkova, hoy no es tan extraordinario que un ser humano viaje al espacio, pero entonces sí, y tratándose de la primera mujer, aún más. El pueblo de La Habana y el gobierno revolucionario en pleno, encabezado por Fidel Castro y por multitudes a lo largo y ancho de avenidas, le dieron la bienvenida. Al día siguiente, junto con los programas oficiales de la ilustre huésped, aparecieron nuevos partes del ciclón, aún sin peligro inminente para Cuba. Entretanto, la experta en vuelos de aviones de combate MiG 15, piloteaba un IL 14 desde La Habana hasta Varadero.

A la ilustre visitante se le brindó una recepción en el antiguo Palacio Presidencial, a la que asistió Fidel. Como solía ocurrir, toda la prensa estaba en el Salón de los Espejos, y yo en representación de *Hoy*. No había terminado la recepción cuando Fidel se retiró. Iba hacia donde, según los pronósticos, estaría el huracán. La alerta llegaba desde Las Villas y Camagüey, con peligro para todo el Oriente. El Flora estaba en Cuba.

Valentina se ofreció para ayudar pero no se le permitió que corriera ningún riesgo. Al mismo tiempo se libraba una batalla en Naciones Unidas contra las reiteradas agresiones yanquis contra Cuba, país que entonces solo sostenía relaciones en el continente con México y Canadá. Como si fuera poco, los corresponsales daban la noticia de un ataque pirata de la CIA

por Cayo Güin, en Baracoa, pero era ya de tal peso la noticia del huracán, que esta otra pasaba a un plano de menos interés.

Blas decidió destinarnos al periodista Juan Marrero y a mí como enviados especiales para la zona de desastre. En un avión bimotor militar partimos de madrugada por el aeropuerto de Ciudad Libertad rumbo a Holguín. La odisea para aterrizar y las vicisitudes en el traslado hacia las zonas afectadas de Bayamo y Santiago de Cuba, las publicamos en un suplemento del periódico titulado Operación Rescate.

Con sus torrenciales lluvias, inundaciones y un caprichoso giro de retorno, El Flora dejó un triste saldo en miles de vidas y millones de pesos y pérdidas para la economía del país.

El periódico *Granma*, una escuela y mi otra casa

Con la constitución del Partido Comunista de Cuba (PCC), el 3 de octubre de 1965, se anunció también la salida de su órgano oficial, el periódico *Granma*. Yo estuve en ese evento como parte de *Hoy*, en el entonces teatro Chaplin, hoy Karl Marx, y al día siguiente, ya estaba en la plantilla del nuevo medio.

El primer director de *Granma* fue Isidoro Malmierca Peoli. Se unieron los fotógrafos¹⁸ que veníamos de *Hoy* y los de *Revolución*.¹⁹ El equipo lo completaba Omar Mendoza que había trabajado en *Combate*.

¹⁸ Los fotógrafos de *Hoy* eran: Rafael Calvo Alonso, René Calvo Castroman, Arsenio García Quintana, Luis González Tovar, Juan M. Miralles Grave de Peralta, Jorge Oller Oller y el laboratorista Pedro Beruvides Machado.

¹⁹ Los fotógrafos de *Revolución* eran: Tirso Martínez, Osvaldo Salas, José Agraz, Liborio Noval, Rogelio Arias, Marino Bueno, Ernesto Calderín, Jacinto E. Llanos, Pedro Soroa Errasti, Jorge Valiente y los laboratoristas Andrés Tejeiro, Leonel Abascal y Walfrido Ojeda.

Desde un inicio me propusieron la jefatura del departamento de fotografía de *Granma*, pero no acepté, me gustaba más el trabajo en la calle y entonces Tirso Martínez asumió. Tirso era una persona muy recta, él no se iba a inclinar ni para los que veníamos de *Hoy* ni para los de *Revolución*, iba a defender lo que conviniera al periódico, hizo lo posible porque no existieran celos entre los profesionales aunque al principio hubo su recelo en cuanto a si a este le publicaban tal foto y a mí no, pero bueno, se fueron limando las asperezas y todo funcionó bien.

Trabajábamos en colectivo, nos reuníamos para seleccionar las mejores fotos y presentárselas a la dirección del periódico en consonancia con los intereses de cada noticia o trabajo periodístico.

La otra cuestión era que había dos estilos distintos, *Revolución* acostumbraba a publicar fotos muy grandes, de primeros planos, y a *Hoy* le gustaban más las fotos masivas, de grupos, los trabajadores unidos, el pueblo, en fin. Había que integrar aquellos dos estilos y crear uno propio para el nuevo periódico, que finalmente consistió en fotografías no muy grandes, manteniendo las de grupos de personas. También hubo una pequeña reducción en paginado, se quedó en 12 páginas y un pequeño magazín que contenía el resumen de la semana.

Con el paso de los años se estabilizó, en tres o cuatro, el número de fotografías por reportajes, la foto más importante era la primera y crearon dos equipos de fotógrafos: uno que era para el periódico y otro para la revista. En la revista estaban Osvaldo Salas y Rafael Calvo, y el resto trabajábamos para el periódico. También se formaron equipos que fueron al interior del país y otros se quedaron en La Habana. A todos nos alternaban en los lugares, unas veces te quedabas en La Habana y otras

te tocaba ir a las provincias. No había equipo fijo con periodistas, era con el que te tocara.

En mi caso trabajé más las actividades políticas y las del sector económico. Hice muchos reportajes de la zafra y los centrales azucareros, una tarea que estaba muy en boga por aquellos años.

El primer viaje al exterior que di por el periódico fue la Expo 67,²⁰ celebrada en la ciudad de Montreal, Canadá, se trataba de un espacio de expresión artística donde la fotografía cubana tuvo un lugar privilegiado porque fue la oportunidad de mostrarle al mundo lo que sucedía con la Revolución.

Yo había estado años atrás en la RDA estudiando fotografía, pero como parte de mi profesión, esa fue la primera experiencia internacional. Fui con el primer equipo de periodistas de prensa que salió de Cuba, antes de la inauguración de la Expo 67. En el grupo estaban Jorge Timossi, Alberto Díaz (Korda), Roberto Pavón, Mariano Rodríguez, José Pepito Fernández Vega, Ernesto Murgaba (Cala), fotógrafo de *Juventud Rebelde*, y la periodista Georgina Duvallón.

Salimos el 11 de abril de 1967, a bordo del buque mercante cubano *Pino del Agua* y estuvimos un mes en Montreal. Con mis fotografías *Granma* publicó dos páginas gráficas completas, además de participar en la inauguración y en el resto de las actividades. Se trabajó muy bien en equipo, enviamos mucho material al periódico y también pasamos un frío terrible porque nuestro vestuario era de verano y la temperatura se sentía baja aún en primavera.

Como anécdota de ese viaje, visité el pabellón de la Kodak y vi una proyección que se hizo sobre una cortina de agua, en

²⁰ La Exposición Universal de 1967 se celebró entre abril y octubre, en Montreal, en conmemoración al centenario de la creación de Canadá. El tema fue «El hombre y su mundo».

lugar del fondo clásico de pared o papel, donde se proyectaban distintos aspectos de la exposición, los logros alcanzados por la fotografía hasta entonces.

Ese año —1967— asumió la dirección del periódico el capitán Jorge Enrique Mendoza, timonel que fue maestro, compañero, martiano, fidelista y se mantuvo dos décadas al frente del colectivo de *Granma*. Poco después de su llegada tuvimos las primeras cámaras fotográficas Nikon, con algunos aditamentos.

Fotografiar a Fidel: privilegio y compromiso

Junto al Comandante en Jefe Fidel Castro, tuve el honor de estar en varios lugares y en sucesos importantes de Cuba y el extranjero. Desde 1970 hasta 1990, con excepción de dos viajes, participé en la delegación de la prensa que lo acompañó en sus visitas internacionales y en frecuentes recorridos por Cuba, con el objetivo de documentar fotográficamente lo que sucedía en cada lugar.



Secuencia de Fidel, 1962. (Foto Jorge Oller).

Fidel no era difícil de fotografiar, el asunto era el momento en que había que hacerlo y las circunstancias, porque era muy asediado, sobre todo cuando estábamos en el extranjero. El

reto consistía en seleccionar el ángulo preciso para llegar a él y hacerle una buena foto. Le molestaban las luces de los flashes, sobre todo en los recorridos nocturnos por las provincias. Como a todos, la luz del flash lo dejaba prácticamente ciego.

Le gustaba dialogar con los fotógrafos, preguntar qué pensábamos sobre determinado suceso, qué nos llamaba la atención. Tenía una memoria prodigiosa. Recuerdo una reunión con campesinos en la sede del teatro de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), hoy Lázaro Peña, y en el intercambio con ellos, del fondo del teatro se escuchó una voz y Fidel pidió le enfocaran la luz. Enseguida reconoció al guajiro y lo llamó por su nombre, era de los años de la lucha armada en la Sierra Maestra. Como ejercicio para ejercitar la memoria, el Comandante solía intercambiar con *Chomy*,²¹ quien había sido médico en la zona que él operaba durante la guerrilla. Se retaban recordando los nombres de las familias de la Sierra.



Fidel en el periódico *Granma*.
(Foto Jorge Oller).

²¹ José Millar Barruecos.

Su trato afable, en ocasiones juguetón, lo hacía más cercano al personal de la prensa y en particular a los fotorreporteros. Tal es el caso de la broma que me jugó en la ciudad canadiense de Gander, durante un trabajo voluntario, en el que las enfermeras del hospital de la ciudad, paleaban nieve del parqueo del lugar. Fidel comenzó a ayudar a la enfermera y al percatarse de que le tiraba fotos, me lanzó una paletada de nieve.



Fidel lanzando pala de nieve a Oller, Gander, Canadá, 24 de diciembre de 1972. (Foto Jorge Oller).

Azúcar, reto y sudor

En abril de 1965 el país era un hervidero de movilizaciones hacia los cortes de caña. El compromiso: rebasar los cinco millones de toneladas métricas de azúcar en la temporada de zafra. Los yanquis habían dicho que la isla antillana no alcanzaría esa cantidad, afianzando así el reto al que nadie estuvo ajeno.

Como parte del esfuerzo popular por arribar a la celebración del 1ro. de mayo de aquel año, con el cumplimiento de la meta propuesta, del 12 al 19 de abril se desarrolló la Semana de Girón, dedicada en aquella ocasión al cuarto aniversario de la derrota de la invasión mercenaria por Bahía de Cochinos.

El gobierno de Cuba encabezado por Fidel, Primer Ministro, y Osvaldo Dorticós, presidente, se trasladó a las plantaciones de caña de Camagüey a participar en los cortes. Durante esos días, el líder de la Revolución ofreció declaraciones a periodistas cubanos y extranjeros que iban al campo con el interés de entrevistarlo y fotografiarlo.

Fidel contestó las preguntas sin dejar de derribar caña: «Yo emulo conmigo mismo; pongo a emular al lunes con el martes, al martes con el miércoles y así sucesivamente».

Al concluir el trabajo en la segunda jornada, expresó: «Cumplí la meta, tuve que meter la cuarta velocidad». En los días que Fidel cortó caña promedió 559 arrobas por jornada, y en total acumuló más de 3 300. Durante la celebración del 1ro. de mayo de aquel 1965, Cuba ya había superado los cinco millones de toneladas métricas de azúcar.



Fidel en el corte de caña, Camagüey, 14 de abril de 1965.
(Foto Jorge Oller).

Chile y Allende, jornadas inolvidables

La primera vez que viajé a Chile fue en noviembre de 1970 a dar cobertura a la firma del documento que establecía la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Cuba y ese país, interrumpidas en agosto de 1964 por presiones del gobierno norteamericano. A las 12:00 p.m. del 4 de noviembre de 1970 Salvador Allende tomó posesión de la presidencia de la República de Chile.

Poco después del juramento de su cargo, aterrizó un avión de Cubana en el aeropuerto de Pudahuel, que llevaba una delegación de Cuba presidida por Carlos Rafael Rodríguez y un grupo de periodistas entre los cuales me encontraba. Estaban además, Nicolás Guillén, Luis Báez, Santiago Álvarez, Elio Constantín, Jorge Enrique Mendoza, Gabriel Molina, Ernesto Vera, Jorge Timossi, Félix Pita Astudillo, entre otros. Fuimos directamente al Palacio de la Moneda donde Allende saludaba a las distintas representaciones oficiales que asistieron al ceremonial.

En los días siguientes participamos en diversas actividades y el último día se realizó de manera discreta, en la residencia del doctor Allende, en la ciudad de Santiago de Chile, la firma del restablecimiento de las relaciones oficiales entre ambos países.



Delegación cubana en la residencia de Salvador Allende, noviembre de 1970.

Ese día pasé uno de los mayores apuros de mi vida. La firma del documento de relaciones no se realizó el día de la foto anterior, sino el mismo día que regresábamos a Cuba. Todo estaba planificado en absoluto secreto, con el objetivo de dar la sorpresa a la prensa cubana. En el local estábamos solo dos personas con cámara, Santiago Álvarez, director del Noticiero ICAIC con Iván Nápoles, su camarógrafo, y yo.

Para completar mi trabajo, debía utilizar un pequeño laboratorio fotográfico que había en la oficina de la agencia *Prensa Latina* en Santiago de Chile. A la sazón, el corresponsal Jorge Timossi me dio las llaves del local y me presentó a un fotógrafo uruguayo que trabajaba con ellos. Al parecer, este personaje al notar cierto misterio no le hizo la menor gracia dejarme preparado el laboratorio sin saber de qué se trataba aquella extraña maniobra en la cual él no estaba convocado.

Una vez tiradas las fotos del acto de firma, en la casa de Allende, de regreso a la oficina de *Prensa Latina*, fui directamente al laboratorio. Preparo todo para revelar y como yo siempre he sido desconfiado, sucede que observo la luz de seguridad del proceso de revelado, de color verde, que te indica cómo va el proceso, y me di cuenta que no salía nada.

El asunto es que el sujeto me había cambiado el nombre del revelador. A esa hora hice un invento y no sé cómo salieron las fotos, para suerte mía, porque hubiera sido mi primer viaje a Chile por el periódico *Granma* y el último también. En la noche regresamos a Cuba con las imágenes.

Entre las coberturas de acontecimientos que marcaron la historia de Cuba y América, guardo con especial afecto el privilegio de haber participado como fotógrafo de prensa en la visita que realizara Fidel a Chile y en la última que hiciera el presidente Allende a la hermana isla caribeña en 1972.

Algo singular pasó durante el primer viaje que realizó Fidel a tierra chilena, el 10 de noviembre de 1971, y en particular, en la recepción que le ofreciera Allende en el Palacio de la Moneda.

La afluencia de personas en el amplio salón de la Moneda hacía casi imposible obtener una buena fotografía de Fidel junto al mandatario. Entonces vi un espejo que reflejaba perfectamente a Fidel y Allende. Disparé el obturador y atrapé por rebote aquella imagen que gustó mucho, principalmente a Celia Sánchez.



Fidel y Allende en el Palacio de la Moneda,
noviembre de 1971. (Foto Jorge Oller).

De ese viaje inolvidable, en el que aproximadamente durante un mes recorrimos universidades chilenas, fábricas y el lugar en el que erigieron el primer monumento en el mundo al Che, en la comuna (municipio) San Miguel de Santiago de Chile, son las imágenes de Fidel en las minas de Lota, ubicadas al sur de la provincia Concepción. Vestido como un trabajador de las minas, tomó el cuerno de los mineros en sus manos, un tarro de

buey, «cacho», como le llaman en Chile, que es hueco y tiene un lazo realizado por artesanos, y lo usan en las ceremonias para tomar chicha, bebida que se obtiene del proceso intermedio del jugo de uva en fermentación.



Fidel en las minas de Lota, Chile,
1971. (Foto Jorge Oller).

En diciembre de 1971, luego del regreso con el Comandante del viaje a Chile, el departamento de Fotografía del periódico *Granma* me entregó una carta que elogiaba el intenso trabajo que desarrollé en la tierra de Salvador Allende. Las palabras de agradecimiento y admiración del colectivo se resumen en los siguientes párrafos:

A tu regreso de este histórico viaje a Chile para reportar la visita del compañero Fidel al hermano país, ha sido uná-

nime el criterio de todos los compañeros del departamento de Fotografía, expresarte este sencillo mensaje de reconocimiento por la calidad del trabajo que realizaste en esa misión.

Bien pudimos constatar a través de las excelentes fotografías que nos enviaste sobre esas inolvidables jornadas, las emocionantes demostraciones de cariño que el pueblo chileno tributó al Comandante en Jefe. Creemos que esas constancias gráficas equivalían a millones de palabras, pues lograste hacer una conjunción brillante de los gestos, la expresión de los rostros, la viveza en sí del panorama que se ofrecía al paso de nuestro líder, por las calles chilenas, por sus minas y sus campos.

Nos sentimos orgullosos de tu labor, digno del honor histórico de haber estado junto a Fidel en estos momentos trascendentales.

En la amplia lista de momentos trascendentales de la trayectoria fotográfica de este período, guardo con especial significación la instantánea que recoge el último abrazo de Allende y Fidel, la mañana del jueves 14 de diciembre de 1972, en el Aeropuerto Internacional José Martí. El mandatario chileno finalizaba su visita a Cuba como presidente de Chile y partía de regreso a su patria. Sería ese el último abrazo de ambos líderes y amigos. El 11 de septiembre de 1973 Salvador Allende entregó su vida en el Palacio de la Moneda, enfrentando el golpe militar contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile.



Último abrazo de Allende y Fidel. (Foto Jorge Oller).

La Protesta del Golfo

Como parte de disímiles actos de sabotaje y agresiones promovidos por el gobierno de Estados Unidos, grupos contrarrevolucionarios se empeñaron en atacar a barcos pesqueros cubanos mientras realizaban sus faenas en aguas internacionales, hundiendo sus embarcaciones, secuestrándolos, abandonándolos en cayos solitarios o asesinandolos. También los guardacostas estadounidenses arrestaban arbitraria e ilegalmente a nuestros hombres del mar, acusándolos de pescar en aguas territoriales norteamericanas cuando en realidad eran apresados muy lejos de ellas. Una vez esposados y encadenados, eran conducidos a los tribunales floridanos donde los jueces les imponían severas sanciones de cárcel y multas.

En ese contexto, una de las agresiones a pescadores cubanos ocurrió el 26 de mayo de 1971, en las aguas internacionales del Golfo de México, a 35 millas al oeste de Dry Tortuga. Los

marinos del guardacostas norteamericano *Gleadfort* apresaron a ocho jóvenes pescadores: cuatro instructores y cuatro aprendices de la *Columna Juvenil del Mar*.

No importaron las protestas ni las evidencias de que estaban muy lejos de sus aguas territoriales, los ocho fueron esposados y presentados en la corte miamense. El 31 de mayo los aprendices resultaron devueltos a Cuba pero los instructores de pesca fueron juzgados y condenados a seis meses de prisión y 10 000 dólares de multa. Si con esas injustas sanciones pretendían intimidar a los pescadores cubanos, ocurrió todo lo contrario.

Al día siguiente, en las mismas aguas donde fueron apresados nuestros marinos, se reunieron los barcos de la Flota Pesquera del Golfo. Unos 300 pescadores cubanos, entre ellos los cuatro aprendices que se incorporaron de nuevo, a bordo de 18 embarcaciones pesqueras y más de 100 lanchas echaron anclas frente al *Lambda 110* que había convertido el techo de su puente de mando en la tribuna de la original asamblea.

A las 11:00 a.m., aquellos hombres emocionados entonaron a viva voz el Himno Nacional escuchándose alto y fuerte a través de los megáfonos instalados en los barcos y transmitido por los equipos de radiofonía en la banda de 2,6 megaciclos para que las naves cubanas de todo el mundo pudieran escuchar la valiente protesta.

A menos de dos millas de allí merodeaba la silueta gris de un guardacostas yanqui, pero a nadie le preocupó, dos pescadores izaron en lo alto del mástil de la proa del *Sondero 30*, para que la vieran bien, la bandera cubana y un enorme cartel con la consigna de «Comandante en Jefe ¡Ordene!». En aquella insólita asamblea marítima, los jóvenes pescadores de la *Columna Juvenil del Mar* y los patrones, alguno de los cuales habían

sufrido también prisión por idénticas y falsas acusaciones, condenaron enérgicamente las agresiones, exigieron la inmediata libertad de sus compañeros presos en las cárceles de Miami y el derecho de Cuba a pescar en aguas internacionales.

Como parte del equipo de *Granma* reportamos esos sucesos durante más de dos semanas. El 7 de julio de 1971 Fidel y el pueblo cubano recibieron en el Puerto de La Habana a los cuatro pescadores recién liberados, quienes continuaron pescando en las aguas internacionales pese al hostigamiento, las amenazas y el bloqueo. Esta asamblea de pescadores, la única en la historia de la pesca efectuada en el mar y la más cercana a Estados Unidos, será recordada siempre como «La Protesta del Golfo».



Foto tomada durante la cobertura de los sucesos del secuestro.

Recorridos por África, Asia y Europa del Este

El año 1972 resultó intenso por la cantidad de viajes y recorridos por el país y fuera de nuestras fronteras. Del 4 al 10 de abril, la activista afronorteamericana Ángela Davis visitó Cuba y participamos en un recorrido que realizó por la Isla de la Juven-

tud, interesada en conocer los proyectos de educación internacional y las actividades que se realizaban en ese territorio.

Al mes siguiente, en mayo de 1972, junto a una delegación oficial liderada por Fidel, estuvimos en varios países de Europa del Este, Asia y el norte de África. Comenzamos por Guinea, después Argelia, el 14 de mayo, y entre el 17 y el 26 de ese mes, estuvimos en Bulgaria. De este país guardo una anécdota con el jefe de la seguridad búlgara, Traico, al que Yivkov, presidente de Bulgaria, le había encargado que se ocupara del personal de la prensa.

Lo primero que hizo Traico fue trasladarnos de un hotelito de mala muerte en el que nos ubicaron inicialmente, a uno de lujo, y segundo, como no disponíamos de servicio de radiofoto entonces, le expliqué que yo debía mandar los rollos fotográficos hacia La Habana por vía aérea. Me dijo, no hay problemas, y él mismo tomó el carro y me llevó hacia el aeropuerto. Sucede que cuando íbamos llegando se entera por la microonda que el avión ya había despegado. Yo me quedé consternado y él me dijo: «tranquilo». Accedimos a la torre de control del aeropuerto, no sé qué hablo con los responsables allí, el caso fue que el avión retornó a la pista y pude mandar en tiempo aquellos rollos hacia La Habana.

No fue hasta finales de los ochenta que la prensa cubana comenzó a utilizar el sistema de radiofotos para enviar las fotografías desde el extranjero. Durante esos viajes, el técnico de comunicaciones y antiguo fotógrafo de *Prensa Latina*, Aldo Mederos, se encargaba de llevar el equipo y transmitir hacia un centro receptor ubicado en el Ministerio de Comunicaciones, en La Habana. En realidad andábamos atrasados en esto, pues cuando comenzamos con ese sistema, ya los países desarrollados usaban otros sistemas más avanzados de telecomunicaciones.

De los nueve días de estancia en Bulgaria, uno de los pasajes inolvidables fue el ascenso de Fidel y un grupo de compatriotas a una de las elevaciones más altas de la cordillera de los Balcanes. Nos encontrábamos en la casa donde se alojaba el Comandante, quien después de desayunar observó los alrededores del paisaje y detuvo su vista en una altura lejana. Se trataba del Pico Negro de Bulgaria. Pidió ir hasta allí.

Cuando llegamos a la base de la montaña comenzó a escalarla por una de sus laderas, poco a poco sus acompañantes se fueron rezagando y solo quedamos el grupo de escoltas, el guía, un intérprete, el periodista Julio García Luis y yo. Ya en la cumbre un grupo de alpinistas, asombrados de ver a Fidel, lo saludaron amablemente y sostuvieron un ameno diálogo.

De regreso nos llevaron a un restaurante campestre donde esperaban los ministros y amigos que habían quedado. Durante el convite, Fidel alzó la copa y dijo: «Brindo por los que me acompañaron al Pico Negro», y mirando la cara alargada de aquellos que se quedaron, prosiguió: «... y por aquellos que tuvieron la intención de hacerlo».



Fidel en Pico Negro, Bulgaria. Oller con su cámara.

Después de Bulgaria seguimos rumbo a Rumanía, Hungría, Polonia, República Democrática Alemana (RDA), Checoslovaquia y concluimos el recorrido en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

En la jaula de los leones: arriesgado reportaje

A finales de 1972, exactamente el 24 de octubre, me asignaron la tarea de realizar un reportaje sobre el Zoológico de La Habana para el tabloide *Granma Campesino*. Me dirigí hasta la avenida 26, donde estaba entonces el único zoológico en la capital, y le expliqué a su director, Dr. Abelardo Moreno, el trabajo que pretendía realizar. El asunto radicaba en que no solo quería mostrar la vida y las condiciones de los animales que allí se exhibían, sino me interesaba que las fotografías también dejaran visualizar, cómo veían los leones a los hombres, cómo se veía desde dentro de la jaula a los espectadores.

El Dr. Moreno se espantó ante mi propuesta y me dijo que esa idea era muy loca y arriesgada. Ante mi insistencia, accedió a presentarme al jefe de los guardianes, quien me aclaró que debía cumplir estrictamente sus indicaciones. El guardián, muy amable, me fue guiando y me llevó hasta el foso de los leones, pero observamos que los animales estaban muy lejos de la puerta de entrada y era peligroso en caso de un ataque. Entonces fuimos a una jaula de la calle principal donde estaban una leona y sus dos cachorros, entramos y la fiera se movió de un lado a otro, mientras los cachorros se acercaron a nosotros.



En la jaula de la leona del Zoológico de 26, La Habana,
24 de octubre de 1972. (Foto Jorge Oller).

Aproveché el momento y realicé varias fotos pero el guía me pidió retirarnos ante el peligro que resultaba la cercanía de los cachorros a nuestros cuerpos. Algo que me llamó poderosamente la atención fue que al principio, cuando entramos a la jaula, casi no había nadie afuera, pero muy pronto se reunió allí una aglomeración de visitantes que con rostros de asombros y expectación disfrutaron aquella inusual iniciativa fotográfica. Verdaderamente resultó muy arriesgado y con tan buena suerte no sucedió ningún hecho lamentable. Pude lograr las fotografías desde el ángulo de la leona y tomar también las caras de espanto de los visitantes. Los niños nos veían como héroes, los adultos, como un par de locos.

Brézhnev en colores y un libro en siete días

El secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la URSS, Leonid Ilich Brézhnev, visitó Cuba del 28 de enero al 23 de febrero de 1974. Días antes se organizó la agenda de la visita y por encargo de Pepín Ortiz, subdirector del periódico *Granma*, participé en la primera reunión para formar parte del equipo de fotorreporteros que haríamos el trabajo fotográfico de un libro que Fidel le regalaría a Brézhnev durante la despedida en el Aeropuerto de Rancho Boyeros.

Presidía la reunión Celia Sánchez y estaban además Víctor Pérez Galdós del Departamento de Orientación Revolucionaria (DOR), Pedro Álvarez Tabío de la Editora Política, los fotógrafos del Instituto Cubano del Libro y los de Estudios Revolución. En el encuentro se informó cómo se iba a realizar el libro: las dos primeras jornadas se harían las fotografías a color para garantizar la portada, y se realizarían prácticas previas en los lugares a visitar. El puesto de mando radicaba en el Palacio de la Revolución.

El Instituto del Libro me facilitó una cámara Zenza Bronica con tres lentes y uno electrónico para realizar las fotografías a color. Todas las películas, color y blanco y negro se comprarían en México para garantizar que estuvieran en óptimas condiciones de conservación.

En la mañana del día 28 nos reunimos en el hotel Riviera, el avión de Brézhnev aterrizó a las 3:15 p.m., y era una tarde nublada que obligaba a variar los diafragmas del objetivo. El trabajo en las fotografías de color no fue el mejor, era la primera vez que tiraba fotos a color, profesionalmente. Al final del día se evaluó lo realizado y no obstante, junto con los problemas de iluminación, más algunos ajustes que se hicieron para compen-

sar la luz, escogieron una de mis fotos para la portada y otra de Osvaldo Salas para la contraportada. Fidel y Celia nos felicitaron por el resultado final.

Durante las jornadas de visita del dirigente soviético, quedó inaugurada la escuela vocacional Vladimir Ilich Lenin, en la que cientos de banderas de la URSS y Cuba eran agitadas por los estudiantes en saludo a los visitantes.

Uno, dos... muchos reportajes en Vietnam

Vietnam se dividió en dos repúblicas desde finales de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de ser un solo país: Vietnam del Norte, una república socialista, y Vietnam del Sur, de carácter capitalista. La rivalidad entre los dos estados estalló en una guerra en la que resultó vencedor el Frente Nacional de Liberación de Vietnam.

En abril de 1975 llegué al país asiático con la periodista Marta Rojas para documentar el aniversario de la toma de Dien Bien Phu, la última batalla de la guerra de liberación de Indochina contra los franceses, en 1954. Además, debíamos fotografiar a los constructores cubanos e ir a las zonas liberadas de Vietnam del Sur. Para ello nos aprovisionaron con lo necesario: linterna, baterías, toalla, jabón, libreta de notas.

Después de almorzar en la embajada cubana en Hanoi, visitamos el Museo de la Revolución y el Museo del Ejército, en este último nos mostraron la historia de la batalla de Dien Bien Phu y nos impusieron solemnemente un sello conmemorativo del triunfo de esa proeza militar. Recuerdo las entrevistas que hicimos a tres héroes de dicha hazaña, quienes cavaron un túnel de casi un kilómetro de largo hasta encontrarse debajo de una

unidad francesa, en el que colocaron explosivos para volar las instalaciones enemigas.

En los meses de abril y mayo tuvimos la oportunidad de visitar varios lugares históricos. Se trataba de un país en plena reconstrucción después de varios años de guerra. En una oportunidad, salíamos de Hanoi hacia Hoa Binh, a orillas del río Da, y después de haber recorrido unos 70 kilómetros por caminos de tierra accidentados, observé unas muchachas que machacaban piedra contra piedra para reducirlas y luego apisonarlas para rellenar el camino. Pedí detenernos para hacerles fotografías en aquella labor tan fuerte. También retraté varios niños que se encontraban rodeados de una manada de búfalos, algo impresionante y hermoso a la vez.



Niño vietnamita en búfalo.
(Foto Jorge Oller)



Marta Rojas, Fan van Dong y Oller, Vietnam, 1975.

A lo largo de las carreteras pude ver las huellas de los aviones B52 y los helicópteros yanquis, que dejaron raíles de ferrocarril retorcidos, esqueletos de vehículos y vagones de trenes totalmente destruidos. Dondequiera se veían niños, mujeres, ancianos, hombres jóvenes que construían, no con máquinas, sino con sus propias manos, levantando un país de las ruinas. Y para colmo de su astucia, en los grandes cráteres que habían hecho las bombas, echaron agua y criaron peces para la alimentación. La experiencia en Vietnam resultó difícil pero inolvidable. Es un pueblo con una capacidad de resistencia, ingenio y sacrificio admirables.

Crimen sin justicia

Al mediodía del 6 de octubre de 1976, a pocos minutos de haber despegado el avión CU 455 de Cubana de Aviación del Aeropuerto de Seawell, en Barbados, explotó en el aire. Solapadamente, dos terroristas pagados por la contrarrevolución cubana

de Miami, habían colocado y activado en su interior un par de bombas de tiempo. Murieron todos sus ocupantes.

En la aeronave iban 57 cubanos. De ellos, 24 eran integrantes del equipo juvenil de esgrima que había ganado la totalidad de las medallas de oro en el Campeonato Centroamericano y del Caribe efectuado en Venezuela. Viajaban dos tripulaciones completas de Cubana: la que estaba a cargo del avión y otra que regresaba a Cuba después de terminar su rotación por el Caribe y Centroamérica; las dos dotaciones sumaban 25 hombres y mujeres. Los ocho cubanos restantes eran dirigentes de la aeronáutica civil, la Flota Camaronera del Caribe y el Instituto de Deportes cubano. Además viajaban 11 guyaneses, la mayoría estudiantes becados en Cuba y cinco funcionarios de la República Popular Democrática de Corea que realizaban un viaje cultural y de amistad por América Latina. En total fueron asesinados esa tarde 73 viajeros de tres naciones.

En aquellos días de incontenible dolor los trabajadores del Aeropuerto José Martí prepararon uno de los salones de la terminal aérea para rendir tributo a sus compañeros caídos en el vil atentado. Al lado de la bandera cubana, rodeada de ofrendas florales, situaron un gran panel con los retratos ampliados de cada una de las víctimas y una mesa con un libro de condolencias. Un cordón dorado separaba al público de los retratos para su mejor visibilidad e indicaba además, el recorrido a seguir hasta la salida. El día 13 de octubre se abrió al pueblo aquella simbólica cámara mortuoria y Jorge Enrique Mendoza, director de *Granma*, me orientó que le hiciera algunas fotografías a los miles de trabajadores y pobladores de los alrededores, compañeros de trabajo y familiares de las víctimas que acudirían a manifestar su dolor y a ofrendarles flores. Allí ocurrió una escena realmente conmovedora.

Avanzada la mañana, llegaron Raúl Rodríguez del Rey y Caridad Bocalandro, padres de la aeromoza María Elisa, que pereció en el avión. Entraron serenos, pero cuando vieron la imagen de su hija no pudieron contener su dolor y traspasaron el cordón que los separaba para contemplarla muy de cerca y acariciar el retrato. Raúl abrazó a su esposa y ella miraba desesperada la imagen de su hija pensando, no solo en el horror de su muerte, sino también, recordando en rápida secuencia los días felices de su niñez, sus brillantes estudios, su reconocido trabajo y en el prometedor futuro que su vida merecía, criminalmente tronchado. En aquel momento todos quedamos intensamente conmocionados, era una mezcla de llanto, dolor, tristeza, solidaridad y también ira, lucha y clamor de justicia. Un gran estremecimiento que jamás olvido.



Raúl Rodríguez del Rey y Caridad Bocalandro en la velada de las víctimas del crimen de Barbados, octubre de 1976. (Foto Jorge Oller).

El viernes 15 de octubre a las 10:00 a.m. se concentraron más de un millón de cubanos en la Plaza de la Revolución de La Habana para el homenaje póstumo del pueblo a las víctimas del sabotaje en Barbados y para escuchar las palabras del Comandante en Jefe Fidel Castro. Allí estaban también Raúl, Caridad y los familiares de las víctimas. Toda la plaza estaba de luto, unos lloraban de dolor e impotencia ante aquella barbarie, otros gritaban y agitaban pancartas, muestra de indignación y rechazo al terrorismo.

Fidel acusó enérgicamente a los grupos terroristas que proclamaron públicamente sus crímenes y amenazaron con nuevos actos vandálicos, denunció a la CIA como responsable de la catástrofe, y concluyó su discurso diciendo: «Millones de cubanos lloramos hoy junto a los seres queridos de las víctimas del abominable crimen. ¡Y cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla».

El autor intelectual confeso de esta masacre, el terrorista de origen cubano Luis Posada Carriles, murió en Miami sin ser procesado ni enjuiciado. Los dos ejecutores materiales fueron enjuiciados y presos en Panamá por corto tiempo hasta recibir benevolente indulto. La justicia total nunca llegó para este horrendo crimen.

La organización de los fotorreporteros en la Revolución

El 15 de julio de 1963 se constituyó la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), a partir de la fusión del Colegio Nacional de Periodistas y la Asociación de Repórteres de La Habana, las principales organizaciones de periodistas en la República. Se celebraron reuniones por especialidades y la de los reporteros gráficos se realizó en el periódico *El Mundo*, bajo la dirección del periodista

Luis Gómez Wangüemert. Omar Mendoza —que se encontraba ausente por asuntos de trabajo— resultó electo presidente de la sección de fotógrafos y a mí me nombraron vicepresidente, José Agraz, secretario, y Ernesto Calderín como vocal. Tuvimos tres reuniones con Honorio Muñoz, primer presidente de la UPEC. Unos meses más tarde, debido a la intensa dinámica laboral en nuestros respectivos medios, y a pesar del entusiasmo, no pudimos seguir con el proyecto y la sección dejó de funcionar.

En correspondencia con la nomenclatura de los países socialistas se cambió el nombre de reportero gráfico, ya en desuso universal, por el de fotorreportero, mientras en los países capitalistas se acuñaba el nombre de fotoperiodista.

En noviembre de 1976 se reorganizó la sección de fotorreporteros de la UPEC y me eligieron presidente. Constituían la directiva, además, Rogelio Moré como secretario organizador; Orlando Hernández, secretario de educación; y José Oller —mi primo y colega de oficio— y Orlando Maqueira eran los vocales. Dicho ejecutivo fue reelegido durante dos mandatos. En los años siguientes destacados fotógrafos de prensa ocuparon responsabilidades en la dirección de la sección de fotorreporteros.

Convocábamos a conferencias y seminarios, tanto en la sede de la UPEC como en las delegaciones provinciales, además de canalizar las convocatorias de los concursos internacionales y el envío de las fotos de los participantes cubanos.

Con el auspicio de la UPEC, comienza a editarse la revista *Fototécnica*, en su primera época de 1967 a 1991 y más tarde se retoma en 1998, con una tirada trimestral. Era una revista educativa, informativa, que daba cuentas de los últimos adelantos de la técnica y publicaba entrevistas a los fotoperiodistas. Para los profesionales cubanos de la fotografía de prensa constituía una herramienta útil, además de reconocimiento a nuestra labor.

Otro evento importante fue el Salón Nacional de Fotografía 26 de Julio, concurso anual que convocaba a los fotoperiodistas de toda Cuba y que aún se realiza. El premio colectivo lleva el nombre de «Fernando Chenard Piña», fotógrafo y mártir del asalto al Moncada, este se le entregaba al mejor colectivo de fotógrafos. Las especialidades premiadas eran fotografía informativa, retrato, deportivo, histórico y reportaje. La premiación se realizaba en el acto nacional del 26 de Julio, en la provincia ganadora de la emulación de la UPEC. También realizamos exposiciones personales y colectivas de fotógrafos nacionales y extranjeros que se exhibían en la sede y en instituciones culturales.

Desde 1975 nuestra sección estaba representada con un miembro de la dirección en el jurado del concurso internacional Interpress Photo, convocado por la Organización Internacional de Periodistas (OIP), con sede en Praga. La Habana acogió el Interpress Photo de 1979 con una inauguración impresionante, el 18 de diciembre, en el Pabellón Cuba. Acudieron 426 fotógrafos de 24 países y un aproximado de 1 300 fotografías, y allí tuve el honor de dar el discurso inaugural, en nombre de nuestra organización.



Discurso inaugural de Interpress Photo, 1979.

Celia, Haydée y Melba en mi afectuoso recuerdo

Conocí a Haydée Santamaría cuando era presidenta de Casa de las Américas, institución que frecuentaba como parte de mi trabajo en la prensa. Haydée era una mujer sencilla, amable y muy inteligente; a través de los años me tomó afecto y en ocasiones fui a su casa a hacerles fotos a sus hijos cuando eran pequeños.

Un día me sorprendió, se trataba de una visita de un intelectual extranjero a la Casa en la que hicieron un intercambio de regalos, y Haydée comenzó el discurso muy elocuente, como de costumbre, y de pronto cambió el rumbo de sus palabras hacia mi persona, elogió mi trabajo con argumentos que me conmovieron, y yo me puse rojo, emocionado, no sabía qué hacer ante tantos calificativos. De veras no lo esperaba.

Con Melba Hernández me sucedió algo parecido en cuanto a afectos y buenas relaciones. Durante años se desempeñó como presidenta de la Sociedad de Amistad Cubano-Vietnamita y en su sede se realizaban frecuentemente actividades de visitantes de ese país asiático. Durante una festividad por el Día del Periodista, me sacó a bailar y me regaló un diploma, con su firma, que conservo con especial cariño. No era nada oficial, más bien una broma en serio de su parte, donde me declara «artista emérito del lente instantáneo» y reconoce ser una de las personas que «voluntariamente» se han enfrentado a su arte.

En Celia Sánchez también pude notar su exquisita sensibilidad y cultura del detalle en todo lo que hacía y su favorable disposición para apoyar el trabajo de periodistas y fotógrafos y también para preservar la memoria histórica de la Revolución. A menudo visitaba la sede del periódico *Granma*, donde a veces coincidía con Fidel, con Manuel Piñero (Barbarroja) y con otros dirigentes de la Revolución.



Melba y Jorge Oller bailando, octubre de 1975.

Jubilación: una nueva etapa. El trabajo continúa

A inicios de su sexta década de vida, con la madurez y experiencia del resultado de tantos años de intenso trabajo, y sobre todo con la pasión por la fotografía y la historia, Jorge Oller se retira de la vida laboral en el periódico Granma para dedicarse a otras tareas que marcarían su rumbo en el orden personal e intelectual.

En primer lugar la investigación sobre la historia del fotorreportaje cubano, labor que venía realizando desde 1984, ocupa el centro de su agenda. En el espacio de su hogar, junto a la familia que ha sido su mejor sostén, pasa largas horas reordenando su archivo fotográfico y documental que constituye la fuente principal de las columnas que escribe para medios cubanos, primero bajo el nombre de «Grandes

momentos del fotorreportaje cubano» y luego como «Fotocrónicas», en el sitio web Cubaperiodistas, de la Unión de Periodistas de Cuba.

Es el momento que tiene Oller de disfrutar y recibir la cosecha de distinciones y premios por su destacada obra profesional – diríase mejor recoger en parte, porque merece muchas más –, y por sus valores como ser humano. Así recibiría el más importante de todos: el Premio Nacional de Periodismo José Martí en 1999, con el privilegio de ser el primer fotógrafo de prensa en otorgársele.²²



El Comandante en Jefe Fidel Castro entrega a Oller el Premio Nacional de Periodismo José Martí, 1999.

²² En 1999 recibieron el Premio Nacional de Periodismo José Martí, además de Jorge Oller Oller, Baldomero Álvarez Ríos, José A. Benítez Cabrera, Rolando Castillo Montoya, Orlando Contreras Castro, Manolo García García, Roberto González Quesada, Tomás Lapique Becali, Roberto Pavón Tamayo, Alberto Pozo Fernández, Evelio Tellería Toca, Jorge Timossi Corbani, Ernesto Vera Méndez, Luis Felipe Wilson Valera, Juan Sánchez Sánchez. Ha sido el año en que mayor número de periodistas recibieron el Premio Nacional, con el privilegio de tener la firma de Fidel en el diploma.

Estas fueron sus palabras ante la emoción y la responsabilidad que sintió por recibir el Premio Nacional de Periodismo:

Durante más de 40 años de reportero gráfico fui testigo de grandes momentos de nuestra historia que se publicaron en varios diarios y revistas de nuestro país, principalmente en Granma, donde laboré desde su fundación hasta que me jubilé hace unos años. Siento una gran alegría por este premio. No sé qué decir pero si pudieran fotografiar mis pensamientos, verían lo emocionados que están, no solo por el alto honor que se me confiere sino porque recuerdo también la labor de muchos fotógrafos de periódicos, de ayer y de hoy, que han sido y son los ojos de la historia.

Más tarde llegaron Olorum (Dios del sol), en 2006, que reconoce la trayectoria fotográfica de destacados artistas del lente y lo otorga el Fondo Iberoamericano de Fotografía, y la oportunidad de realizar exposiciones personales y colectivas dentro del territorio nacional, que a pesar de no constituir una motivación personal, ha contribuido a resaltar los valores de su obra y a visualizar la esencia de su pensamiento y talento con la cámara.



Recibe Oller el Premio Olorum.

Apenas iniciado el nuevo milenio, su condición de catalán y el trabajo realizado en la Sociedad de Beneficencia Naturales de Cataluña, le valió la designación como presidente de la institución, responsabilidad que lo mantuvo casi una década inmerso en asuntos de dirección administrativa, sin apartarse de la investigación y la fotografía. Su labor en la Sociedad catalana permitió el rescate del archivo documental de los catalanes en Cuba y sirvió para movilizar esfuerzos en función de fortalecer las actividades culturales y las relaciones con esa comunidad.

No menos importante ha sido el compartir con la familia después de largas jornadas de ausencia por la exigencia laboral. Su esposa Caridad Gómez, su hijo Jorgito, médico de profesión y su mayor orgullo, así como sus nietos Ana Teresa y Jorge Enrique, alegran el alma y reconfortan al ser humano que también entrega lo mejor de sí, con la mirada enfocada en el lente de la cámara y en los seres de sus afectos.



La familia: Cary, Oller, su nieta Ana Teresa, su hijo Jorgito y su esposa Ivette.

El testimonio de Cary, su dedicada y dulce compañera de vida, demuestra que el amor y la comprensión han sido los pilares de 52 años de matrimonio, mediados por las exigencias de la profesión de Oller y la compensación de la entrega sin límites en los momentos compartidos. Así nos cuenta cómo se conocieron y el aprecio que siente por su esposo, Jorge, como suele llamarle:

Conocí a Jorge durante una visita que hice a La Habana, acompañando a mi cuñada que tenía un turno en el hospital Calixto García. Soy natural de la provincia de Ciego de Ávila y en esa ocasión, era 14 de febrero de 1965, la hermana del esposo de mi sobrina, que era novia de un primo de Jorge, me invita a salir. Acepté y cuando llegamos a 23 y G, en el Vedado, estábamos esperando que llegara el novio de la muchacha y en eso se aparecen dos jóvenes de Ciego que conocíamos y comenzaron a conversar con nosotras; y yo decía para mis adentros: ¡Ay, Dios mío, no se acaban de ir!

De momento llegaron Jorge y el primo, por entonces Oller estaba divorciado de su primera esposa. Su primo me presentó al «galleguín», que no era tan gallego, sino catalán, pero en ese momento le decíamos así. Los muchachos de Ciego siguieron conversando y cuando Jorge vio que se extendía la charla y no tenían para cuando irse, al no contar con suficiente confianza, pidió permiso para retirarse y yo me dije: ¡Ay, se me fue el gallego!

A los dos o tres días antes de irme para Ciego, me llama su primo y me dice que Jorge quería verme para conocernos mejor porque en aquella ocasión apenas pudimos conversar. Visitó el lugar donde estábamos quedando y compartió un rato con su primo, la novia y conmigo. Entonces le di mi dirección en Ciego porque él pasaba a cada rato cerca de allá cuando visitaba las provincias por su trabajo en el periódico Granma.

Apenas llegué a mi casa, sonó el teléfono, y para mi sorpresa era el gallego. Mi mamá se reía porque yo daba brinquitos de alegría, apenas pude hablar con él en La Habana. Cuando tuvo la posibi-

lidad de venir a Oriente a trabajar, pasó por casa, conoció a mi familia y después yo vine a La Habana a conocer a su madre. Al año nos casamos, el 23 de febrero de 1967.

Vivíamos con mi suegra, en esta casa, y ella era muy comprensiva, cariñosa y me ayudaba a sobrellevar los días de ausencia y llegadas tarde de Jorge por su trabajo. Nos llevábamos muy bien. Luego nació Jorgito, nuestro hijo, estuve ingresada durante el embarazo y Jorge estaba en Chile, él pasó un mes allá y yo un mes en el hospital. Me dieron pase cuando llegé de Chile y estubo presente cuando me hicieron la cesárea.

Al año de nacido Jorgito llegó de Chile nuevamente y así, apenas tenía tiempo, lo llamaban y tenía que preparar el maletín para partir. Estaba en el periódico normalmente hasta las 4:00 p.m., los días de eventos tardaba más pero una vez en casa, no reparaba en ayudarme y compartir con el niño. A veces me buscaba en el trabajo e íbamos al cine a ver una película juntos. Y cuando pasaba por Ciego me animaba a que fuera y visitara a mi familia.

Cuando estaba trabajando en las provincias me llamaba o escribía, siempre muy preocupado por los asuntos de la casa, la verdad no tengo quejas, hasta el día de hoy. Ya en estos últimos años, que compartimos más tiempos juntos, después de su jubilación, siempre me apoya e incluso me da ideas, sobre todo en la cocina; es mi brazo derecho y hasta el izquierdo muchas veces.

Lo admiro por sus cualidades como ser humano y por el talento que tiene, por la obra fotográfica que posee. Me es difícil decidir cuáles fotos prefiero entre tantas, me gusta mucho la del niño vietnamita montado en el búfalo, las de Chile y Allende, las que le hizo a Jorgito de pequeño, con él en brazos.

A principios pensamos que Jorgito iba a ser fotógrafo también. Está retratado con una camarita cuando era un niño, pero no, se decidió por la Medicina y es muy buen médico. También le gustaba la mecánica, arreglar los carros. Jorge le decía: «Oye, la Medicina es una profesión muy seria, hay que dedicarle toda la vida, tiene

que gustarte mucho...». Pero él insistió, se hizo médico y era muy formalito, nunca nos dio quehacer, ni anduvo en pleitos, se portaba muy bien en la escuela.

El apoyo de Jorge nunca nos faltó y continúa trabajando en la casa, en la investigación, dedica horas en su estudio-biblioteca, pero cuando llega el momento del almuerzo, me ayuda a preparar algo o él mismo lo hace para los dos. Siempre está al tanto de lo que hago y me sucede, es una suerte y bendición tenerlo.

Con Eusebio Leal y con los catalanes en Cuba

El 31 de enero de 1992 fue mi última jornada de trabajo en el periódico *Granma*, en mayo del año anterior me habían operado de cataratas en el hospital Pando Ferrer, y el país se encontraba inmerso en una fuerte crisis económica, el denominado Período Especial que sobrevino tras la caída del socialismo europeo. Resultaba muy difícil trasladarme diariamente al periódico por la escasez de combustible y demás situaciones. Además, la labor de fotorreportero requiere de una movilidad constante y aunque no estaba viejo, no era igual, y es mejor hacer las cosas bien que a medias.

Pasó un tiempo y un día me llama el historiador Eusebio Leal para proponerme la organización del archivo histórico de fotografías de la oficina que él dirigía, el vértice de la monumental obra de rescate y restauración del patrimonio de La Habana Vieja. Nos conocíamos desde *Granma*, hubo una época en que con frecuencia yo era enviado a cubrir distintas visitas de Fidel al Centro Histórico, las obras en ejecución y la atención a delegaciones de visitantes extranjeros. En fin, teníamos buenas relaciones.

Estuve trabajando un año en la organización de las fotos, las digitalizaba e incorporaba a una base de datos en la computa-

dora. Era un trabajo útil pero que no me motivaba lo suficiente y entonces vine a la Ermita de los Catalanes, situada en la Avenida Boyeros, y me alentaron a inscribirme en la Sociedad de Catalanes, pues anteriormente no tenía tiempo de participar.

Comenzaron mis visitas a la Sociedad y me encontré que el archivo necesitaba organización y me involucré en esa tarea. Pero de buenas a primeras, me nombran vocal y después vicepresidente. Fue poco tiempo de un cargo a otro, hasta que el presidente en funciones se va para Estados Unidos y yo como vice, paso a ser presidente de la de la Sociedad de Beneficencia Naturales de Cataluña (SBNC) en 1999, siendo reelegido cuatro veces más hasta 2009.



Exposición fotográfica de Jorge Oller en la Sociedad Catalana.

Junto al equipo de trabajo, nos concentramos en la atención a los catalanes y en mantener su idioma y tradiciones. En ese sentido, contamos con la valiosa solidaridad y entusiasmo de Andreu Navarro –músico integrante de un grupo que había partici-

pado en 1998 en el Festival de Habaneras. Ese año conoció y se enamoró de nuestra Sociedad y su labor.

Con la directora de Cultura, Leila Benson, creó el grupo *Cubano veus de ultramar*, la escuela de bolillos y también la Jornada de Cultura Catalana en Cuba, que se celebraba dos veces al año —en abril—, con motivo del Día de Sant Jordi y el Día del Libro y, en noviembre, aprovechando el Festival de Habaneras.

Más tarde, creó la ONG *Forum Solidari* para ayudar no solo a los catalanes, sino a quien tuviera necesidad de medicamentos y otras cosas. También contribuyó a la organización y digitalización del archivo y a confeccionar la historia de la SBNC, con la licenciada Idania Rodríguez. Andreu falleció en el 2006 pero su obra la continuó, con igual empeño y cariño, su esposa María Angels Teruel y los amigos catalanes Rafael Caballería, Castor Pérez y el doctor Carles Furriols, entre otros.

Siendo presidente me propuse editar un boletín, desarrollamos talleres de baile, de dibujo, clases de catalán, y me vinculé al entonces vicepresidente del Consejo de Ministros de Cuba, José Ramón (*El Gallego*) Fernández, como era conocido, quien atendía las asociaciones de españoles. Considero fue una etapa de mi vida que a pesar del poco tiempo que me restaba para la investigación de la historia del fotorreportaje cubano, me dio grandes satisfacciones y recibí el afecto de los que me acompañaron y apoyaron en las actividades cotidianas de la institución.

A partir de las relaciones que establecimos con el gobierno de Cataluña, organizamos una jornada cultural que alternábamos entre La Habana y Barcelona, en la que participaban asociados de ambos países en un intercambio muy positivo para ambas partes. También participaban miembros de Matanzas y de Santiago de Cuba.

Durante la temporada ciclónica, los vínculos con las personas de la comunidad se hacían más fuertes porque el edificio sede, ubicado en la calle Consulado, servía de lugar de evacuación para aquellos que tenían condiciones desfavorables en sus viviendas. En coordinación con el Ministerio de Salud Pública, nos enviaban un médico y una enfermera para la asistencia médica de los vecinos afectados.

Muchas veces en los actos sociales y eventos de la Sociedad, el fotógrafo era yo. La Federación de Sociedades Españolas de Cuba me otorgó el reconocimiento Miguel de Cervantes y Saavedra, en 2007; y el Consejo de Residentes Españoles, el Diploma de Honor al emigrante distinguido, en 2005. Fueron siete años los que trabajé en la Sociedad, aproximadamente hasta 2007. En ese período comencé a colaborar con la página digital de *Cubaperiodistas* en el espacio «Grandes momentos del fotorreportaje cubano», una labor que venía realizando desde los años ochenta en el periódico *Granma*.

Mi otra gran pasión: la investigación histórica del fotorreportaje cubano

Por los años ochenta, el joven periodista y buen amigo Rolando Pérez Betancourt creó y dirigió la sección sabatina «Presencia 4 y 5» en el periódico *Granma* y me pidió que colaborara con ella a través de fotos curiosas y divertidas. «Trak» fue el título que se escogió para dicha sección.

La primera contribución fue una secuencia fotográfica que le hice a mi hijo Jorgito «afeitándose», el niño tenía entonces seis años y la tira de fotos finalizaba con su cara cubierta de esparadrapos y curitas. Hice otra del salvamento de un gato que se había encaramado en un árbol y no sabía cómo bajar. La siguiente

fue una fotografía histórica de la ceremonia que dio inicio a las obras de demolición de las murallas de La Habana, el 8 de agosto de 1863, con un breve relato de lo sucedido aquel día.

A Rolandito le gustó y me dijo que ese era el camino y cambió el título «Trak» por el de «Fotoayer». Así comencé el 14 de julio de 1984 a publicar en ese espacio, relatos y anécdotas de la fotografía cubana, especialmente la dedicada a la prensa.

Como en aquellos tiempos realizaba numerosos reportajes fuera de La Habana, la sección salió irregularmente hasta mi jubilación en 1991. En esos seis años y medio solo pude publicar 42 secciones de «Fotoayer». Conservo las libretas con las notas y referencias de aquellas jornadas de investigación en la Biblioteca Nacional José Martí y en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística, principalmente; además las entrevistas que les realicé a colegas fotógrafos en busca de información testimonial para escribir las crónicas.

Uno de mis mayores propósitos en las investigaciones sobre el fotoperiodismo cubano ha sido rendir tributo a los fotógrafos de prensa, revelar sus nombres, sus historias detrás de las fotos y de alguna manera rescatar del olvido la importante labor que realizaron. Si lo he logrado, estoy más que satisfecho.

Durante la jubilación me dediqué a profundizar en la historia de la fotografía periodística cubana. Juan Marrero González, periodista y amigo que conocía mis andanzas, me animó a escribir una sección en el sitio digital de *Cubaperiodistas* de la UPEC sobre la historia de las fotografías de los sucesos más importantes de todos los tiempos ocurridos en la Isla, y de los fotoreporteros que las atraparon con su talento y a veces con grandes riesgos. De la iniciativa de Marrero nació mi sección «Grandes momentos del fotoreportaje cubano», el día 30 de noviembre de 2007, con la

fotografía Los calabozos de Ventura, captada por el extraordinario reportero gráfico Tirso Martínez Sánchez.

En mayo de 2017, a raíz de un rediseño del sitio web *Cuba-periodistas*, la referida sección se mantenía entre una de las que mayor cantidad de visitas generaba, por lo cual fue incluida con prioridad en la nueva maqueta digital; pero debido a requerimientos del diseño, cambió su título por uno más breve y abarcador: «Fotocrónicas».

Con esta nueva denominación, y con la misma frecuencia y entusiasmo, continuamos la publicación de fotografías periódicas cubanas que nos invitan a ser testigos de importantes hechos históricos. Hasta el mes de mayo de 2020 han sido publicadas 41 Fotocrónicas de mi autoría, que, junto a «Grandes momentos del fotorreportaje cubano», suman un total de más de 160 entregas.

Este año he estrenado una presencia extra en internet, con el blog www.jorgeollerfoto.blogspot.com, donde se unen estas crónicas, con fotos y vivencias personales y familiares, también vinculadas al apasionante mundo de la fotografía.

Capítulo 4

Oller visto por sus colegas

Durante mis encuentros con el maestro – tal es, por su vida y por su obra Jorge Oller – afloraron muchos nombres de colegas y amigos con quienes compartió vivencias e importantes momentos de su carrera profesional. Hacia ellos, agradeciéndoles por su tiempo y atenta colaboración, enfocamos ahora el visor, en una serie de entrevistas en las que «conspiramos» contra la proverbial modestia de nuestro testificante-testimoniado.

«Magnífico fotógrafo y estudioso de la fotografía»

Entrevista a Marta Rojas*

Pensé que sería difícil acceder y entrevistar a Marta Rojas, figura icónica del periodismo cubano, cronista del juicio del Moncada y de disímiles acontecimientos importantes de la Revolución. Su desempeño en la literatura, como narradora y exponente del género testimonial, le ha ganado un prestigio compartido junto al de periodista, condición esta en la que ha sido merecedora del Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de la vida.

Durante semanas estuve buscando el momento oportuno para llamarla por teléfono y comentarle mi interés de entrevistarla sobre

* Entrevista realizada el 27 de febrero de 2019.

Jorge Oller en los años de estudio de ambos en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling. Entonces por azar, una tarde, durante un evento en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí – donde le entregarían el premio «Puerta de espejo» por ser la autora más leída en las bibliotecas públicas del país durante 2018 –, coincidi-mos en la entrada al teatro ¡y aproveché la ocasión!

Gracias a su don comunicativo sostuvimos una fluida conversación – pues eso fue más bien y no una entrevista – que resultó enriquecedora para mí. Nos encontramos en el edificio del periódico Granma, a donde Marta llega cada tarde, dispuesta a aportar su vasta experiencia en el periodismo.

Oller, al igual que usted, está entre los fundadores del periódico Granma. ¿Me pudiera hablar de esos años en los que trabajaron juntos?

Oller procedía del periódico *Hoy*, que cuando se une con *Revolución*, es que se crea *Granma*; y él entonces es fundador de *Granma*. Yo trabajé mucho con Oller, los reporteros gráficos con quienes trabajé más fueron: Korda, Oller, Liborio Noval, y otros más, como Jorge Valiente que era chofer de Carlos Franqui²³ y llevaba siempre una cámara.

Entre esos que te he mencionado, Oller para mí es uno de los mejores reporteros gráficos; porque fíjate, una cosa es ser fotógrafo y otra es reportero gráfico; es decir, compañeros que te podían hacer un reportaje con todas las de la ley desde el punto de vista gráfico e incluso escribir algo.

Yo hice con él muchísimos trabajos, dentro y fuera de Cuba; en recorridos de Fidel, en eventos importantes y también fuimos a varios países, incluso una vez a Vietnam, no la primera vez, porque la primera vez yo fui sola, hice las fotos yo misma.

²³ Carlos Franqui (1921-2010) fue periodista, escritor, crítico de arte. Al triunfo de la Revolución dirigió el periódico *Revolución*.

Oller era un fotógrafo exquisito, además conserva una magnífica facultad, que es la de ser un hombre muy culto, un lector profundo. Hijo de españoles, es una persona seria, de poco hablar, pero fabuloso, como reportero gráfico es uno de los mejores, del mayor nivel. Yo lo pongo así: Korda, Oller y Liborio Noval, casi en el mismo rango.

Cuénteme sobre la experiencia El médico de la familia en la Sierra Maestra, la serie de reportajes que realizó con Oller como fotógrafo en 1986.

¡Ah, eso fue tremendo! Estuvimos unos dos meses en la Sierra. Fuimos en dos ocasiones porque regresamos a La Habana para que Oller revelara e imprimiera las fotografías y después volvimos. Hicimos recorridos por todos los lugares más increíbles de la Sierra. Los reportajes se publicaron a páginas completas en el periódico y después en un libro²⁴ que se hizo en coordinación con el Ministerio de Salud Pública y también lo publicó la editorial de la UPEC, Pablo de la Torriente Brau.

La revista norteamericana *Medical Review* como parte de un evento trajo a Santiago de Cuba a varios médicos amigos de Cuba, quienes se interesaron en conocer a muchos de los galeños que entrevistamos durante esa serie de reportajes en las montañas por donde fuimos Oller y yo.

¿Tiene alguna otra anécdota que involucre a Oller y a Marta Rojas durante el trabajo en Granma?

La que más recuerdo del trabajo con él, fue la del médico de la familia en la montaña, porque era una cosa sobre otra, novedosa y en condiciones muy difíciles. Y en Vietnam, donde fue

²⁴ Marta Rojas: *El médico de la familia en la Sierra Maestra*, Editorial Pablo de la Torriente Brau y Editorial Ciencias Médicas, La Habana, 1986.

exquisito, a los vietnamitas les encantó el trato de Oller e hizo fabulosas fotos, en todas partes, con mucha formalidad; bueno, quien le conoce enseguida se da cuenta de que él es todo un caballero. Todos los dirigentes vietnamitas le tenían mucho aprecio y elogiaban su trabajo.

Con Fidel igual, una vez coincidimos en un viaje a México y a Chile, el Comandante dio un recorrido muy largo desde el desierto de Atacama, al norte, hasta la Tierra del Fuego, donde casi se unen Chile y Argentina. Trabajamos en muchas otras coberturas periodísticas. A cada rato lo llamo para preguntarle detalles de algo.

En 1963, cuando el ciclón Flora arrasó por Cuba, aunque en aquel momento yo no estaba en el periódico *Hoy*, sí vi a Oller reportando ese fenómeno. Entonces yo estaba con Liborio Noval y colegas de *Revolución*. Oller es magnífico, además que investiga la historia de la fotografía, pero profundamente, la historia y la actualidad, todo el proceso.

Él se jubiló y después estuvo dirigiendo una asociación de los catalanes, yo a cada rato hablo con él. Es formidable, su hijo es médico, tengo muy buena relación con él. Realmente Oller es un experto.

«Fiel a la fotografía, a la Revolución y a seguir siendo útil»

Entrevista a Rolando Pérez Betancourt*

Su rostro le es familiar en la televisión a la mayoría de los cubanos en las noches de viernes, por el canal Cubavisión. El programa «La séptima puerta» es depositario de su agudeza e inteligencia como crítico cinematográfico. Obtuvo la distinción por la Cultura Nacional y el Premio Nacional de Periodismo José Martí en 2007.

El periodista, narrador, crítico de cine y televisión, Rolando Pérez Betancourt abrió las puertas de su casa para conversar sobre el amigo y colega que aprecia desde que era muy joven y a quien cataloga entre los mejores fotógrafos de prensa del país.

Conoció al protagonista de estas páginas siendo un adolescente y el acercamiento a su persona lo nutrió de experiencias en la fotografía periodística que hasta hoy viven en su memoria. A su vez, Rolandito, como le llama Oller con cariño, fue ejemplo de entrega marcada por el talento y se convirtió en el excelente periodista y comunicador que es en la actualidad.

Aun cuando acabo de conocerlo, se percibe que es un individuo dinámico, que gusta de mantenerse en continua actividad. Es muy atento, conversa rápido, con palabras certeras, llenas de aprecio, agradecimiento y valoración acerca de la obra del fotógrafo que considera no ha sido lo justamente reconocida. El amplio conocimiento que tiene sobre la visualidad, los ángulos, las luces y los contrastes, llevados a la práctica como crítico de cine, hacen que valore, con sólidos argumentos, la obra fotoperiodística y artística de Jorge Oller. Démosle la palabra a Rolando Pérez Betancourt.

* Entrevista realizada el 22 de marzo de 2019.

Usted es fundador de Granma, al igual que Oller, pero tengo entendido que se conocen desde antes.

Recuerdo haber visto a Oller por primera vez en el periódico *Hoy*, cuando este pasa su sede al Paseo del Prado, donde radicó desde 1961 hasta la fundación de *Granma*. Allí yo empecé a trabajar cuando tenía 15 años, y entonces ahí es que tengo noción de conocer a Oller. Me hizo un retrato cuando yo tenía 16 años aproximadamente, y esa foto viene a recordarme el punto de contacto, porque Jorge siempre fue una persona muy afectuosa, yo era un niño prácticamente por esos años.

En medio de las tensiones que trae aparejado el cierre de un periódico, a mí siempre me llamó la atención Oller, principalmente porque siendo un buen fotógrafo, cosa que averigüé muy temprano, no porque yo supiera fotografía sino porque lo oí; ese paso de él que nunca estaba apurado «aparentemente», que era capaz de pararse en los pasillos a hablar, facilitó, muchas veces que entabláramos conversación. En cierto momento le dije que estaba interesado en ver cómo era aquello del cuarto oscuro y demás. Yo trabajaba de aprendiz de caja en el periódico, ni soñar en convertirme en periodista, y entonces recuerdo aquella noche en que él me enseñó el revelado y ahí surgió esa foto precisamente, el retrato que me hizo alrededor de mis 16 años; él me dijo: «Déjame tomarte una foto» y yo le posé y esa es.

Esa foto viene siendo como un testimonio de aquella noche en que yo entablé realmente una relación amistosa con él. Oller me llevaba 17 años, él venía de antes y ese antes era desconocido para mí porque yo empezaba a conocer a los periodistas, a Marrero,²⁵ a Molina,²⁶ a Roberto Agudo, toda esa gente que

²⁵ Juan Marrero González.

²⁶ Gabriel Molina Franchossi.

venía de los periódicos, otros habían sido periodistas en la clandestinidad, es decir, era toda una generación que se abría ante mí. Parece que no pero cuatro, cinco o seis años de diferencia era mucho, yo era prácticamente un muchacho que había dejado la escuela y me había puesto a trabajar en el periódico.

¿Cómo era la relación entre ustedes, siendo Oller para esa fecha un profesional del periodismo gráfico?

Oller rápidamente en *Hoy* se destacó como uno de los mejores fotógrafos. De aquel equipo recuerdo fundamentalmente a Oller como el mejor fotógrafo que había en el periódico, lo cual hizo que estuviera en los grandes eventos con la participación de Fidel. Blas Roca era el director de *Hoy* y sentía un tremendo aprecio por Oller. Te digo esto como antesala al periódico *Granma* que cuando se funda, ya Oller tenía solidificado un prestigio como buen fotógrafo.

Imagínate, *Granma* fue el resultado de una fusión, de *Hoy* y *Revolución*, dos periódicos revolucionarios pero por supuesto que había habido tensiones entre ellos anteriormente. Y entonces los pequeños tira y encoge fueron rebasados muy pronto. *Revolución* tenía excelentes fotógrafos, ahí estaba Alberto Korda, Corrales,²⁷ Liborio Noval, y de *Hoy* venía Oller. Es decir, siempre se estableció una relación cordial entre ellos. Corrales y Korda salen muy rápido del periódico *Granma* y entonces Oller está entre la vanguardia de los mejores allí. De los fotógrafos que venían del periódico *Hoy* te puedo mencionar a Mario Ferrer, Fernando Lezcano, que era un grandísimo fotógrafo, un hombre con un nivel cultural medio pero con una sensibilidad extrema, lo mismo que tenía Jorge Oller también, es decir, que no hablaba mucho pero tú te dabas cuenta que era

²⁷ Raúl Corrales.

capaz de captar el ángulo preciso, la luz, tomas exactas, expresar en imágenes aquella cosa que no te podías imaginar y después cuando tú lo veías plasmado en imágenes, decías: «eso era exactamente lo que yo quería».

Había fotógrafos de primerísima línea, de segunda línea, de tercera línea, porque eran muchos fotógrafos, acuérdate que no existía la cámara digital, aquello era con rollos y sin ver las fotos hasta que revelabas en el laboratorio. Sobre todo los trabajos reporteriles diarios en los que había que tener mucha seguridad; algo que a mí siempre me llamó la atención, aparte de la calidad de la fotografía de Oller, era la seguridad en su trabajo. Yo no recuerdo nunca haber visto fallar a Oller, y te digo que fui jefe de redacción y en *Granma* también fui diseñador, reportero, hice las labores más diversas, pero ya en mi etapa de jefe de redacción yo tenía que ver mucho con la fotografía y a mí siempre me gustó mucho. A mí no me gustaba tomar fotografías, tú me puedes regalar todas las cámaras del mundo que yo te lo agradezco pero no tiro una foto. Pero sí me gusta apreciar los ángulos, cosa que apliqué en el cine, como crítico, también las formas, y entonces yo discutía mucho con él, incluso me metía un poco en los tipos de ángulos, cosa que no le gustaba a otros; y te puedo decir por ejemplo, que Oller es un fotógrafo de una modestia apabullante porque había otros fotógrafos, a los que no le podías hacer una sugerencia, todo lo contrario a Oller que es un hombre de una capacidad, de una sensibilidad, de una modestia que incluso te puedo decir tiene los suficientes méritos para aparecer entre una vanguardia de fotógrafos que se publicitan mucho ellos mismos y que no tienen la mitad de la obra que tiene Oller.

Lo que pasa es que en la fotografía, igual que en la pintura, vale tanto el talento como el marketing. Y como Oller es como

es, pues eso hace que no sea visibilizado en su justa medida. Mira, solamente en fotografías de Fidel, yo conozco fotos de Fidel hechas por Oller que son obras de arte. Sin embargo, he visto exposiciones con fotos buenas, pero no como las de él, que tiene para hacer no sé cuántos libros de Fidel, no solamente desde el punto de vista periodístico, porque está la fotografía periodística, aquella que tiene que clasificar para un periódico, ilustrar el periódico del día, pero está la otra que además de eso reúne una serie de dotes de sensibilidad, ciertas posturas, ciertos momentos exactos.

Oller es un hombre que no te fallaba nunca, yo vi fallar unas cuantas veces a excelentes fotógrafos, con fotografías donde no se podía fallar, llegar con las fotografías movidas o un revelado defectuoso. No era lo usual, por supuesto, porque eran profesionales, pero pasaba; a él no le pasaba eso. Y recuerdo también que la única vez que yo vi a Oller mostrar con cierto orgullo fotografías, era un tipo de inventiva de panorámicas, hechas con fotos empataadas, en una época en que no tenían cámaras para eso, y él las cortaba, las pegaba y después parecía que era una gran panorámica, con todo un angular tremendo.

Recuerdo la satisfacción de entrar en Fotografía y verlo allí con el machetico, cortando y pegando imágenes sobre otras hasta lograr una excelente panorámica, como lograda con un gran angular. Fueron días muy lindos, la verdad.

Usted impulsó la sección «Fotoayer», sobre historia de la fotografía cubana, que Oller comenzó a publicar en Granma en los ochenta. Cuénteme cómo surgió la idea y la importancia que tuvo para el periódico incluir dicha sección.

Yo no te puedo decir si yo sabía que a Oller le gustaba investigar y escribir, no te puedo decir por qué acudí a él. Yo le sugerí,

y perdona que te diga «yo», en el periódico *Granma* —que era el órgano del Partido, que tiene una serie de responsabilidades políticas—, a su entonces director Jorge Enrique Mendoza, que era todo un personaje, un hombre que sabía reconocer calidades y las reverenciaba, crear una sección «Presencia 4, 5», dos páginas que yo llené de trabajos ligeros, trabajos refrescantes, y recuerdo que un día creé varias secciones. Por ejemplo, a José Antonio de la Osa que reportaba sobre salud Pública le dije que escribiera una sección con el nombre «Consulta médica», a José Manolo Otero que era un crítico de teatro, le dije: «Luneta 10» y fui a ver a Oller primeramente porque era un hombre culto, sensible, leía y era un gran fotógrafo. Le propuse a Oller la sección «Fotoayer», ahora si me matas no te puedo decir si el «Fotoayer» fue idea mía, todas las demás secciones sí las inventé yo en un día, pero esa no puedo decirte exactamente de dónde surgió el nombre. Y a él le gustó la idea. Aquellos años de 1983 y 84 fueron momentos muy buenos del periódico, buenísimos. Entonces Oller empezó a hacerme esa columna, lo hacía muy bien. Yo dije, bueno, lo que ando buscando es experiencia, conocimiento y profesionalidad y pensé: «tendré que arregarle los trabajos», pero cuál sería mi sorpresa cuando me entregó los primeros originales y los leo y digo: «¡este hombre sabe escribir!». Sí, porque a veces puedes hablar con un gran profesional pero cuando escribe no endereza el sujeto con el predicado.

Y te digo que desde entonces fue una revelación que Oller hiciera eso. Y después vi por internet que siguió escribiendo y me parece muy bien. Al final es un hombre que no se rinde y me siento satisfecho porque me parece que en alguna medida contribuí a que ese gran artista ganara reconocimiento; porque lo considero un artista realmente, y creo que el país no le ha hecho todos los reconocimientos que Oller se merece. Soy feliz

al haber contribuido, porque además sé que le gusta investigar, lo hace bien y se necesita ese tipo de trabajos. Yo he leído cosas muy buenas de él. No te puedo decir cuántas columnas publicó conmigo, en el tiempo de *Granma*, porque también era un fotógrafo en activo en esos momentos y constantemente lo estaban convocando para asuntos importantes.

Realmente con Oller no trabajé mucho, hice algunas cosas con él pero no trabajé mucho, ¿por qué?, porque yo no estaba en las grandes cosas, no me gustaba. Cubrí actividades con Fidel en Santiago, con delegaciones extranjeras, pero siempre que podía le zafaba el cuerpo porque me gustaba más el periodismo de reportajes, crónicas, y para eso era necesario disponer de tiempo. En el caso de Oller procuraban que estuviera en un viaje o en La Habana porque no se podía dar el lujo de hacer lo que yo hacía, que no paraba en La Habana, y siempre andaba haciendo reportajes por todo el país.

¿Cómo valora la obra profesional de Oller, su trabajo como fotorreportero?

Oller sabe lo que es su obra, hay cosas de él que yo no conozco porque Oller empezó la fotografía antes que yo entrara al periódico, pero estuve lo suficientemente al lado de él y vi suficientes fotos de él para decirte que clasifica entre los mejores fotógrafos de Cuba, en todos los tiempos. Sin regalar ningún adjetivo, ninguna consideración, es un hombre que por su sensibilidad, su entrega, por su talento, por estar en el momento preciso y captar el ángulo preciso, cosa que no hace todo el mundo — porque hay quien lo tiene delante y no lo ve —; Oller sí era agudo en ese tipo de cosas.

Yo tenía mucha empatía con Jorge, concordábamos perfectamente porque él es una gente tan seguro que por ejemplo, había dos o tres fotógrafos con cartelitos y yo a veces los vigilaba y me

daba cuenta que no estaban tomando la foto que a mi entender era la buena. No era que yo tuviera la razón, «a mi entender»; y en este caso cuando se hace un equipo es el periodista, el fotógrafo y el chofer, el periodista es el jefe del equipo y tú le dices al fotógrafo el ángulo que te interesa, porque ya tienes preconcebido una crónica a partir de lo que tú ves.

Y desde el punto de vista personal, humano, ¿qué criterios tiene sobre él?

Siempre muy afectuoso, trabajar con Oller era un banquete porque era capaz de relacionarse con la persona, muy sereno. Lamenté mucho el día que se retiró porque además fue una cadena de retiros: Mario Ferrer, Oller, Lezcano, Pedro Beruvides, gente de mucho valor, todos ellos. Te puedo decir que Oller era un buen fotógrafo, desde su serenidad, desde su modestia, porque fui testigo de conversaciones entre ellos y entre esos profesionales, era muy respetado.

Lo considero como uno de los grandes fotógrafos de todas las épocas, y como te dije antes, no se le ha reconocido al nivel que se merece, es verdad que ha ganado premios y todo ese tipo de cosas, pero en exposiciones por ejemplo, no sé cuándo habrá sido la última exposición. Sería justo que en su cumpleaños 90 la UPEC realizara una exposición de su obra, porque merece el homenaje.²⁸ Además es un hombre que se ha mantenido fiel a la fotografía, fiel a la Revolución y fiel a seguir siendo útil hasta el último momento con ese tipo de crónicas que está haciendo. Yo creo, sinceramente, que se lo merece.

²⁸ La exposición se realizó en la sede de la UPEC, en julio de 2019.

«Jorge Oller es de los indispensables»

Entrevista a Magali García Moré*

Conversar con Magali García Moré, Premio Nacional de Periodismo José Martí 2018, deja una agradable impresión, más cuando el encuentro persigue hablar sobre un colega, un compañero de batallas periodísticas del cual guarda el mejor y más sincero recuerdo.

No hay duda de que Magali tiene ángel, o carisma, o don de gentes, como prefiera. Emana simpatía. La dulzura y precisión de su diálogo, junto a la elegancia de la pose, esbelta y muy cubana, revelan el temple, el liderazgo de una mujer que hizo periodismo de fila y dirigió importantes órganos de prensa como la revista Bohemia y el periódico Trabajadores, con el mérito de ser la primera mujer en dirigir un diario de alcance nacional en Cuba. Maestra de varias generaciones y además decana de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana durante dos cursos académicos, su talento fue probado no solo en la prensa plana, también en la radio y la televisión estuvo al frente de la dirección de programas.

Su personalidad es tan jovial que aunque nos acabamos de conocer dialogamos como amigas de toda una vida. El aprecio y la valoración que tiene por la obra y la persona de Jorge Oller, colega de Granma, nos remiten a sus primeras experiencias como periodista y confiesa a la interlocutora que, tratándose de él, no puede negarse a emitir sus impresiones.

El periódico Granma fue su primer centro laboral en el periodismo. Durante esos años compartió grandes momentos con periodistas y

* Entrevista realizada el 7 de mayo de 2019.

fotógrafos de prensa, ¿cómo era la relación de trabajo con los fotorreporteros, específicamente con Jorge Oller?

Entré a trabajar en *Granma* como reportera en el año 1966, todavía no llevaba un año de fundado y fue donde conocí a Oller. Procedía de un curso de rehabilitación como periodista. Entonces el fotógrafo era indispensable para quien empieza en una actividad tan compleja, que además no es solo lo que tú escribes, tiene que haber una relación fotógrafo periodista muy estrecha. Oller tenía toda la experiencia para poder transmitir lo que sabía y por supuesto que veía muchas cosas que yo no percibía en ese momento.

Nosotros hicimos equipo en muchísimas ocasiones. Con diferencia de meses muchos compañeros nos habíamos incorporado a *Granma* y en aquellos tiempos no cubríamos sectores fijos. En ese contexto Jorge siempre fue tan preciso en sus consejos y consideraciones. Pero además, el modo de decirlo, jamás te podías sentir ofendida, jamás te podías sentir que te estaba menospreciando, digamos, pues alguien podría pensar: ¿por qué no espera a ver si me doy cuenta? No, no podías hacerlo porque él te lo sugería con semejante delicadeza y con una confraternidad que hacía que te sintieras bien en cualquier circunstancia. No podías prescindir de él.

Yo, que he trabajado en unos cuantos lugares, no he conocido dos personas como Jorge Oller. Él no es capaz de molestarte contigo o de tener un exabrupto, de decirte algo que te pudiera lastimar en un momento determinado; y uno también tiene sus dificultades en ese sentido, sientes que estás empujando, que no sabes cómo afrontarlo y él no te hacía sentir insegura, al contrario, era un compañero tuyo, lo más normal, lo más lógico y cómo ayudaba en todo momento. Te repito, no recuerdo otro como él.

Entre los grandes trabajos periodísticos de su etapa en Granma, sobresalen los reportajes sobre la educación en La Habana y en varias provincias del país. En ese sentido, ¿qué significó el trabajo de Oller?

Han pasado muchos años... y en ese período fueron inauguraciones de muchas escuelas, empezando por la Lenin y llegando a la Allende, secundarias básicas en el campo, en fin, y en ese momento yo atendía el sector de la educación, junto a otros compañeros. Teníamos un pequeño grupo de trabajo y en la mayoría de las actividades estaba Fidel, por lo tanto existía la presión de que no se escapara ningún detalle importante, no entretenerte mirando otras cosas, era muy difícil, porque estando el Comandante, la atención primera se centraba en lo que él decía y hacía, la relación con los estudiantes, profesores y directivos de la institución educativa.

Fuimos muchas veces a la escuela vocacional Lenin, perdí la cuenta de cuántas. Fidel llevaba visitas extranjeras para que vieran ese sueño hecho realidad y cada estancia en esa escuela era un nuevo descubrimiento: experiencias que iba ganando el colectivo de profesores, las vivencias de los estudiantes. La fotografía jugó un papel importante en la visualización, en la expresión de esas experiencias educativas, constituyen crónicas del proceso docente, y ahí pudimos contar con las excelentes fotos de Oller.

¿Cómo valora su obra profesional?

Además de las relaciones humanas de Oller y su profesionalismo, cuando tú veías las fotografías te dabas cuenta de la agudeza de su trabajo profesional. Yo no deseché nunca una foto de Oller, costaba trabajo seleccionarlas porque todas eran de mucha calidad y, sin embargo, no había en él ninguna acción que mostrara, digamos por ser de «primer nivel», vanidad alguna. Era un compañero más: conversaba sobre los asuntos

que íbamos a tratar para ir buscando el detalle y sobre todo tratar de complacer al periodista, pero no había en él ningún afán de sobresalir. Eso nunca lo vi, de verdad. Era algo que hasta que uno no ha estado con una persona como él, no eres capaz de pensar que reúne tales cualidades.

Después, hemos estado mucho tiempo sin coincidir como compañeros de trabajo pero lo he visto cómo se ha desarrollado estos últimos años, con un trabajo desde la Unión de Periodistas a favor de los fotógrafos. Yo me propuse hace cuatro años atrás, hacer una compilación de los trabajos de los Premios Nacionales de Periodismo José Martí, una muestra de la obra de toda la vida, y me acerqué a Jorge nuevamente para que me ayudara con la información de los fotógrafos, puesto que él ha tenido un acercamiento directo a la obra de ellos. Entonces él me ayudó a buscar las fotos de esos compañeros, con muchísimo gusto. Por eso más recientemente he vuelto a hacer relaciones con él, a llamarnos por teléfono, a molestarlo para que me ayudara, y enseñada, no hubo una duda ni una demora, ni pensarlo siquiera para decirme que sí, que él buscaba la información de todos los fotógrafos de prensa que han recibido el premio, en este caso están él, Liborio Noval, Perfecto Romero y Ahmed Velázquez, un talentoso joven que él ayudó a formar como fotógrafo y que lamentablemente falleció. Así me volví a reencontrar con Jorge y lo redescubrí después de tanto tiempo.

¿Y en el plano personal, qué características lo distinguen?

Te ratifico con mucha frescura que lo tengo muy presente, quizás no te pueda dar detalles de algún evento en particular, pero sí su carácter, su modo de hacer, ese rasgo personal tan cercano a los demás y ese don de no poner nunca dificultades;

él no está para poner dificultades, está para allanar el camino y facilitarte el trabajo.

No se puede hablar de la Revolución sin Oller, sin referirse a Oller y su trabajo como fotógrafo de prensa. Yo creo que ese es un premio que él se ganó hace muchos años. No es posible tener conciencia exacta, no solo del volumen de la obra que ha dejado, sino del contenido, muestra de lo que ha sido y ha hecho este país en los últimos 60 años. Además ha trabajado con el afán insistente de preservar la historia, de reconocer a los fotógrafos que han estado junto a él, antes y después; es el único que lo hace. Él es de los indispensables.

«Un virtuoso para todo, y en particular en la fotografía»

Entrevista a Gabriel Molina Franchossi*

Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de la vida, año 2000. Abogado, graduado de la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling y con vocación heredada de su padre, el también periodista Gabriel Molina Riverán, nuestro entrevistado tiene una amplia trayectoria que abarca además de la prensa plana, la televisión y la radio. Su labor en varias revistas y diarios nacionales como Combate, Hoy, Agencia de Noticias Prensa Latina y el periódico Granma, en este último, jefe de redacción durante una etapa, es ejemplo de constancia en el trabajo, rigor en la investigación y un profundo conocimiento del periodismo, o si lo prefiere en una sola palabra, de amor al oficio.

Molina tiene una larga historia, como para que se embulle a escribir sus memorias. Y es además un excelente y preciso conversador, de los que disfrutan la palabra. Amigo de grandes periodistas como Jorge Ricardo Masetti, Gabriel García Márquez, Marta Rojas y Jorge Oller.

A continuación recogemos las impresiones que guarda del fotoreportero que conoció a principios de los años sesenta, las cuales nos contó durante una charla en su apartamento del habanero barrio de Miramar.

Su trabajo como periodista y jefe de redacción en diarios como Combate y Hoy de principios de la Revolución, significó además de ganar experiencia, relacionarse con los profesionales que dirigía, tal es el caso de Jorge Oller. ¿Qué vínculos tuvieron durante esa etapa?

A Oller lo conocí en el periódico Combate, él era muy serio, muy responsable y eso es lo principal en un periodista, aparte

* Entrevista realizada el 3 de mayo de 2019.

de que tenga buen carácter, que sepa expresarse correctamente. Cuando fui jefe de redacción e información en el periódico *Hoy*, coincidimos nuevamente Oller y yo.

Durante esa etapa hicimos muchos reportajes juntos, a mí me gustaba ir con él porque era muy trabajador, y nos llevábamos muy bien. Las cualidades que tiene como ser humano y como profesional son apreciables: trabajaba siempre igual; no es un hombre que tenga «días malos» como solemos decir, esos en que no tienes motivación. Realmente él es un tipo fenomenal para el trabajo.

¿Qué importancia le concede a la fotografía en la prensa y en particular a la obra de Oller?

Para mí la fotografía es fundamental en la prensa, en las noticias. Un periódico sin fotos no funciona. La fotografía es un baluarte de secuencias con las informaciones, de apoyo y de completar ideas. Por eso siempre me ha gustado trabajar con fotografías, y con las de Jorge en particular.

En esos años de principios de la década del sesenta los periódicos disponían de mayor espacio y había más posibilidad de publicar grandes reportajes fotográficos. Y eso me encantaba a mí, lo disfrutaba mucho y para eso hacían falta buenos fotógrafos, que los había, como es el caso de Jorge Oller. Sus reportajes fotográficos eran muy buenos, diría excelentes.

Usted laboró con Oller en el periódico Granma por más de dos décadas y compartió con él experiencias significativas, como la toma presidencial de Salvador Allende, en noviembre de 1970. Hábleme de esa visita y cómo recuerda el trabajo gráfico de Oller.

Por la experiencia anterior, ya sabía que Oller era un virtuoso para todo, y en particular para la fotografía; jamás decía

que no. Entre las muchas experiencias de trabajo recuerdo la visita a Chile cuando la toma presidencial de Allende. Desde la llegada el primer día al aeropuerto, con tantos periodistas de América Latina allí reunidos, se sentía el entusiasmo, porque Allende era un hombre que simpatizaba con todos, con los cubanos especialmente, y en general los periodistas eran sus fervorosos seguidores.

Entonces nuestros periodistas y fotógrafos, entre los que estaba Jorge, teníamos la pista del aeropuerto ocupada por completo, y fue muy agradable porque en ese momento comenzaron a cambiar las correlaciones de fuerza a favor de la izquierda, representada por nosotros, y fue el principio, diríamos, de la luna de miel de la izquierda en Latinoamérica. Se lograron grandes fotos, Oller hizo importantes fotos de esos días en Chile, memorables escenas quedaron registradas.

¿Qué criterios tiene de la obra profesional de Oller?

Muy buena, objetiva, resultado de la seriedad y responsabilidad que ponía en el trabajo. Siempre estaba a la viva durante el trabajo, no parecía cubano, porque los cubanos son dados al trabajo pero también a relajarse un poco en determinados momentos, y él no era así, se le veía centrado, enfocado en su trabajo, desde que lo conocí en *Combate* y en *Hoy*, algo que extraño, extraño su manera de hacer tan buena y tan seria.

Su obra es magnífica porque tiene sentido profesional de las noticias y de la importancia de la fotografía en las noticias, ya sea para acompañar un trabajo o incluso para provocar un trabajo, una idea. Saber buscar la noticia, tener ojo, todo eso lo tenía Jorge. Es muy buen fotógrafo, muy buena persona y muy profesional.

«Demasiado buena persona y buen fotógrafo»

Entrevista a Gabriel Gumá Díaz*

Su cultura, elegancia al hablar y el dominio de la profesión que escogió por vocación y como medio de vida, hacen de José Gabriel Gumá Díaz, con más de ocho décadas de existencia, un hombre respetable en el medio. Estudió de manera simultánea las carreras de Derecho y Periodismo, esta última, en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling (1953-1957). En la etapa de estudiante trabajaba en el diario El Mundo y en cuatro emisoras de radio: Radio Caribe, Circuito Nacional Cubano, Radio Voz y Radio Aeropuerto Internacional. Integró el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), y desde la clandestinidad, ya vinculado a la prensa escrita, específicamente en El Mundo, colaboró y arriesgó su vida con el arrojo característico de los jóvenes.

Al triunfo revolucionario de enero de 1959 integró la nómina de Prensa Latina, el periódico Revolución, fundador del diario Granma y fue consejero de la embajada y corresponsal de prensa en Moscú. Su desempeño en el periodismo lo llevó a trabajar en la prensa escrita y en la radio, especialmente en la emisora Radio Progreso. Tan amplio currículum nos revela la intensidad del quehacer de José Gabriel Gumá, quien a la altura de sus ya cumplidos 84 años nos recibe con el firme empaque de un recio y auténtico cedro criollo.

De sus años como periodista de Granma, recogemos las impresiones y experiencias que en grata conversación desgrana acerca de su colega.

¿Cuándo conoció usted a Jorge Oller?

Yo conocí a Oller antes del triunfo de la Revolución, él trabajaba en Información, él no se acuerda de mí por esos años, era

* Entrevista realizada el 25 de junio de 2019.

una amistad de «fuera a fuera», como se dice, nos saludábamos, conversábamos. Él cubría la sociedad habanera, era muy buen fotógrafo, y yo salía de *El Mundo* e iba a *Información* a ver a un amigo periodista que me ayudó a ingresar en la Escuela de Periodismo y allí lo veía trabajando.

Sucede que en 1959, yo seguí trabajando en varios lugares y Oller trabajaba en *Hoy*, de esa etapa también lo recuerdo.

Estuvo junto a Oller en la cobertura de sucesos relevantes durante los años de trabajo en Granma. ¿Cuáles recuerda de manera especial?

En 1965 comenzamos en *Granma* y junto a Oller reportamos eventos importantes, quizás él ni se acuerda. Estuvimos en Moscú, con Raúl Castro, nos alojamos en uno de los cinco grandes hoteles que construyó Stalin. Raúl nos escogió a Oller y a mí, porque él le echaba la vista a la gente, sabía quién podía dar mejor resultado desde el punto de vista profesional.

Recuerdo muy bien el trabajo de Oller, muy serio, muy profesional, además, con aspecto de persona decente, hablaba como una persona decente; no dijo un «coño» en su vida, respetuoso. Muchos dirigentes querían que él fuera su fotógrafo. De igual manera que en los tiempos pasados la gente de la alta sociedad quería como fotógrafo a Oller, a los dirigentes comunistas les gustaba que fuera Oller su fotógrafo, empezando por los adeptos del periódico *Hoy*.

Usted fue corresponsal de Granma en Moscú. ¿Cómo era la relación con Oller cuando visitaba la capital soviética?

Primero estuve cinco años como consejero de prensa en la embajada cubana en la Unión Soviética, en 1974, y fueron tiempos en que me alejé físicamente del periódico *Granma*, pero mantuve siempre el contacto con los colegas. Ya en los años

ochenta me desempeñé como corresponsal de prensa en esa ciudad y también recibía a los periodistas cuando iban a trabajar.

En una ocasión fuimos a un aniversario de la fundación de la Unión Soviética, en la que por supuesto hubo un gran desfile. Estaba Raúl Castro y las fotografías que tomó Oller fueron muy buenas. También otra vez coincidimos cuando el secuestro de un grupo de pescadores por el gobierno de Estados Unidos. Fuimos a un barco a recibir a los pescadores que los norteamericanos nos iban a entregar. Fidel aprovechó la coyuntura del acto por el regreso de los pescadores y anunció que los diez millones de la zafra azucarera no se iban a cumplir.

¿Qué opinión le merece la obra fotográfica de Oller?

Mi opinión es que Oller es uno de los mejores fotoperiodistas, digamos que está entre los cinco mejores de Cuba, y no se le reconoce, porque el primero que no hace uso de eso es él. Vive en las afueras de La Habana, como sabes, y es demasiado buena persona y aún en el socialismo cubano, no se puede ser tan buena persona, porque te cortan la cabeza.

Oller tenía un nivel, tiene, porque no lo ha perdido, un nivel profesional muy alto, formado en el capitalismo, perfeccionado en su contacto con la alta sociedad cubana, eso es curioso. Luego viene el triunfo de la Revolución, pasa a *Hoy*, a *Granma* y entonces se perfecciona y Fidel se dio cuenta que Oller era una persona decente, a diferencia de otros que buscaban intereses personales, como casa buena, conseguir un carro, en fin. Este nunca hizo nada de eso, y Fidel lo apreciaba.

Oller supo tirar excelentes fotos en trabajos periodísticos normales, de sociedad, luego, en temas políticos. Blas Roca también se fijó en él, dijo: «Este vale, como gente, como profesional».

Y como compañero de trabajo, como ser humano, ¿qué lo define?

Granma tenía muy buenos fotógrafos y buenos periodistas en general, no todo el mundo, está claro, pero había buenos profesionales. En ese medio Oller se distinguió siempre, es un ser humano extraordinario, y no tengo por qué hablar bien de él, demasiado buena gente y demasiado decente, a tal extremo que a él no pudieron hacerle nada en *Granma*, nada, nada. Tenía una vida decente, qué podría decir, igual que su familia, su esposa, su hijo médico.

Oller jamás tuvo problemas con nadie en el periódico, eso es increíble, ahí todo el mundo se fajaba con todo el mundo, y él jamás tuvo ni una mala palabra, ni alzar la voz, ni una discusión, ningún incidente con nadie. Hablaba bajito, con cuidado. Es increíble, y los catalanes no son así, los catalanes son explosivos, mi familia es de Cataluña. Eso te da la medida de lo excelente persona que es. De Oller, tengo la seguridad que nadie habla mal. Me alegra que aún nos encontremos una vez al mes en la sede de la Unión de Periodistas.

«En la fotografía cubana, el nombre de Jorge Oller se recordará por muchos años»

Entrevista a Juvenal Balán Neyra*

Entrevistar a Juvenal Balán en una oficina del periódico Granma deviene experiencia inolvidable. En pocos segundos el formalismo que conlleva el acto se diluye ante la fluidez y confianza que brinda nuestro interlocutor.

Aunque bastante ocupado por sus responsabilidades, sin dudarlo buscó un espacio en su agenda de jefe del departamento de Fotografía del diario más importante del país, y como buen comunicador que es y conocedor de su oficio, se apasionó al contar anécdotas que guarda con orgullo y agradecimiento por tener a Oller como referente en el medio, como uno de sus más queridos maestros.

Los inicios de Juvenal Balán Neyra en la fotografía estuvieron vinculados a la vida militar. Su condición de corresponsal de guerra en Angola por la revista Verde Olivo (1985) y de fundador del periódico Bastión (1987), fueron importantes escenarios que aguzaron su lente para perfeccionarlo, a partir de 1990, en el periódico Granma, institución donde desempeña su trabajo actualmente, y donde aprendió al lado de grandes maestros del fotorreportaje como Liborio Noval y Jorge Oller.

Paralelamente a su labor de reportar cámara en mano cuanto acontece en Cuba y en otros países, Balán, apasionado de la imagen, creó en agosto de 2011 el blog El ojo que te ve, un espacio que defiende en internet los valores estéticos e históricos de la fotografía y el fotoperiodismo cubano y latinoamericano, con diversas temáticas que van desde el pasado, hasta sucesos tan contemporáneos como el paso de huracanes, las fiestas y tradiciones del pueblo cubano, la cotidianidad de la gente.

* Entrevista realizada el 21 de agosto de 2019.

No solo como fotógrafo, sino como periodista, ha crecido Juvenal Balán. Dificiles misiones fuera de Cuba: el tsunami de Sri Lanka en 2004 y el terrible terremoto de Haití en 2010 – por solo mencionar algunas de las tantas que ha cumplido – han puesto a prueba su sensibilidad y nos han legado imágenes memorables, en las cuales está la huella de sus maestros y en especial la de Jorge Oller, tal cual él reconoce.

¿Cuándo conoció a Jorge Oller?

Lo conozco aproximadamente desde 1987, conocía de su trabajo, pero en lo personal fue a mediados de la década del ochenta, cuando se funda el periódico de las Fuerzas Armadas. Un grupo de compañeros nos vinculamos al periódico *Granma* con el objetivo de intercambiar, aprender, y Oller fue como un tutor para nosotros.

Ya el 3 de octubre de 1990 comienzo a trabajar como plantilla del periódico *Granma*, en el departamento de Fotografía, donde se encontraba Jorge Oller.

¿Cómo era la labor de Oller en el periódico?

Desde el punto de vista personal, vamos a empezar por ahí antes de hablar de lo profesional, Jorge Oller es una persona muy modesta, en extremo modesta. A veces parece tener miedo escénico y no le gusta o le cuesta hablar en público. Sin embargo, desde el punto de vista profesional ha sido todo lo contrario, expresándose con la imagen, que era su manera de hacer periodismo.

Es una bella persona, es un caballero, siempre dispuesto a atender a un compañero y ayudarlo, ese es Jorge Oller. Creo que ese perfil, esa manera, esa ética que tiene para enfrentarse a la vida, es lo que lo ha llevado a ser un buen profesional.

¿Qué criterios tiene de su obra?

No por gusto es Premio Nacional de Periodismo José Martí. Es una persona que a través de los años trabajó en diferentes medios de prensa, pero antes de dedicarse a la prensa, te puedo decir que a Oller el oficio le viene de la raíz, de su origen. Su padre fue fotógrafo en Cataluña y en Cuba, y hasta obtuvo premios internacionales de fotografía y yo siempre le digo «que él nació en una cubeta de un laboratorio de fotografía» y creo que ha sido consecuente con ese origen.

En la obra de Jorge Oller se respira cubanía y la cubanía también le viene de origen, no porque nació en Cuba, él es barcelonés, pero tuvo un abuelo que todo lo contrario a los españoles que venían a colonizar Cuba, se unió a las filas mambisas y peleó por la independencia. No se me olvida el rincón que tiene en su cuarto de estudio, en su casa de Fontanar, con el machete del abuelo mambí, la foto de sus padres con él pequeño y los premios de fotografía del padre. Por lo tanto, en toda su obra hay cubanía.

Cuando Oller llegó al periódico *Granma* ya tenía camino recorrido. Es una persona que desde el principio de la Revolución no ha sido de los que han estado priorizando divulgar su obra, colgar fotos en galerías y comercializarlas. Ha sido todo lo contrario, un artista que tiene como galería las páginas del periódico. Sus ojos son los ojos del pueblo, de los lectores y a ellos trata de llevarles los mensajes.

Cada vez que se habla de la fotografía épica de la Revolución Cubana se mencionan nombres específicos, yo creo que Oller está incluido entre esos nombres, aunque no se mencione, porque su obra profesional es parte de ese momento.

Te digo con sinceridad, Oller no solo era el maestro con la cámara, con el lente en la mano, sino que siempre tenía el

bichito ese de investigador. Luego de su jubilación no ha perdido el vínculo con la imagen ni con el periódico. Nunca ha dejado la profesión. Cuando él se retiró y más tarde cuando se le confirió el Premio Nacional, en 1999, en un Congreso de la UPEC, lo motivamos para que hiciera una exposición fotográfica con fotos de él solamente porque, creo, no la había realizado antes.

Cuando aquello yo pertenecía a la presidencia nacional de la UPEC, le dimos el material, él hizo la curaduría, imprimió las fotos, la inauguramos y después de expuesta, al retirarla, le donamos las fotos como recuerdo, en un portafolio. Recientemente, por el 56 aniversario de la UPEC, en julio, hizo otra exposición en la sede de la organización, con fotos memorables.

¿Qué fotografías de Jorge Oller considera memorables?

Recuerdo la serie de reportajes sobre el médico de la familia en la Sierra Maestra, y los trabajos publicados cuando el secuestro de los pescadores, porque Estados Unidos siempre trataba de piratear a los pescadores cubanos y me parece estar viendo el reportaje de él con todos los pescadores y aquellas lanchas reunidas en pleno mar.

Oller era capaz de hacer cobertura periodística de cualquier tema, siempre con tremenda calidad. Son memorables las fotos que hizo cuando el sepelio de las víctimas del sabotaje al avión de Barbados, en octubre de 1976. Pero lo que más recuerdo de Jorge Oller es la manera en que testimonió por mucho tiempo la figura de Fidel, en viajes al exterior y en recorridos por toda Cuba; sin embargo, él nunca se sentía protagonista sino testimoniante y ahí están las fotos. Un ejemplo elocuente es cuando la visita de Fidel a Chile, en el Palacio de

la Moneda, el momento en que tenía que graficar y no tenía cómo acceder por la multitud que rodeaba a Fidel y Allende, y tuvo la sagacidad de hacer la foto a través de la imagen que le reflejaba un espejo. Esos pequeños grandes detalles son los que lo engrandecen.

Alguna anécdota del trabajo conjunto con Oller en esos primeros años suyos en Granma.

En un festival de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) llamado «Cuba va», los jóvenes hicieron una gran caminata desde La Habana hasta el Estadio Panamericano, donde se realizó un concierto gigante. Después del concierto presenté mi trabajo y lo publiqué, pero me quedé con las ganas de hacer un trabajo gráfico en que se viera a aquella juventud y todo lo que sucedió ese día. Se acercaba el fin de año, era diciembre y siempre la publicación de fin de año lleva una portada con imágenes, con una crónica, y tenía esa foto en mi mente, de cierta forma, en pedazos. Era la época de la fotografía analógica y cada vez que trataba de armar mi imagen, me sobraba un pedazo.

Entonces tuve el aquello de llamar a Jorge Oller, él es «el bárbaro» en eso. Lo llamé por teléfono a su casa y le dije lo que me sucedía. Al día siguiente era sábado y no trabajábamos hasta el domingo, ya que el periódico salía el lunes. Sin dudarlo un segundo, me dijo: «Nos vemos mañana en el periódico tú y yo, me metiste el bichito». Y así lo hicimos, nos encontramos en *Granma* y empezamos a imprimir fotos. Él, que era un maestro en eso, empezó a ayudarme a hacer el montaje, que ahora se hace en la computadora, con los *software*, muy rápido, pero en aquella época era con una cuchilla de afeitar o un bisturí, calando la foto y empalmando, de manera que el producto visual fuera coherente.

Recuerdo que hicimos 24 fotos de ocho por diez pulgadas, y al final logramos la imagen. Después la pusimos en la pared y la fotografiamos para dejar el original en el archivo. Aquel 31 de diciembre, el periódico salió con esa foto desplegada a toda página, junto con una crónica. El trabajo no se perdió gracias a Jorge Oller.

Y como persona, ¿qué cualidades lo definen?

Nuestro equipo de fotógrafos siempre lo vio como el maestro, porque siempre, sin proponérselo, enseñaba: con su trabajo, con su manera de ser. Era aquel que sabía que uno lo admiraba y, sin embargo, cuando terminaba de hacer las fotos para un reportaje, llamaba indistintamente y sin importar el nivel profesional, te decía: «Esto es para un reportaje que estoy haciendo de tal tema, quisiera que me dijeras las fotos que no te gustan». Y escuchaba los pareceres, desde el punto de vista profesional, que cada uno aportaba, cruzaba las opiniones y luego presentaba el trabajo final. Escuchaba hasta al más humilde porque sucede que ante un producto visual, cada persona puede tener un criterio que a veces discrepa del autor y de la intención que tiene el autor. Ese es Jorge Oller.

En resumen, quiero destacar su espíritu de investigador, que no ha dejado de pensar en imágenes porque tiene la fotografía como sentido de vida y eso marca la diferencia. Oller se ha dedicado a hacer la fotografía para la prensa, pero no solo se ha quedado en la foto hecha por él, ha ido mucho más allá, desde el punto de vista investigativo; además ha aprendido y se mantiene interesado en la tecnología digital e internet. Eso te da la medida que, independientemente de la edad que tiene, está acorde con el desarrollo y no ha dejado de generar, y a pesar de que a veces se queja, sigue marcando pautas. Sin duda alguna para la fotografía cubana el nombre de Jorge Oller se recordará por muchos años.

ANEXOS

Premios y condecoraciones

- 1962. Primer premio del Concurso Fotográfico de Actualidades, Praga, Checoslovaquia.
- 1969. Medalla Raúl Gómez García, del Sindicato Nacional de Artes Gráficas.
- 1972. Orden de la Cultura búlgara, Sofía, Bulgaria.
- 1972. Tercer premio, categoría Reportaje, Salón Nacional de Fotografía, La Habana, Cuba.
- 1973. Primer premio, categoría Actualidad, Salón Nacional de Fotografía, La Habana, Cuba.
- 1974. Sello Ho Chi Ming, Vietnam.
- 1974. Segundo premio, categoría Retrato, Salón Nacional de Fotografía, La Habana, Cuba.
- 1977. Mención World Press Photo, categoría Retrato, Holanda.
- 1977. Segundo premio, categoría Experimentación, Salón Nacional de Fotografía, La Habana, Cuba.
- 1981. Mención Interpress Photo, Mongolia.
- 1982. Distinción por la Cultura Nacional, Ministerio de Cultura, Cuba.

- 1983. Premio Especial por el XX Aniversario de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC).
- 1985. Distinción Félix Elmuza, UPEC.
- 1985. Premio de la Agencia de Información Nacional, AIN, La Habana, Cuba.
- 1986. Premio periódico Juventud Rebelde, La Habana, Cuba.
- 1988. Segundo Premio 750 Aniversario de la ciudad de Berlín.
- 1989. 150 aniversario de la Fotografía Cubana, UNEAC, La Habana.
- 1995. Distinción Juan Gualberto Gómez por la larga trayectoria periodística, UPEC.
- 1999. Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de toda la vida. UPEC.
- 1999. Sello 60 Aniversario de la CTC, La Habana.
- 2005. Diploma de Honor al emigrante distinguido. Consejo de Residentes Españoles.
- 2006. Premio Olorum (Dios del sol). Fondo Iberoamericano de Fotografía.
- 2007. Reconocimiento Miguel de Cervantes y Saavedra. Federación de Sociedades Españolas de Cuba, La Habana.
- 2019. Reconocimiento Habana 500. Consejo de Residentes Españoles, La Habana.

Exposiciones personales

- 1994. Salón de Exposiciones de la UPEC durante el II Taller Internacional de la imagen fotográfica.
- 2010, 23 de abril. «Homenaje a Jorge Oller». Exposición personal con fotografías de Jorge Oller en el marco del XXII Festival La Huella de España, La Habana.
- 2019, 15 de julio. Exposición en la sede de la UPEC con 32 fotografías de Oller en homenaje al 56 aniversario de la organización periodística, La Habana.

Exposiciones colectivas

- 1962. Exposición Internacional de Agencias de Noticias Socialistas, Praga, Checoslovaquia.
- 1968. Exposición «Los niños cubanos». Pabellón Cuba, La Habana.
- 1968-1990. Salón Nacional de Fotografía, La Habana. Expuso ininterrumpidamente en estos salones desde sus inicios en 1968 hasta 1990.
- 1970. «Salón 70», Palacio de Bellas Artes, La Habana.
- 1975. «Logros de la Revolución Cubana», Pabellón Cuba, La Habana.
- 1977. World Press Photo. Holanda.
- 1983. «La fotografía cubana», Museo Nacional de Bellas Artes.
- 1996, 12 de agosto. Exposición colectiva en el Museo de la Ciudad de La Habana, en homenaje al 80 cumpleaños de Fidel Castro.
- 1996. «Imagen y memoria», Memorial José Martí, La Habana, Cuba.

- 1996. «La Habana en fotos», Galería Galiano, La Habana.
- 1997. «Exposición Che Guevara», Memorial José Martí, La Habana, Cuba.

Libros ilustrados por Oller

- *Cuba-Chile*. La Habana: Editora Política, 1971. Fotografías de Pablo Pildaín, Aramís Ferrera y Jorge Oller.
- *Por la paz y el socialismo*. La Habana: Editora Política, 1971. Fotografías de Rogelio Moré, Aramís Ferrera, Quino Viñas y Jorge Oller.
- *En estrecha y eterna amistad*. Visita a Cuba del compañero Leonid I. Brézhnev, secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
- *El médico en la Sierra Maestra*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente Brau, 1986. De la autoría de Marta Rojas con fotografías de Jorge Oller.
- *Caminos para el azúcar*. Autores: Oscar Zanetti y Alejandro García. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1987. Portada e ilustraciones de Jorge Oller.
- *La provincia de Ciego de Ávila*. La Habana: Editora Política, 1987. Fotografías de Liborio Noval, Mario Ferrer y Jorge Oller.
- *Cien imágenes de la Revolución Cubana 1953-1996*. Selección fotográfica y textos de Pedro Álvarez Tabío. La Habana: Instituto Cubano del Libro/Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado. Fotografías de Jorge Oller y otros fotógrafos.
- *Diario de campaña de un catalán mambí*. José Oller Aragay. Molins de Rei 1878-La Habana 1951. Autor: Ernesto

- Chávez Álvarez. Barcelona: Ajuntament de Molins de Rei, 1999. Fotografías de Jorge Oller y María Casals.
- *Cuba 100 años de fotografía*. Autores: Juan Manuel Díaz Burgos, Mario Díaz Leyva, Paco Salinas. España: Mestizo AC/Fototeca de Cuba, 1999. Textos biográficos de los fotógrafos incluidos en el libro por Jorge Oller.
 - *El mismo pueblo contra el terrorismo y la guerra*. La Habana: 2001. Fotos de Oller y otros fotógrafos.
 - *Los Tesoros de mi viaje*. De la autoría de Susana Monís González con ilustraciones de Jorge Oller. Ediciones Unión, 2010.
 - *Che: Die ersten Jahre. Unveröffentlichte Fotos 1959-1964*. Autores: Pedro de la Hoz, Guido Magnaguagno, René Lechleiter. Berlín, Alemania: Herausgeber, 2016. Fotografías de Oller y varios fotógrafos.

Otras actividades

- Miembro del Consejo de dirección y redactor de la revista Fototécnica, publicada por la UPEC, 1969-1987.
- Escribe artículos, folletos y catálogos sobre la historia de la fotografía cubana.
- Jurado internacional de los concursos fotográficos de Interpress Photo 1977 y de Moscú 1980. Presidente del jurado de la Interpress Photo celebrado en La Habana, 1979.
- Jurado de concursos fotográficos auspiciados por el Salón Nacional de Fotografía y la Universidad de La Habana.
- Fundador de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC).

- Fundador y Presidente de los Fotorreporteros de la UPEC (1976-1983).
- Miembro del Colegio Nacional de Periodistas de Cuba (1952-1952).
- Miembro del Colegio Nacional de Profesionales Publicitarios (1954-1962).
- Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).
- Miembro de la Comisión Nacional de Evaluación de la Prensa.
- Como corresponsal ha viajado a Angola, Argelia, Argentina, Bulgaria, Canadá, Checoslovaquia, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Guinea, Guyana, Hungría, India, Irán, Marruecos, México, Nicaragua, Perú, Polonia, RDA, Rumanía, Trinidad y Tobago, URSS, Venezuela, Vietnam, Yugoslavia y Zimbawe.
- Presidente de la Sociedad de Naturales de Cataluña (2000-2005).



El joven fotógrafo, 1954.



Grupo de fotógrafos del periódico *Granma*.



Trabajo y defensa. Foto: Jorge Oller.



Minas de Frío, 1966. Foto: Jorge Oller.



Fidel anunciando la muerte del Che, 15 de octubre de 1967.
Foto: Jorge Oller.



Fidel en un recorrido por la Sierra Maestra. Foto: Jorge Oller.



Padre e hijo en Lota escuchando a Fidel.
Foto: Jorge Oller.



Niños en Vietnam, 1974. Foto: Jorge Oller.



Celebrando el cumpleaños de Oller durante un recorrido con Blas Roca, Sancti Spíritus, 1968.



XIV Juegos Centroamericanos, La Habana, agosto de 1982.
Foto: Jorge Oller.



La médica de la familia y los pioneros de la Sierra Maestra.
Foto: Jorge Oller.



Bailarina del Ballet Nacional. Foto: Jorge Oller.



Movilizado con cámara en mano, 1987.



Oller escribiendo Fotoayer.



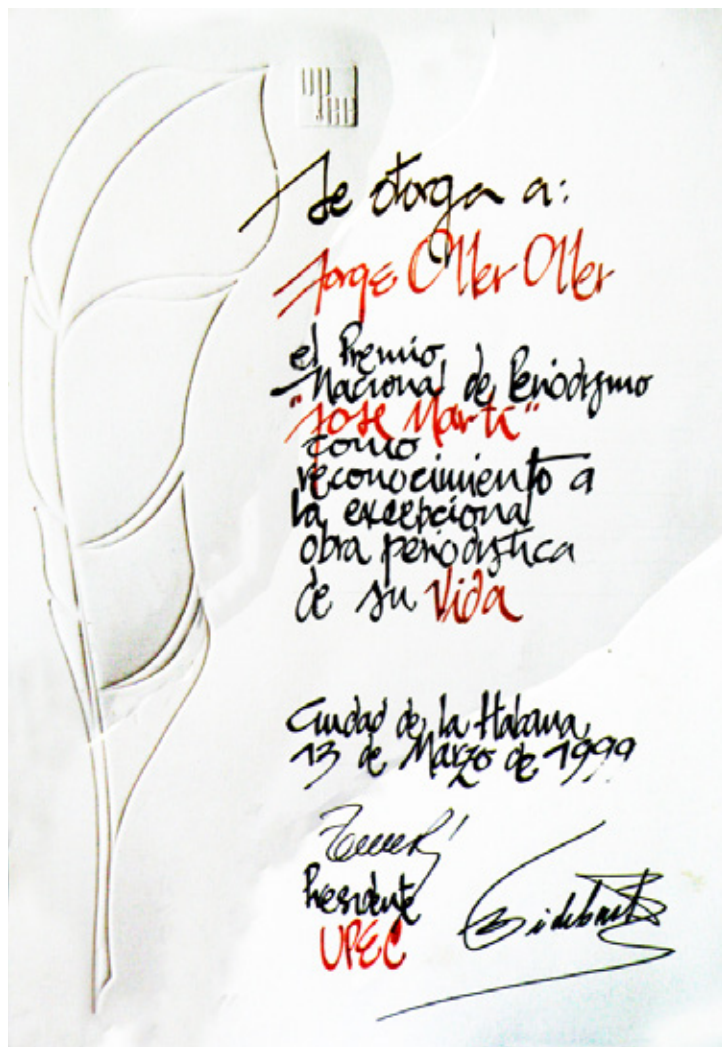
Caricatura de Oller por Felo.



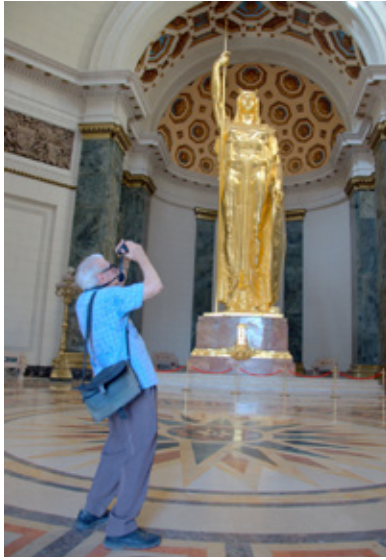
Caricatura de Oller por Virgilio.



Exposición colectiva por los 80 años de Fidel en el Museo de la Ciudad, 1996.



Premio Nacional de Periodismo José Martí.



Oller tirando foto en el Capitolio, por los 500 de La Habana, 2019.
Foto: José Antonio Martín.

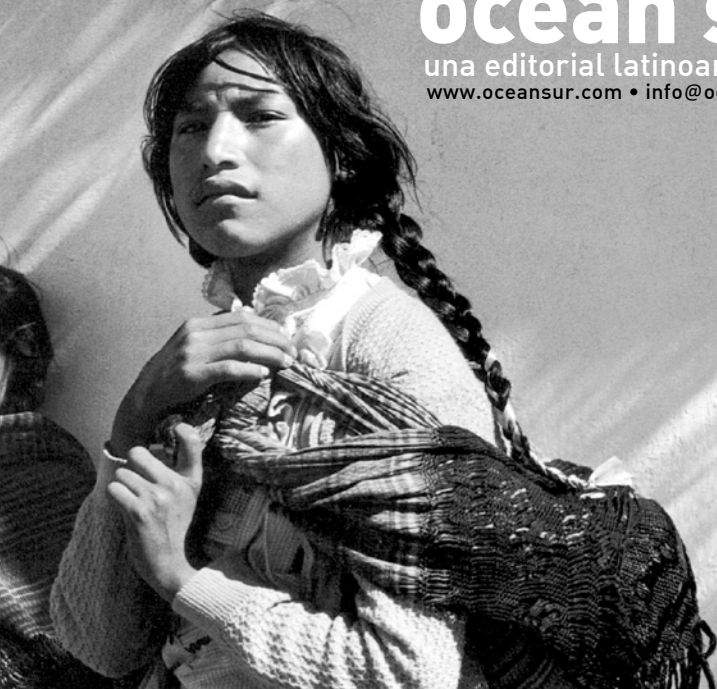


Oller a sus 90 años fotografiando La Habana.
Foto: José Antonio Martín.

ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

JORGE OLLER

MEMORIAS DE UN FOTORREPORTERO

Mabiel Hidalgo Martínez

Vivir es un acto de sacrificio, de constancia, de esfuerzo diario, de fe..., más si se vive con intensidad, con la voluntad explícita de hacer el bien, de obrar bien. Así ha vivido el protagonista de estas páginas: Jorge Oller Oller, fotorreportero de prensa, periodista, investigador de la historia de la fotografía en Cuba, un hombre íntegro y sensible, cuyos testimonios fluyen con un lenguaje culto y organizado, en correspondencia con su pensamiento y modo de actuar, de manera que parece le narra su vida al lector con alto vuelo literario. Las fotografías que enriquecen este libro, a su vez, nos permiten adentrarnos en el devenir nacional y constituyen un elemento esencial para la mejor interpretación de aquellos y estos tiempos.



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1- 922501- 36-3